

FELIX
SANTIAGO
DE LETONA
Pastorista

FELIX SANTIAGO DE LETONA
Pastorista

ENCICLOPEDIA DE YTURRIBARRIA
NUESTRO GRAN POETA

FRANCISCO DE YTURRIBARRIA
NUESTRO GRAN POETA

91844

L.G.E.V.

EDITORIAL LA GRAN ENCICLOPEDIA VASCA

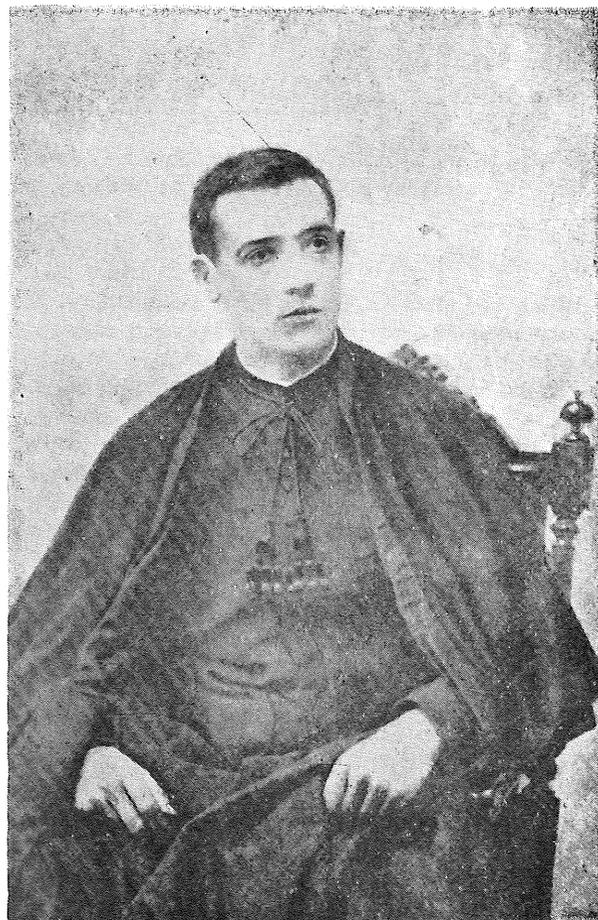
APROBACIONES

Estudio examinado, aprobado y diplomado por LA JUNTA DE CULTURA de la Excma. Diputación de Vizcaya.

PRACOR - Muelle de Olaveaga, 22 - BILBAO-13

Dep. Legal: BI.-2888-1975

I. S. B. N. 84-248-0236-5



Don Francisco de Yturribarria

UN POQUITO DE PROLOGO

Estaba yo trabajando días pasados en la oficina cuando, de sopetón, se me presentó un religioso que quería hablar conmigo.

—¿"Critilo"? —me preguntó.

—Sí, Padre.

El religioso era un Padre Pasionista, de Deusto. Sin más ni más me espetó a quemarropa su pretensión:

—Quiero que me haga usted un prólogo para un libro que acabo de escribir sobre Iturribarria. Una cosita breve...

—¡Pero, Padre...! Si no tengo tiempo. Precisamente estos días me estoy mudando de piso y tengo todas las cosas patas arriba. Los libros por un lado, en un revoltijo desordenado; la máquina de escribir sepultada bajo un montón de cachivaches; las cuartillas perdidas en aquel proceloso mar de un mobiliario alborotado...

—¡Nada, nada, amigo "Critilo"! ¡Usted verá cómo se las arregla! Yo necesito el prólogo...

Yo, obstinadamente, defendía mi negativa lo mejor que podía.

Pero al fin, cedí ante el Padre Letona, Pasionista de Deusto, y no tuve más remedio que decirle que sí, que le escribiría el prólogo.

El Padre Letona y Francisco de Iturribarria, sin duda que se parecen mucho. Los ojos claros y limpidos del Padre Letona hablan de nobleza y sencillez; su pluma escribe una prosa sencilla y tierna; le gustan los montes y los ríos; natural de Ibarra, trepó mucho, siendo chico, por

los brezales que suben a Lecanda, con la niebla por dulce compañera.

El verso y la prosa del uno y del otro gustan, más que del colorido brillante, del matiz delicado y sensitivo. Tienen algo de uno de aquellos versículos de Isaías que hablan de los montes que cantan y de los collados que manan dulzuras. Nuestro Pasionista mima, en su libro, la noble figura de Iturrigarria, alma gemela de la suya, perfilando la vida del poeta con un regusto sabroso, no exento de melancolía.

Yo creo que la vida entera de Iturrigarria es eso: pureza y melancolía proyectadas hacia Dios a través de la Naturaleza, amada con un fervor de devoto juglar, pero contenido en la medida clásica de estrofas esculpidas como el capitel de una columna corintia.

Yo, sietecallero empedernido, suelo saborear a menudo los versos de Iturrigarria en el pórtico o en el claustro de Santiago, en donde reposan los restos del egregio poeta. ¡Cómo cantó Iturrigarria a la torre de nuestra catedral! Torre viva, compañera, sollozante de "sirimiri", de apostura noble, curiosa de cuanto ocurre en las calles y cantones de nuestro viejo Bilbao. ¡Cómo lanzó Iturrigarria su inspiración por la tierra de Vizcaya, meditando en sus cumbres y cantando a sus Virgenes, ermitas y valles de égloga!

Pues bien; todo este Iturrigarria inteligente, reflexivo, dueño del matiz y de la línea poética, aparece, con pulso firme, en este libro del Padre Letona. Libro sencillo, de lectura fácil, escrito sin complejos retóricos.

¡Que El le depare buen curso, con mucha gente que lo lea...!

CRITILLO

INTRODUCCION

En la antigüedad, entre algunos pueblos, sacerdote y poeta eran equivalentes.

Poeta es el que está dotado de la facultad de expresar la belleza estética por medio de la palabra. No importa que ésta se sujete a cadencia o medida; siempre será verdad que la prosa puede contener inspiración y, por tanto, poesía, así como el verso más halagador a los oídos puede que sea carente de contenido poético. Tal es la opinión que va prevaleciendo en los tiempos modernos.

Sacerdote era el profeta, el oráculo, el mediador entre Dios y los hombres. Todos estos altísimos oficios, acompañados del don de saber expresar con decoro, dignidad y misterio las cosas que interesaban a sus semejantes, cuyos jefes solían ser, constituían la suprema poesía. En último análisis, la belleza y estética son el resultado del ahorro en la utilidad e interés.

Don Francisco de Iturrigarria cristalizaba a la perfección en su persona esta doble misión del sacerdote antiguo. Sobre la dignidad de sacerdote de la Nueva Ley, ostentaba la aureola de poeta. Tal privilegio no se lo escatimaron sus coéтанos y los que cultivaban el mismo bello arte. Antes bien, fueron unánimes en otorgárselo.

Al publicarse su libro de poesías en el año 1889, Balar, desde las columnas del "Lunes Imparcial", descubrió su valor literario y lo acogió entusiasmado en el parnaso universal de las Musas.

El pensamiento de don Francisco de Yturribarria, como el de un presocrático de su propia problemática, no perdió nunca esa originaria y tornasolada condición poética de todas las intuiciones intelectuales; y su poesía, por otra parte, nunca dejó de llevar en su seno, indecisa entre el concepto y la metáfora, osamenta intelectual.

Su pluma, perfectamente libre, reacciona sin prejuicios lo más sinceramente y libremente posible, con toda su persona que es la de un sacerdote, es decir, la de un hombre íntimamente poseído por una vocación muy especial y exigente. Sin embargo, Yturribarria, no por ser poeta inspirado y sacerdote tuvo intención ni pretensiones de librarse de su ambiente. El fue vasco, y vasco bilbaino. Tuvo todas las cualidades y defectos de la raza y de la población.

No se preocupó del éxito de sus producciones. No corrió tras el aura popular. El ilustre Echegaray dijo de Iturribarria que no fue hombre de cenáculo ni de escuela determinada. Ni seguidor ni desdenador de las modas de su tiempo, no quiso cimentar su fama en el desprecio de las formas admitidas y consagradas. Ni puso empeño en romper moldes.

No sacrificó la independencia de su Musa al aplauso de las muchedumbres. Ni su independencia personal para obtener aprobación de los espíritus selectos. La sinceridad era para él la primera regla en su trato con los demás.

Justamente este año de 1963 es el centenario de este gran sacerdote poeta y vasco bilbaino. Con este motivo, la Junta Cultural de Vizcaya, junto con la Caja de Ahorros Vizcaína, ha abierto un concurso para la biografía y estudio crítico de las obras de don Francisco de Yturribarria.

Temeroso de que la poca estimación a las propias cosas que no son de utilidad práctica, no infrecuente en el carácter vizcaíno, deje en olvido al genial poeta de nuestra tierra, salgo a la competición robando horas a mis ocupaciones habituales, pequeños ocios y hobbies.

Si encuentro compañero en la lid, que gane el mejor. Me contentaré con que nuestro sacerdote-poeta sea conocido y ensalzado. Y si soy solo, me sentiré muy honrado de que mi oscura pluma sea la designada para exhumar sus glorias, enterradas en la tumba del injusto olvido y el óxido de los tiempos, y rendir honores a un auténtico valor literario de vasco vizcaíno.

Esto escribía yo cuatro meses antes de que la Comisión se reuniera para examinar los trabajos de concurso.

Por Radio, Prensa y comunicación personal me enteré de que el mío era aceptado.

Y es el que ofrezco al lector ávido de cultura.

El Autor.

CUNA DE UN POETA

Los naturales y amigos de la región, generalmente carlistas, tras las cruentas batallas de la primera guerra civil, obtuvieron aparentemente la conservación de los "Fueros sacrosantos", prometida por Espartero en su proclama de Hernani y refrendada solemnemente en el Convento de Vergara.

Pero como advierte un historiadador, el mismo que juraba por su honor sostener las instituciones forales, las derribaba de un solo golpe. Cesó la Diputación general y todos los funcionarios judiciales; nombráronse Ayuntamientos constituciones; las aduanas bajaron a los puertos; se transformó, en una palabra, el Señorío en provincia, con todos los caracteres de esta nueva forma.

Como las Cortes prestaron su conformidad al decreto fechado por Espartero en Vitoria el 29 de octubre de 1841, "no quedó a este afligido país ni aún el triste recurso de quejarse". Todas las gestiones para lograr una reparación tenían infeliz resultado.

Sin embargo, a la caída de Espartero constituíase en Bilbao una Junta de Gobierno que, provisionalmente, rigió los asuntos de la administración pública. En ella prometíase al Señorío el cumplimiento de los pactos que asegurasen la conservación de los Fueros. A disgusto de Madrid, se instituyó en Vizcaya un régimen administrativo y político de forma que la Diputación estuviese revestida de la autoridad correspondiente.

Entre la Diputación y el nuevo jefe político, Juan de la Tejera, surgieron discusiones y peticiones que terminaron con la disolución de la Diputación Foral. El descontento general promovido por las continuas impugna-



Delicioso panorama del pasado Bilbao. La palabra Bilbao, con que desde tiempo inmemorial se la designa viene de su etimología vasca *biribil*, cosa redonda.

ciones al fuero daba ocasión a que los naturales adoptasen medidas y resoluciones violentas. Felizmente, un decreto aplacaba los ánimos y daba cierta satisfacción al derogar las disposiciones injustas acordadas en 1841 y 1842. Pareció ahora extinguida la pasión de guerra y durante algunos años se contempló Bilbao ufano en restablecer su anterior estado tan diferente.

Corrían los breves años de paz entre dos guerras que ensangrentaban y extenuaban al País Vasco-Navarro: las guerras entre realistas y constitucionales, entre liberales y carlistas.

Aceptado generalmente el nuevo estado, sin que se demostrase oposición violenta en ninguno de los pueblos, se deslizaban los meses siguientes con dependencia a los cambios de ministros y oficiales de Gobierno, que se sucedieron en el país. Bilbao, retiradas de la plaza las pocas fuerzas que la guarnecían, entró en un período de restauración industrial y mercantil.

Cuando conocida en la villa la noticia del desembarco Ortega en San Carlos de la Rápita, abril de 1860, representó el Consejo a S. M., reiterando adhesión a su bandera. Opusiéronse algunas partidas carlistas en los pueblos vecinos, pero no fue secundado el levantamiento y quedó sofocada la rebelión, mal prevenida.

El beneficio de la paz experimentóse durante algunos años, según queda indicado.

El panorama físico de Bilbao en este interregno de paz relativa, acompañada de empuje inusitado y poderosa expansión industrial y comercial, lo hallamos retratado en "Memorias de un bilbatino", de Don José de Orueta.

Entonces podían contemplarse paisajes frescos y verdes y un río transparente y cristalino deslizándose entre ellos. ¡Nervión, quién te ha visto y quién te ve!

Todos los alrededores de Bilbao eran una campiña fresca y deliciosa, y por todos lados, los caseríos llegaban hasta el poblado, comunicándose por las estradas, que eran el paseo predilecto del bilbaíno.

Resalta el contraste con lo que ahora se ve y contemplamos. Dentro, bloques de cemento que forman el conglomerado de edificios, calles y plazas, con algunos espacios artificiales verdes de jardín, parque y flor para alivio y solaz del habitante encerrado, sujeto y esclavizado a un sinnúmero de ordenanzas, leyes y decretos. Y fuera, en los contornos, montañas grises despanzurradas, sucias chimeneas en continua erupción de humo negro. ¡Es el progreso! Gracias a que su fuerza y audacia no han podido alterar la inmensa planicie azul de nuestro bravo mar Cantábrico, siempre impávido, siempre igual, que se divisa desde la desembocadura del Nervión, en el Abra.

Entonces el vascuence hacía gran servicio en el vocerío callejero; hasta el mismo rosquero francés, que saltaba a esas horas en las que oía mayor venta y negocio, cantaba su berua, berua, llevaros pronto las roscas.

En aquella época, el clima moral correspondía al ambiente físico, tan lleno de atractiva, bucólica y espontánea sencillez. Los bilbaínos se trataban y consideraban entre sí con la intimidad de paisanaje y la mayor confianza, y con espontaneidad rayana en amistad general, como si todos viviesen en familia. Ni en los espectáculos se perdía esta sensación de gran familia en que todos los bilbaínos se desenvolvían.

A la escuela de Segunda Enseñanza llamábase Instituto Vizcaíno. Las clases se daban en un caserón de la calle de Correo, que años más tarde fue reformado, y la espera a las clases, entre una y otra, se hacía en la calle.

Todos sus habitantes querían a su población con cariño

filial; todos se movían, afanaban y trabajaban, cada uno en su tarea, con el animoso zumbido de abejas en colmenar. Esto que afirma el historiador Zamacoila no es exageración: "En igual número de habitantes, no hubo otro pueblo de industria y comercio que le excediese en riquezas y opulencia". Y aun hoy en la actualidad, a Bilbao, ya transformado, y lamentando la pérdida de su primitivo candor, bien se le puede aplicar la veracidad de la misma afirmación.

Zamacoila procede con Bilbao como un hijo con sus padres, que si por circunstancia saca a relucir sus defectos, es para prodigarles alabanzas y restar alguna notable cualidad. Y así, dice: "Nada tiene de agradable la situación de Bilbao, porque el sol se ve tarde y desaparece pronto por las montañas que le rodean. Llueve mucho en invierno y no deja de hacer calor en verano hasta las dos de la tarde, que empieza a sentirse el aire del mar, que refresca la atmósfera".

"A pesar de esto, es, tal vez, Bilbao la villa más bonita de toda Europa, en razón de sus calles, edificios y policía admirable, que encanta a cualquier forastero. Sus pocas calles son anchas y muy despejadas, con hermosos edificios de uno y otro lado. Están empedradas de piedras muy menudas, pero colocadas con tal primor y delicadeza, que apenas se diferencian unas piedras de otras en el tamaño y forma; de suerte que se puede pasear por ellas como por una pradera. En estas calles hay tres aceras de losas para hacer más suave el piso y más agradable la simetría a la vista: las dos están a los costados y la tercera en medio, algo más baja para que corran bien las aguas".

¡Hermoso ejemplo de cuidados y vigilancia que los ediles del Ayuntamiento actual han de tener presente para imitarlo!

Tal era, a grandes rasgos, la situación política, física y moral de Bilbao, cuando hacía su aparición en el escenario de la villa un poeta, que la había de prestigiar en el mundo de las letras. Este poeta no era otro que el niño Francisco. El poeta nace, pero el ambiente podía desvirtuarlo de su vocación. Las características de Bilbao nunca han sido propicias para poetas y soñadores, según advertirá y se quejará el mismo niño, ya cuando se encuentra en la madurez y plenitud de vida y misión. Pero tampoco fueron contrarias las de aquella época, principalmente para un poeta lírico, de inspiración netamente cristiana, como había de ser Francisco.

El ambiente ayuda a crear y robustecer una personalidad y también a destruirla y pervertirla. Las austeras costumbres patriarcales, de públicas y comunes observancias religiosas, de sedimentación religiosa en la familia, del Bilbao de hace un siglo, debieron de causar certero impacto en el espíritu del niño para saturarlo de hondos sentimientos religiosos que lo conducirían a la doble aureola de sacerdote y representante genuino de la Musa Cristiana.

Ni los enemigos espirituales externos eran tan virulentos como para sofocar la piedad en que se embebiera su alma. Bilbao no presentaba entonces las calamidades de cualquier ciudad moderna, tales como el lujo exhibicionista, la seducción de perversos espectáculos, el descaro de impudor en los cines, televisión y prensa, el pegajoso cáncer del erotismo. Podía, pues, Francisco conservar con más facilidad el germen divino de la gracia bautismal.

Este primer Sacramento de nuestra Santa Religión se le administró, de modo urgente, apenas nacido, porque parece ser que la vida natural que bullía en su endeble cuerpecito no ofrecía mucha garantía para dilaciones.

Nació el 7 de noviembre de 1863, a las once de la no-

che, en el barrio de Urizarri, calle del Campo, número 15. El distrito pertenecía a la anteiglesia de Begoña, por lo que, al día siguiente de su nacimiento, fue llevado al célebre santuario mariano, donde el rector, don Juan Guiruchaga, suplió las ceremonias del bautismo. Más tarde, el 70 del pasado siglo, en la anexión de la República de Abando a la villa de Bilbao, corrió la misma suerte un trozo de Begoña, precisamente ése de la derecha del Nervión, y así, nuestro pequeño begoñés vino a convertirse en bilbaíno.

Llamábanse sus padres don Francisco de Ituribarria y Eguluz, natural de Belaunza, un pueblecito vasco, y doña Manuela de Laucirica y Gaticagoeascoa, natural de Ereño. Por sus abuelos paternos, don Tomás y doña Juana, descendía del sobredicho lugar Belaunza, y por los maternos, de Ereño, por don Juan Bautista, y de Ibarangelua, por doña María Manuela.

Ni signos celestes ni particulares advertimientos se dejaron ver y oír los días de su nacimiento y bautismo. El pequeñuelo fue uno más entre sus dos hermanos, que ya correteaban y enredaban por los rincones del hogar, siquiera su condición de último le haría acreedor de especiales mimos y halagos. El padre, lobo marino, de tez bronceada, estaría en casa a causa del acontecimiento familiar, abservando a su vástago, enterneciéndose con sus vagidos y ordenando los asuntos familiares.

La madre encargóse de la educación de Francisco como la del resto de los hijos, y sus enseñanzas recibidas en edad propicia quedaron grabadas de modo perenne en el alma del pequeño. Junto a una sólida e inmovible fe cristiana le transmitió poco a poco sus gustos y preferencias por las costumbres puras, los hábitos de virtud y bien obrar, las lecturas selectas...

La lengua que se hablaba en este venturoso hogar era, sin duda, nuestro milenarior idioma euzkaro, arrinconado y perseguido por la ignorancia y restaurado ahora, aunque no todavía suficientemente, al esplendor de las lenguas antiguas, de cuyo estudio ha de beneficiarse la humanidad porque encierran la clave de muchos misterios etnológicos, arqueológicos, e iluminan la historia y prehistoria de luces insospechadas.

Lo mismo sus abuelos paternos y maternos que sus padres no aprendieron en su infancia otro modo de expresar que el vascuence, y es de suponer que este legado de los antepasados lo transmitieron con amor y cariño a la descendencia. El padre sí sabía el castellano, obligado a aprenderle a causa de su profesión de viajes marítimos, pero la madre difícilmente le sabía. De modo que los retoños que bullían y jugueteaban sobre sus rodillas, por fuerza habrían de balbucir los acentos llanos y robustos de nuestro idioma el vascuence, este idioma señero, que viene a ser por su unicidad como una isla en el mar de diversas lenguas de toda Europa.

Y me pregunto: ¿Cómo es que no se menciona para nada este detalle de sus conocimientos primarios en el idioma antiquísimo? Será que la petulancia de elementos exóticos, desdeñando el vascuence como despreciable dialecto vernacular, como señal de "aldeanismo", impedía descubrir en el poeta vasco la hilaza, esta hilaza que para los sabios y la ilustración se transforma en seda finísima y oro de ley? Seguramente también, la vanidad petulante de algunos sujetos forasteros, y hasta indígenas, basada en una ignorancia y atraso contradictorios, se valía del sistema de anillos en las escuelas y centros de enseñanza para exterminar el vascuence. Que estuviese vigente tal sistema lo cuentan los bilbainos supervivientes, que como

el niño Francisco, aprendieron en la infancia el euskera de sus padres vascongados. El sistema consistía en endosar un anillo al que fuese sorprendido en una falta supuesta que se pretendía desterrar (en el caso, el hablar en vascuence), de manera que el último que quedara con el anillo fuese sancionado con castigos humillantes y duros, como la limpieza de wáteres, etc.

El lector perdonará la tendenciosa digresión en gracia a las intenciones de desagaviar a nuestro valioso idioma ultrajado. Volveremos al pequeño Francisco, que le hemos dejado deletreando las palabras éuskaras amatu, atatu, zerua, aingeru, ume, Jesus, Miren...

Tenia el niño una cara ovalada, bastante pálida pero expresiva, el pelo negro y un tanto rizado. Algo enstimmado y de buena índole, solía condescender con todos; no resultaba difícil conducirlo a poca habilidad que en ello se empleara. Disfrutaba de una prudente libertad para correr y jugar en los campos, pues no había peligro de ser atropellado por la aglomeración de tráfico y transportes. Su hermana Manuela, que le llevaba cuatro años, y su hermano Fidel con dos años más que él, fueron los mejores amigos y compañeros de correrías.

La vida en la mansión era sencilla y ordenada; complacíanse sus dueños en que el curso de las horas se sucediera sin alteración ni sorpresa en la marcha prevista. Los días discurrían atareados con un trabajo ordenado y pacífico sin afanes desorbitados, y las noches, tras el santo rosario, jamás omitido, servía de descanso y de recuperación para las jornadas y tareas del día siguiente. Los domingos y fiestas rompían la monotonía y uniformidad asistiendo a misa con vestidos y trajes endomingados y acatando con rigor la ley del descanso. Acostumbrábanse los pequeños a considerar la vida con tranquilidad, a no

angustiarle con la impaciencia del mañana, a sujetar actos y pensamientos a invariable norma.

Presidía la familia una pequeña estatua de la Virgen, que durante el traslado obligado de domicilio a Gijón la llevaron consigo y a la que rendían un culto asiduo y ferviente. A esta Virgen se referirá Yturribarria cuando escribe: "Aquella Virgen era nuestra; era la Virgen de la familia y de la casa. Ella lo sabía todo: nuestras alegrías y disturbios, nuestras disensiones y quimeras, y algo también que no llegaba hasta nosotros: las sordas y las calladas angustias que anidan silenciosamente en el hogar del marino".

Manuela de Laucirica, madre del futuro poeta y sacerdote, era una copia de la doncella de Nazaret, quien pudo decir generosamente: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Singular en su piedad y en su fortaleza espiritual, con un altísimo concepto de la entrega a Dios como suprema profesión humana, pedía al cielo insistentemente por sus hijos. Y por el más pequeño, Francisco, que mostraba inclinaciones a la piedad y vocación de sacerdote.

Buena sombra la de su madre como Manuela de Laucirica, Francisco no conoció la miseria ni la estrechez, pero sí la limitación prudente en el uso de los bienes terrenos. La familia vasca ha sido tradicionalmente ahorradora; le ha preocupado el porvenir en tiempos en que no existían ni seguros de vejez, ni retiros amortizables, ni asistencia médica y clínica abonada.

Y así, entre días alegres y horas tristes, sin grandes acontecimientos que la hicieran notable, iba desarrollándose la infancia de Yturribarria, hasta que su padre, hombre recto de mar, maquinista o capitán de la Marina mercante, decidió que la familia se trasladara a Gijón.

1

CAMBIO DE ESCENARIO

Cambio de Escenario

—Oye, Manuela, tenemos que cambiar de casa, ¿eh? —Esto le comunicaba el capitán del barco, don Francisco, a su mujer, un día que de sopetón aparecía en el hogar tras temporada de ausencia—. Con que, a prepararse para salirnos a Gijón, donde es posible que permanezcamos bastante tiempo.

—¿Pero no hay manera de evitar este traslado tan engorroso? Ya sabes que los chicos son todavía pequeños y se resentirán con este largo y penoso viaje. Además, ya sabes que yo no he salido de Vizcaya hasta ahora y me extrañará aquel lugar y aquella gente... Si apenas sé hablar en castellano. ¡Ay, Dios mío, Virgen Santísima, qué será de nosotros! En fin, si no hay otro remedio, habrá que pechar con las dificultades. ¡Qué se le va a hacer! ¿Y cuándo quieres que salgamos?

—La semana que viene. Yo tengo que estar en el puerto mañana y pasado vendré a disponer los preparativos de travesía, que nos llevará tres o cinco días, según el viento, y luego me tienes aquí.

—No tengas cuidados, Francisco; yo ya me basto para reunir nuestros bártulos y cachivaches. Puedes estar hasta la víspera de la salida.

—Que no, mujer. Es claro que yo debo ayudarte. Que los niños no se asusten. Hay que prevenirles diciéndoles que el mar es muy bonito, como una pradera verde, que en el barco se anda igual que en el columpio. A ver si así dejan de imaginarse cosas, que quizá habrán oído de mareas y demás dificultades por mar.

Y el día señalado, cuando las condiciones atmosféricas presentaban promesa de buen tiempo y mar favorable, ahí le tenemos al niño Francisco, un niño de cuatro o cinco años, que se dirige o que es llevado con su familia a Portugaleta, para embarcarse rumbo a Gijón.

Suponemos que la familia Yturribarría emprendió viaje, vía marítima. Es una fundada suposición. No obstante, cuando en mis afanes de documentarme le pregunté al sobrino del poeta, don Antonio de Yturribarría, si este traslado se hizo por mar, me contestó que no era probable. Al no apoyar su opinión con ningún dato concre-

to, mantengo mi creencia de que, efectivamente, por mar se trasladaron. Digo que esta suposición es fundada, porque sabemos ciertamente, por afirmación de nuestro biografiado, que regresaron en barco. Lo que da pie para conjeturar que fueron también en barco. Era una manera de ahorrar enojos y dispendios resultantes por largos desplazamientos de posta. Llamábase posta a un modo de locomoción de esos tiempos, en que no se conocen por estas zonas trenes y automóviles, mediante conjunto de caballerías prevenidas y apostadas en los caminos a distancia de dos o tres leguas, para que, mudando los tiros, las personas viajen con más prontitud. Se ve, si no claro, sí probable que para la familia de un capitán o maquinista de nave resultaría más fácil desplazarse en viaje de mar.

La nave era de madera o velero-bergantín, porque en el segundo tercio del siglo pasado no se encontraba prevenido el Señorío suficientemente para emprender con vigor la modernización de astilleros, aunque era su territorio abundantísimo en minerales de hierro, y hasta el fin de la centuria no se conoció establecida la construcción de barcos de vapor.

Veamos, pues, al niño Francisco en compañía de su familia, bajo la protección del padre, que

venía a ser jefe de la casita flotante, navegando en dirección a Gijón. Tras aguantar mareos y sortear otras penalidades propias de los que por primera vez se hacen a la mar, llegaron a la población, meta de travesía y lugar de nuevo domicilio.

Cuando se acercaban a las proximidades, el promontorio de Santa Catalina destacábase ante su vista sobre las aguas, profundas y verdosas.

—Mirad, niños —les dice el padre—, a la falda de ese cerro está Gijón. Ahí vamos a vivir.

¿Qué motivos intervenían para inducir al capitán marino Yturribarría a fijar su residencia en ajena población? Tal vez cambio de línea en las idas y venidas de su nave; quizá algún negocio propio de su vida marinera, o la razón de fundar una sociedad constructora de barcos, como parece insinuar el nieto superviviente. El hecho es que, durante una temporada no mayor de tres años, permanecerá nuestro pequeño Francisco en Asturias, en la villa costera y tan importante, entonces como ahora, de Gijón.

Podemos calcular que su edad frisaría entre los cinco o seis años. En esta época de su vida la alborada del uso de razón asomaba en él tímidamente entre juegos infantiles. Lo más notable que pudo realizar durante aquel tiempo, relativamente

breve, es lo que describe él mismo en el tomo tercero de sus obras, a través de la preciosa narración titulada «*Estrella de la mañana*»: corretear por la capilla cercana a la casa, donde se daba culto a una Virgen parecida a la que tenían en el hogar, contemplarla con la ternura ingenua de niño, sin dejarse escapar ningún detalle, y asistir con bullicioso y alegre candor a las procesiones de la Señora Celestial. Merece que analicemos la mencionada narración.

Comienza por describir a la Virgen. «Era muy bonita nuestra Virgen, alegre y sonriente como la primavera. Había en su rostro una serena y augusta placidez, gesto imborrable de beatitud y dicha, que por ser de alto origen, no suele hallar en la tierra reproducción ni semejanza».

Se refiere al velo finísimo que le caía en graciosa ondulación a los dos lados de la frente, lo mismo que a la cabellera sedosa que se dejaba transparentar y caía flotante por la espalda. Recuerda su manto, bordado de flores, que se recogía y plegaba al busto señalando la curva natural, y reprueba el mal gusto del pliegue longitudinal de los mantos con que a veces suelen adornarse las imágenes vestidas.

Continúa pintándola con su pluma ágil y feliz, y dice que de la mano izquierda de la Virgen

pendía un rosario, mientras su derecha sostenía una flor, emblema de la pureza y de la eterna juventud, y en sus ojos y en su actitud se recordaban las palabras del libro inspirado: «*Yo soy la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza*».

Evoca con hermoso realismo la forma cómo él y sus dos hermanitos la contemplaban desde el fondo de la tribuna, cerrada con celosías, aplicando sus caras a la rejilla, cubierta de telarañas y polvo, y la veían «destacarse de su nicho ojival iluminada por esa media luz que suaviza las facciones y les da cierto misterio»; cómo la capilla parecía recoger sus ruidos y cuchicheos dándoles el tono grave y prolongado de una caja sonora y haciéndoles enmudecer por algún tiempo; cómo volvían a fijar sus miradas en el dulce rostro de la Santa Virgen, cuyos labios, que parecían sonreír, les decían sin que escucharan su voz: «*Os he visto*». Con tal imaginación se animaban a acercarse para encender velas, «trozos de cerilla negruzca y bien sobada que, con su pábilo desmayado y curvo, se fundían en un blanducho lagrimón que nos abrasaba los dedos».

Son rasgos de sucesos que sólo los puede trazar el que los ha experimentado y vivido.

Recuerda luego los versos o coplas «*pedestres*» que tres voces de tiple cantaban a grito pelado y con poca afinación:

*Oh Virgen de los remedios,
A los que hacen tu novena
Libralos de toda pena,
De injurias y de improperios.
Y por último a los cielos
Llévalos, dulce María.*

El viento del mar sacudiendo las vidrieras les servía de acompañamiento y de órgano, con registros variados, a veces de violenta trompetería, y otras, de voces silbantes y flauteadas, bordones y violas de gamba.

Cuando el sacristán, de cara de pocos amigos, entraba al anochecer, ellos, como quien teme ser sorprendido en sacrilegio, escabullíanse inquietos y despavoridos por un torcido corredor.

Según queda indicado, la Virgen venerada en aquella capilla de Gijón era de la misma advocación que la pequeña imagen que conservaban en casa como paño en oro y la llevaban consigo en los cambios de vivienda y lugar.

Se complace el escritor en evocar y describir por menor las circunstancias de lo relacionado con la Virgen durante su permanencia en Asturias.

Tan robusta impresión dejaron en su espíritu, que se abría entonces, cual un amanecer, a las luces del conocimiento. Uno no resiste a la tentación de copiar literalmente algunos párrafos de este escrito salido de su pluma. ¡Son tan originales y pintorescos!

«Había que verla cuando se *echaba a la calle* con sus *trapitos* mejores, con su falda de raso bordada al relieve en oro fino, su hermoso manto de tisú muy bien ajustado al cuerpo, que se ceñía en abundantes pliegues en derredor de su brazo, o se tendía al desgaire sobre los nimbos de gloria donde se asentaban sus pies, hollando las rubias cabecitas de los ángeles. Su velo (cosa exquisita) flotaba en torno de sus sienes bajo su corona de plata y de radiante aureola donde rutilaba la luz espléndida del día».

«Al son de las campanas echadas al vuelo, seguíamos su marcha triunfal, aturcidos por el olor de la pólvora, el ruido de los cohetes y los acordes de la música, y embriagados por el fuerte aroma de la albahaca y del hinojo que trascendía en el ambiente; viéndola balancearse con suavidad sobre la devota y entusiasmada muchedumbre y bajo las flotantes y abigarradas colgaduras tendidas en los balcones en todo lo largo de la calle. Era aquel nuestro día de orgullo y de historia; aquel

estandarte azul que oscilaba delante de nosotros sacudido por el viento era el más bonito de todos, por ser el de nuestra Virgen, que no tiene rival».

El escritor no quiere dejar ningún detalle, y complácese en pormenorizar las circunstancias de aquella procesión, que tan indeleble huella grabara en su imaginación, abierta a las primeras impresiones. Relata el regreso de la Virgen, con majestad y pompa, y su entrada en la iglesia por el pórtico, engalanado, entre nubes de incienso, con sus ojos maternalmente dulces y sus brazos abiertos en actitud de bendecir. Dice que aquel desbordamiento y aleteo de murmullos y oraciones, aquel atropellarse de la gente les embriagaba de felicidad.

A continuación se refiere al lento amortiguarse de las luces y de rumor, mientras los devotos gijoneses se retiraban del templo y se encaminaban a sus casas con la íntima satisfacción de haber rendido honor sincero de hijos y pleitesía de súbditos a la Madre y Reina Celestial. Ni siquiera omite referir la reproducción de sonidos y fantasmas de color que ocurría por la noche en el cerebro, excitado de tantas impresiones, hasta que los párpados se cerraban al beso de un sueño tardío. Declara que sus tres años de morada en Asturias los pasó de esta manera, embelesado por las sua-

ves miradas de la Santísima Virgen y protegido bajo su manto.

Las visitas frecuentes a la capilla de la Virgen, la asistencia a sus procesiones y cultos; las idas y venidas y el corretear alegre por el promontorio, en aquella época casi solitario, de Santa Catalina, de donde divisaban gozosamente la gallarda arboladura de un bergantín o el penacho de humo de un vapor sobre las aguas movidas del inmenso mar, eran las ocupaciones candorosas que llenaron aquellos tres años recordados de su infancia.

Recuerda que una tarde, después de haberse solazado así y se recogía en casa con sus hermanitos, nunca pensaron que aquella tarde era la última. Se conoce que la madre les anunció entonces que ya tenían que regresar a Bilbao, al pueblo y provincia natal. Por eso, asegura que la despedida fue brusca, como un desgarramiento.

Refiere que, navegando lejos de la costa, miraban con nostalgia los brumosos contornos tras los cuales quedaban la ermita de la Virgen y el hogar de Gijón; pero como traían una pequeña imagen, reproducción de aquélla, pensaban en ella de continuo. Esta imagen venía con ellos «hacia la tierra natal, cuidadosamente guardada, como talismán y relicario bendito que nos defendiera de los embates del mar y los peligros del mundo».

Parece ser que Yturribarría hizo otro viaje a Gijón, pues dice que quince años después volvió a ver aquella imagen venerada en Asturias y se postró ante su altar.

«Alcé mis ojos hacia su divino semblante y otra vez vi su sonrisa eterna y su apacible y amorosa actitud, llena de promesas y bendiciones. A la altura de su nicho, y al lado izquierdo, vi también la reja polvorosa y ennegrecida, donde brotó el primer destello de mi razón y mi primera plegaria. Ya no pude ver otra cosa y me retiré conmovido».

Luego estampa un pensamiento original de profundo conocimiento de psicología humana y de hermosa lección espiritual para la vida del cristiano

«Todos los hombres llevan en lo más íntimo del alma alguna imagen luminosa que vierte apacible luz sobre el resto de la vida; pero este santo recuerdo que yo llevo en lo profundo de mi ser parece que abarca en absoluto mi porvenir y me habla de la salvación. Nuestro espíritu, que nunca sale completamente de la infancia, ha sido confiado por Dios al cuidado de una mujer; y cuando la que veló por nosotros en la tierra nos abandona para siempre, la mirada del hombre afligido busca en los horizontes de la Fe la *Estrella de la mañana*».

2

EN CONTACTO CON LOS MAESTROS

En contacto con los maestros

No es de creer que el regreso a Bilbao desagradara al niño Yturribarria; después de todo iba a hallarse nuevamente en su pueblo natal. Aquí le encontramos a tiempo para comenzar sus estudios, primero en el Colegio de San Luis y más tarde también en el Instituto, según nos testifica su biógrafo, José María de Estefanía, S. J.

Entonces, como ahora, la educación de la juventud para su integración en las estructuras de la sociedad ocupa un puesto clave en las inquietudes de los padres y rectores de los pueblos. Con muchísima razón el Consejo Católico de Educación en la Gran Bretaña propone que todos los que sentimos algunas responsabilidades hemos de contribuir a ayudar al niño en que forme su voluntad para que obedezca a su conciencia; en que adquiera convencimiento de que sus estudios son parte en la vocación de su vida. ¿Cómo iban a des cuidarse los padres de Francisco en un asunto tan

vital? Por eso cuidaron de que su hijito acudiera cuanto antes a los centros de enseñanza más prestigiados que hubiese en Bilbao.

Se han hecho descripciones un tanto sarcásticas y exageradamente realistas de los colegios y escuelas que privaban en la Villa por ese tiempo. Pacho Gaminde afirma que había en Bilbao dos colegios o escuelas: el de «Golera» y el de «Pitolerdo».

Los chicos se sentaban en unos bancos, muy apretados. El último era empujado de todos y caía a menudo al suelo. Debían estar con los brazos cruzados, casi siempre canturreando una lección o una oración.

El maestro les tocaba, según los casos, con un palo largo que alcanzaba a todos los bancos desde su asiento.

Y no se crea que tales sistemas de rudeza en enseñar eran privativos de Vizcaya o de Bilbao, como algunos malignamente querrán imaginar.

A propósito de lo cual, bien merece transcribimos lo que consigna el biógrafo del novelista santanderino, José María Pereda: «Ingresó en el Instituto Cántabro de Santander (la capital), donde, para empezar, padece un profesor de latín, hombre de genio asperísimo, cuyo sistema pedagógico se reducía a varear concienzudamente a sus

alumnos cada vez que se equivocaban al dar las lecciones. El dómine, antiguo sargento, llamábase don Bernabé Sáinz y era de lo más cerril del gremio; exigía a los chicos que supieran de memoria el *Arte* de Orodea, y en verdad que pocos de ellos dejaron de aprenderlo, como si en ello les fuera la vida, que casi, casi, les iba. Tenía el maestro mediana estatura, frente angosta, bastante pelo, ojos pequeñitos, boca grande, labios apretados, pómulos salientes, largas orejas, color pálido, rugoso el cutis y muy afeitada la barba». Poca cosa para caracterizarle; pero poseía también sobre la mesa del *ergástulo* un surtido de varas realmente perfecto y un bastón con puño de plata, macizo, complemento de la colección. Y no se crea que tales prevenciones eran para exhibición y amenaza; con temible frecuencia se hacía uso de ellas después de agotados los capítulos previos y casi inocentes de insultos, bofetones y pellizcos. En su cátedra menudeaban los verdascos y cada día varios infelices eran científicamente apaleados, cuando no tocaba a toda la clase recibir una rociada general; sin que las más de las veces hiciera falta pretexto para que el ataque se desencadenase o bastara para ello cualquier nimia equivocación de algún descuidado alumno».

Desde 1870 suponemos piadosamente que se transformarían tales costumbres, increíblemente bárbaras; y la breve paz entre las dos guerras carlistas serviría para avanzar en la civilización y moderación mejorando los métodos de enseñanza y las condiciones escolares.

Don José Orueta menciona ya tres colegios: el de San José, el de Don Sandalio y el de Serrano. No nombra el Colegio de San Luis, al que, según Estefanía, comenzó a acudir el pequeño Francisco de Yturribarría. Durante este tiempo se fundó también la «Academia de la Cruz».

En estos colegios, escuelas y academias enseñábase escritura, lectura y clases especiales de francés, música, etc. De seis a ocho había *la vela*. Era parecido a lo que hoy llamamos *el deber*, tan engorroso lo mismo para los padres que para los chicos. Durante esas dos horas indicadas, reuníanse todos en una sala la más grande para estudiar las lecciones del día siguiente.

Funcionaba un centro de Segunda Enseñanza que se llamaba Instituto Vizcaíno. Había servido de Hospital mientras el bombardeo de los carlistas, y tenía por tanto necesidad de reparación. Las clases se daban en un caserón de la calle Correo, y la espera a las horas se hacía en la calle.

Una vez sucedió un percance luctuoso. Nuestro pequeño estudiante Yturribarría sería testigo, si no inmediato, sí, seguramente, auricular. Las descripciones emocionantes que más tarde hará en sus escritos de semejantes desgracias suponen haberlas vivido. Había sido inaugurado el Instituto con la solemnidad acostumbrada en tales casos, y ya comenzaba a funcionar normalmente entre la consiguiente algarabía y bullicio estudiantil. Pero he aquí que un día, por cierto no distante, según cuentan, al de su inauguración, cae una piedra del balcón de enfrente entre las cabezas apiñadas de alumnos expectantes, con tan mala fortuna que uno de ellos quedó cadáver por el impacto ciego e imprevisto. El pánico cunde y todos se retiran atropelladamente entre sordo griterío, unos a sus casas y otros a lugares que ofrecen más seguridad de refugio. ¿Qué había pasado? Toda la casa y más particulamente el balcón estaban resentidos por efecto de algunas bombas que sobre ellos hicieron funesto blanco y diana perjudicial.

En este Instituto enseñaba don Alejo Tresario el latín con su *musa musae*, que ahora han cambiado en *rosa rosae*, por lo menos en algunos textos más recientes. Nuestro joven colegial Francisco era uno de los alumnos. Podemos suponer que se

aplicaba con interés a aprenderlo por la vaga idea que anidaba ya en su alma de llegar a ser sacerdote. Igual que sus compañeros no dejaría de divertirse con el modo o procedimiento original de enseñanza que empleaba el bueno de Tresario. Dicen que el hombre se desgañitaba a más no poder; no tenía otra forma de interesar a los alumnos. Pero no crean ustedes que carecía del deseo de agrandar a la divertida a la vez que distraída grey. Profería chistes del tenor siguiente:

—Vamos a ver si fulano es listo; a ver, a ver si puede llegar a ser obispo. Dígame usted (entonces no se acostumbraba a decir por favor) ¿qué serán unas cosas coloraditas, con un rabito, y que se venden en la plaza en junio, y cuyo nombre empieza por guin...? A ver...

—«Seresas» —gritaban todos a una, estentóreamente.

—Callaros, lerdos, que es guinda, guiiinda.

En aquel ambiente de Bilbao de principios de la segunda mitad de anterior centuria, tan movido, tan revuelto e interesante, sobresalía algo que atraía e intrigaba a la juventud: era la peluquería de Carbonell. Los cronistas pintan al peluquero Carbonell, que era francés, como un hombre de corta estatura, con cabeza de pelo blanco y

un bigote negro. Le habían hecho una canción poco amable y hasta algo envidiosa:

*A ese cochino francés
le cayó la lotería,
y en la Plaza Nueva ha puesto
una gran peluquería.*

En el número 3 de «Estampas Bilbaínas», de Timoteo de Urrengoechea, dedicado a su amigo Mario Ugarte, con el título «Hay un paraje en Bilbao» se reproduce la canción en música de gran popularidad. La palabreja «cochino», modificase por «ladino», como exigen nuestros tiempos, en que se organizan campañas de amabilidad y se da culto a las formas externas de cultura, aunque en el fondo se continúa fastidiando al prójimo con más refinamientos y quizá con resultados morales y hasta materiales más perjudicialmente positivos.

Nuestro alumno Francisco de Yturribarría no dejaría de intervenir en esta salsa estudiantil de jolgorios inocentes.

Era un chico normal, si bien con tendencias marcadas a la seriedad, a la piedad y a la reconcentración o introversión; y no debemos considerarlo aislado y expuesto a las pullas de compañeros. En medio de alegre grupo de colegiales de

su edad o estudiantes de Instituto, no tardaría en descubrir las expansiones sencillas, características de la época temprana de la vida, que contiene ímpetus de movimiento y luces primaverales. Empezaría andanzas y juegos en el altozano de Begoña, cuando no era cruzado por balas de liberales y carlistas; en Abando, a la margen izquierda del entonces limpio río Nervión, haciendo *txondarras* con la fina arena que dejaban las mareas altas. Los domingos, además, saldría con la madre o con los hermanos a Ereño, a la casa natal de *amatxu*. A comer con los tíos y abuelos maternos y pasar allí breve vacación.

Eran días que se deslizaban insensiblemente; de las clases a la calle y de la calle a la cama, con espacios entreverados para el juego y expansión: la gallina ciega, el marro, las cuatro esquinas; en el bolsillo un cacho de pan que sirve de merienda en tanto que se corre de un lado para otro buscándose el cuarto que valía la canica en la tienda de la Plaza Nueva, frente a la popular y célebre peluquería de Carbonell, o siquiera los tres maravedís con que puede comprarse de lance.

Como los tiempos eran de guerra, de encuentros feroces y batallas encarnizadas, los juegos de la muchachería tendían a veces a formas belicosas. Con una escopeta sacada de un trozo de madera

vieja y un tricornio de papel luciría el estudiante Francisco graduación de cabo primero en la compañía del capitán N., un rapaz más travieso y trasto que titiritero de farándulas, quien quizá andando el tiempo llegaría a ser general de Ejército.

Armados de esta guisa, más un palo que les sirviese de bayoneta para atacar en pelea personal, enzarzábanse los escolares en tremebundas escaramuzas sobre la baranda de los escalones de patio, de las cuales salían maltrechos, con heridas a veces de consideración, y siempre sangrando. Así creían imitar mejor a los guerreros que conocían y admiraban.

Este afán de guerrear se arraigaba de tal manera en Bilbao y pueblos limítrofes de la provincia, y probablemente en muchas poblaciones de las Vascongadas, que, pasadas por lo menos dos generaciones, se conservaron sus vestigios. El que esto escribe recuerda que en Ybarra-Orozco, los chicos asistentes a escuela jugábamos a guerrear con ganas lanzando piedras un grupo contra otro, después de colocarse a distancia convenida, con avances y retrocesos de los que ganasen terreno o lo perdieran.

No se juega siempre a lo mismo, sino que los diversos juegos mudan con las estaciones del año.

En la segunda mitad del siglo pasado, tiempo a que pertenecía la juventud de Yturribarría, se dedicaban los escolares a una distracción en la que cuenta mucho la negra honrilla. Consistía en desafiarse varios chicos para ver quién escribe mejor una plana, comprometiéndose a aceptar el fallo que emitieran tres señores, o cuando menos dos de ellos, a quienes se sometía el caso cuando al mediodía los caballeros paseaban gravemente sus ocios por la Plaza Nueva.

Si el desafío era entre dos chicos de escuelas rivales, el suceso hacía ruido en el pueblo, y ponía en gravísimo apuro a los jueces, que se palpaban mucho y se asesoraban de los amigos antes de fallar.

No distaremos mucho tal vez de la realidad, si nos imaginamos al joven Francisco de Yturribarría entrar en liza, intervenir en semejantes competiciones y tener el legítimo alborozo de triunfar limpiamente.

En todos estos juegos, distracciones y rivalidades, propios de la edad y ocupación escolar, conservaba Yturribarría los gérmenes de educación religiosa recibidos en el recinto familiar y fomentados por los sacerdotes, los cuales eran en Bilbao muy respetados y tenían muchísima influencia y prestigio. Ya desde esta época de su vida, so-

bresalía en él el sentido de la nobleza y aquellos modales altamente distinguidos, siempre llenos de naturalidad, que más tarde debían atraerle las simpatías de todos los que tuviesen la fortuna de tratarle.

Su religiosidad era una conquista, fruto del batallar contra propias tendencias contrarias a las leyes. Quiso y supo imponerse disciplina interior, dominándose tan admirablemente que hizo juzgar como espontáneo lo que era en realidad el resultado de un esfuerzo constante.

Mas el adolescente Yturribarría no gozaba de mucha salud. Su cuerpo reclamaba aires de altura, por lo que hubo de abandonar su pueblo de Bilbao, pasando a Orduña, al Colegio de los Jesuitas, desde el curso 1878-1879.



Orduña.—Santuario de Nuestra Señora de la Antigua. Es el monumento más acabado y perfecto que encierra la ciudad. Se eleva sobre una escarpada meseta que sirve de primer escalón de la Peña de Orduña. Concluyose su construcción en 1782 y se trasladó a ella el 13 de mayo del mismo año la augusta imagen de la Virgen desde la antigua ermita, cuyas ruinas aún se conservan y merecen visitarse.

3

**EL POETA BAJO LAS MANOS EXPERTAS DE
LOS HIJOS DE YÑIGO DE LOYOLA**

***El Poeta bajo las manos expertas
de los hijos de Yñigo de Loyola***

¡Orduña! ¿Quién no la ha oído nombrar? Minúscula ciudad vizcaína, viene a ser el áureo relicario donde se albergan las virtudes sobrenaturales y las cualidades humanas de seriedad, nobleza y de alma firme y ecuánime que han acreditado al vasco en todas las latitudes y meridianos del globo terráqueo en que bogamos. Con ellas y con su Virgen sonriente perfuma y orienta a esta Vizcaya, inundada ya con la marea, arrolladora y creciente de un ultramodernismo invasor.

El joven Yturribarría, trasladándose a esta población, perfeccionará sus facultades físicas, morales y psíquicas, al tiempo que el vigor de su organismo se temple y adquiere pujanza, ritmo y color. Y es bajo la protección de la Virgen, a quien tanto venera desde los albores de su vida en el hogar, lo mismo que en su cambio de domicilio

en Gijón, hará progresos ostensibles de ciencia, perfección espiritual y salud física.

Desde las ventanas del inmenso Colegio, donde habita como en la casa de sus padres, puede divisar con ternura y amor las masas imponentes de roca sobre las cuales posa sus cimientos, cual faro de luz, el monumento dedicado a la Virgen de Vizcaya, Nuestra Señora de la Antigua. Ella, con miradas maternales le alienta en las tareas no fáciles de colegio, le anima a proseguir sujeto a la disciplina regular, a interesarse en los estudios.

Así empezó con los Jesuitas el curso de Retórica y Poética. Señalóse mucho como poeta; era el distintivo de su talento nada común. Con él había de sorprender en su madurez al mundo.

Sabemos por una carta del P. Domingo Landa, superior del Colegio, que el resultado de los exámenes generales, verificados a fines del mes de junio del 1878 fue gratamente satisfactorio.

Los examinadores eran del Instituto de Valladolid y se portaron muy bien bajo todos los aspectos. Los Jesuitas juzgaban con razón que no dejaba de ser un gran beneficio para su Colegio y una garantía segura de su buen nombre y del porvenir que le esperaba, la perfecta armonía y las relaciones de buena inteligencia y amistad cordial entre su Colegio y el Instituto de Valladolid.

Nuestro colegial Yturribarria, por motivos de salud más que todo y también por algo de timidez, no pudo lograr en aquel año la máxima nota. Sin embargo, por una elegía que compuso a la muerte de uno de sus condiscipulos fue considerado el mejor poeta. Igualmente obtuvo el primer premio de composición poética en la Distribución solemne final, en la que contendió con el célebre don Sabino de Arana y Goiri.

Hemos podido hallar documentos para señalar las circunstancias de esta Distribución.

A las dos, poco más o menos, se dio principio en el capaz y airoso patio-cobertizo del Colegio con una hermosísima pieza, ejecutada con maestría y gusto por una charanga acreditada, siendo al final con justicia aplaudidos los músicos, pues la pieza, aunque de sabor clásico, era de difícil ejecución para niños y aficionados.

Siguió a esta tocata la proclamación de los alumnos premiados, el primero entre ellos, Yturribarria. Se interrumpía varias veces el anuncio, intercalando por vía de descanso y para dar amenidad y variedad al acto, algunos bonitos coros que cantaron graciosamente los niños entre ruidosos aplausos de toda la concurrencia. En fin, todos salieron muy complacidos y satisfechos, empezando por la autoridad militar.

En el tren de la tarde salieron para sus respectivas casas la mayor parte de los colegiales, quedándose algunos en el Colegio hasta el día siguiente.

No nos consta si Yturribarría fue de los que quedaron para volar al día siguiente o después de algunos días a su casa de Bilbao. Lo que sí podemos suponer que, aunque el clima de Orduña era más beneficioso a su salud, vendría a Bilbao para comunicar a sus familiares sus triunfos y su alegría, para expansionarse y liberarse de la sujeción escolar, en fin, para pasar lo que se dice sus merecidas vacaciones.

Sabemos por la carta del citado P. Landa, que la Divina Providencia favoreció a los alumnos durante el curso con una salud verdaderamente admirable. Sólo a la terminación hubo dos enfermos, pero no Yturribarría. Uno de éstos era Bastera, el compañero íntimo, a quien quedaba unido en estrecha amistad a lo largo de su vida. No era el poeta Ramón Bastera, quien, como más adelante veremos, estimaba muchísimo a Yturribarría y le animaba a proseguir sin desmayos en sus tareas literarias.

Los síntomas que presentaba José María Bastera eran alarmantes: descubrieron después de dos días de malestar, calentura y agitación del

pobre chico, la causa oculta de sus padecimientos, la viruela. Otro alumno padecía de la misma enfermedad. El temible mal cundía en la población y había que tomar medidas preventivas. ¿Qué iban a hacer en tan angustiosa situación? Después de separar a los dos dolientes para evitar contagio, acudieron todos al protector universal, al bendito San José, el cual, según asegura el Padre Landa, «fue siempre el paño de lágrimas y el salvador y conservador del Colegio». Aquí podemos imaginar al alumno Francisco de Yturribarría, dada su piedad y devoción, encomendándose con fervores angélicos al jefe de la Sagrada Familia, San José, para que los librara de la viruela a él y a sus compañeros y maestros. No se hizo sordo el Santo a tantas súplicas, ni dejó defraudada la confianza de todos en sus bondades y protección. Con donaire y reconocimiento, consigna el Padre antes mencionado que «no parece sino que el bendito Patriarca dijo a la huéspeda, como san Ignacio, nuestro Padre, al demonio: no entres; que este Colegio y los que en él moran los tengo yo bajo mi manto y custodia».

Superando las angustias y temores de una enfermedad tan terrible y contagiosa, tras orillar dificultades de examen con profesores extraños, los

beneméritos Padres Jesuitas podían estar satisfechos, agradeciendo al Señor del mucho bien que hacían en los chicos, lo mismo en la virtud que en las letras y ciencias, sin tener que arrepentirse del tiempo y desvelos en la enseñanza y educación.

Mientras Yturribarría disfrutaba de sus vacaciones en la casa paterna de Bilbao, los Padres de la Compañía, que eran sus profesores, estaban en Algorta, también de vacación, hermanando el descanso del cuerpo y la honesta expansión con el celo de las almas, a las que atendían predicando los domingos en la parroquia y reconciliándolas con Nuestro Señor en el Santo Tribunal.

No dejaría de acudir nuestro joven colegial a sus buenos profesores para entrevistarse con ellos, pedirles consejo y cambiar impresiones. La corta distancia que separa Algorta de Bilbao nos permite formular tal suposición.

No eran los colegiales de entonces como muchos de ahora: frívolos, desagradecidos, displicentes, propensos a rehuir todo esfuerzo de voluntad. La mayoría de ellos se mostraban dóciles y se sujetaban durante la vacación a las normas inculcadas por sus directores y maestros. Mas, algunos como Yturribarría, más reconcentrados, más inclinados a la piedad y la vida espiritual y amantes del estudio, establecían contacto con los

directores. Los compañeros de él susurrarían entre ellos con aire de misterio que Yturribarría iba a conversar con los Padres Jesuitas, los cuales lo instruirían, según sus sospechas, a fin de que lograra lucirse en clase.

En aquellos tiempos era cosa bastante —como va dejando (de serlo hoy día— la dirección y asistencia de sacerdotes y religiosos entre los jóvenes; y procurarse su instrucción no constituía un acto de valor.

En realidad, los Padres Jesuitas se interesaban más por la formación del joven que por sus brillantes éxitos en los estudios durante las frecuentes visitas que él mismo les hacía. Incomparables maestros de vida espiritual, supieron conducir gradualmente a nuestro joven hacia el dominio de sí mismo y hacerle adquirir una sólida cultura religiosa.

Quien lo juzgaba de lejos a este adolescente, cada vez más introvertido, sin tratarlo personalmente, podía creerlo agriosarcástico, siempre fácil para la propia defensa o al ataque. Pero quienes tuvieron la fortuna de conocerlo íntimamente saben bien que tenía ingenuidades de niño: una dulce vena poética, una piedad pudorosa, un amor singular a la Santísima Virgen, todo esto, unido

a una evidente pasión por los estudios, o mejor, por las bellas artes y la poesía.

Todas estas cualidades le urgían a continuar sus estudios en el Colegio para su integral formación de vida psíquica, social y sobrenatural. Cuánto más que los aires de Orduña fortalecían su salud y le infundían más euforia y entusiasmo.

Allí estaba el Padre Superior, Domingo Landa, a quien ya nos hemos referido diferentes veces en este mismo capítulo. El anhelaba y no paraba de pensar, con el fin de atender a tantos niños como diariamente lo solicitaban, en la manera de levantar un piso más en el edificio. Pero obstáculos impeditivos ajenos, bien desagradables a su voluntad, se atravesaban de por medio y la obra tuvo que ser suspendida aquel año con harto sentimiento de todos. «Y realmente —decía él— es cosa recia y dolorosa verse uno obligado a denegar por falta de local tantas plazas con insistencia solicitadas, obligándose a veces los padres de familia a traer las camillas que necesitan sus hijos, y siendo otros los que las piden a amigos o bienhechores de la Compañía, o cuyas relaciones nos pudieran ser útiles algún día. Estamos exco-gitando medios de salir de tantos apuros y compromisos y no sé si por fin lo lograremos».

Si no pudieron reformar y aumentar el edificio del Colegio, sí lograban limpiar, hermosear y aún ampliar la iglesia que les entregó el obispo el año anterior.

En este templo es donde el estudiante Yturribarría se entregaba a la oración ferviente, a meditaciones fecundas. Ahí recibía las inspiraciones de lo alto y maduraba los designios de Dios sobre su futuro.

Las acciones de Yturribarría durante sus años de colegial se sucedían en perfecta sincronización, enmarcados en sabias disposiciones de reglamentos y normas, tan propios para educación de la voluntad en la austeridad y autodisciplina.

Levantarse por la mañana a una hora determinada sin hacerse el remolón; lavarse y desayunar, estudiar y asistir a misa y clases; recreación con juegos y ejercicios físicos al aire libre, comida y vuelta a las mismas acciones hasta el descanso de la noche. Tales eran las ocupaciones corrientes de nuestro biografiado en la casa de formación. No faltaban asuetos. Aún en las ascesis más rígidas se admite como máxima que el arco para que no se rompa no ha de estar constantemente tenso. A veces, a pretexto de visitas de personalidades ilustres al Colegio, no infrecuentes, se liberaban los colegiales de la rigidez de la continua sujeción.

En estas ocasiones, como es natural, las observancias se dispensaban o modificaban. Si la comida estaba señalada para la una de la tarde, podía ser retrasada a las dos o dos y media, degustando en el entretanto pastas y bizcochos, tan del agrado de los niños y de los que no lo son, con su correspondiente riego de bebidas refrescantes y espirituosas, en honor del ilustre recién llegado.

Así sucedió un día en que el señor obispo de la diócesis visitaba el Colegio. Yturribarría iba a actuar como novel poeta, pero ya caracterizado y a muchos codos de sus inmediatos rivales. Recibieron los niños al obispo a la entrada de su comedor, donde debía presidir la mesa, con la charanga, y al entrar, prorrumpieron en vivas y aplausos al prelado. El bendijo la mesa, según costumbre, y dio «*Deo gratias*», empezando luego la animación. Nunca mejor que en casos semejantes suelen estar los niños. Se amenizó la comida con bombas, cánticos, intermedios de piano y charanga. No faltaron los zortzikos, en que se lució un tal colegial Eguidazu. El Padre Churruca le había ensayado, para que con el aire y ritmo típico de Euzkalerría, cantase uno al obispo, a quien, por cierto, le hizo mucha gracia, lo mismo que al secretario.

El día siguiente, en que apenas tenía que ha-

cer, visitó detenidamente la casa, y al llegar al patio, que se llamaba cobertizo, donde los chicos estaban jugando en los columpios, trapecios, etc., hizo que se cubrieran y siguiesen; pues, como era correcto y natural, habían interrumpido los juegos cuando se presentó delante de ellos su excelencia Iltrma. Fue luego a la división de los de menos años y los estuvo viendo jugar a la pelota.

Concluyó la comida con el baile de palos, omitido el día anterior, y le cayó muy en gracia al señor obispo. Dio fin a la función el canto de los serenos, que le gustó extraordinariamente, igual que a su secretario.

Nada de particular hubo el jueves, porque por la mañana tuvo que andar el señor obispo atendiendo algunas visitas, y por la tarde salió al convento de monjas, y al anochecer, a la parroquia. Por eso dejaron la academia para el viernes por la mañana, a la que asistió mucha más gente, entre caballeros y señoras, como suelen asistir a la distribución de premios y a algunos actos cuando tienen lugar de día.

La academia, en su mayor parte, fue poética, y en ella triunfaba una vez más nuestro Francisco Yturribarría, y se encontraba a sus anchas cosechando aplausos, que los agradecía con humilde modestia y sencillez.

Para que la velada resultase más amena y variada, se entreveraron algunos experimentos de física y cantares recreativos. Y gracias a Dios, todo ello lo mismo que el canto salió a las mil maravillas.

Terminada la academia o velada, les habló el señor obispo, agradeciéndoles con sincero cariño, y les exhortó a ser buenos colegiales mediante el estudio perseverante, el exacto cumplimiento del horario y la obediencia y sumisión a los profesores y prefectos.

Después de impartirles la bendición pastoral, les dijo textualmente: «Contando con el beneplácito de vuestro dignísimo Rector, os concedo un día extraordinario de campo». Esto les manifestó en la capilla, que si llega a decirles en el patio o en alguna sala de clase o recreo, los aplausos y estrépitos de tumultuosa y desbordante alegría hubiesen atronado el ámbito hasta alarmar a la gente que pasara por junto al Colegio.

Veamos, pues, a Yturribarría en preparativos para disfrutar de un día de campo, de un paseo despacioso al aire libre. Siempre, para los que deben estar sujetos a disciplina y encerrados entre las cuatro paredes de un colegio resulta como lluvia de mayo, como novedad deliciosa, eso de salir

colectivamente para todo el día a los campos y montes para comer, jugar y expansionarse a la sombra del árbol, junto al cristal cantarín de alguna fuente.

En Orduña, especialmente, suelen ser interesantes los paseos por los alrededores, tanto por sus bellos puntos de vista, panoramas y espléndidos paisajes, como por los detalles de sus hondonadas. En una de ellos, el Salto del Agua, o la Peña Nervina, tiene origen el río Nervión, el Ybáizabal antiguo, que baña gran parte del territorio vizcaíno.

¡Con qué cariñoso afán y juvenil entusiasmo iría Yturribarría descubriendo los manantiales de su amado Nervión, que junto a su casa de Bilbao «ensancha enormemente su pecho para recibir en él las aguas en que va a confundirse, para llenarse de mar antes de en el mar perderse»! El verdadero nacimiento de la entonces azulada ría veía allí con ojos de poeta encima del monte. Allí descubría y contemplaba extasiado una cueva, cortada perpendicularmente y comunicándose con la parte inferior de la peña, por cuyas grietas brotan en todo tiempo fuentes en forma de pequeñas cascadas, «como una sarta deshecha de perlas» que van a reunirse al fondo del valle para formar el río Nervión.

Nuestro colegial bilbaíno, en la frescura de sus años juveniles, sintiéndose poseído del vigor de unos músculos correosos, treparía por los picos más notables de la Peña de Orduña, Onguino, Yturrigorri, Bidarbide, El Fraile, Bagate y Peña Corta. En el pico de Charlazo de Sierra Salvada observaría extraña construcción, que de lejos semeja un árbol: una capilla de cemento armado, sobre cuyo árbol está simbolizada la Virgen de la Antigua. Miraría embelesado en la propia Peña de Orduña una enorme cavidad, conocida con el prosaico nombre de Corralejo, formada por un diente de la peña misma, en la que el pastor halla seguro albergue para sus rebaños; y su encanto poético ascendería en clímax viendo brotar de aquella cuenca copiosos hontanares de riquísima agua potable, naturales unas, ferruginosas otras, que van a reunirse al Nervión o al río Cordura, y que después de pasar por Saracho, desembocan en la ría de Bilbao.

En estos días de campo nunca dejaría de visitar a la Virgen de Orduña, Nuestra Señora de la Antigua, esta imagen milagrosa que fue descubierta por un sencillo pastor de aquella comarca entre las ramas de un moral frondoso. El, que desde la niñez hallaba sus delicias en rendir culto ferviente a las imágenes de la Virgen; él, que du-

rante la madurez de sus facultades consagraba cantidad de trabajos literarios a la glorificación de la Madre de Dios, ¡con cuánto amor y cariño filial contemplaría la imagen de la Antigua envuelta en un manto dorado que, prendido en los hombros y envolviendo todo el cuerpo, baja hasta cerca de los pies! El manto está adornado en toda la extensión de su borde con una greca o franja, figurando en doble faja un esmalte finísimo de piedras preciosas, recuerdo de las labores de Bizancio en sus mejores días. La túnica interna, de color azul, tiene un adorno dorado, que forma una segunda greca de igual primor que la del manto, aunque de otro dibujo: imita hojas de trébol, realizadas entre las más hermosas que admiran los anticuarios en sarcófagos de los siglos V y VI.

Sin embargo, para el criterio estético o para el arte espontáneo tan depurado como el de Yturribarría, el escote del cuello no se avendría del todo a los cánones de la estatuaría mariana.

Pero siempre la mano de la Madre Celestial le conducía por los ásperos senderos, y la devoción hacia Ella era el faro rutilante que le ayudaba a acertar en el rumbo más conveniente para los designios de Dios sobre su vida.

4

A LA CUMBRE DE LA CARRERA



Preciosa estampa de Vitoria, que antes se llamaba Gazteiz, «*quae antea vocabatur Gasteiz*». Tal sería el parecido de la capital alavesa, cuando Yturribarria estudiaba en las aulas de su Seminario durante seis años. «Tiene por armas Vitoria dos Cuervos y dos Leones, en un Castillo de Gloria, donde vive la Memoria de sus Nobles Infanzones».

A la cumbre de la carrera

Hacia el sur del monte majestuoso de Vizcaya, el Gorbea legendario, extiéndese la hermosa ciudad cada día más pujante de Gasteiz-Vitoria; con el doble atractivo de su parte antigua, salpicada de importantes monumentos históricos, y su parte moderna, cruzada por magníficas vías anchas y rectas, y luciendo edificios espléndidos.

A esta ciudad, tan sana como Orduña y casi de la misma altitud, se trasladó Francisco de Yturriarria después de practicar en Orduña los ejercicios del grado de bachiller ante una Comisión de catedráticos del Instituto de Valladolid.

Alma angelical y soñadora, corazón tierno e immaculado, sintióse atraído por el sacerdocio. Pidió y obtuvo de sus padres, tan laboriosos como creyentes y temerosos de Dios, el permiso correspondiente. Y el mismo año de su terminación de Humanidades, al comienzo de los estudios del año 1881, entraba en el Seminario Conciliar de Vitoria.

Aquí estudiaría nada menos que seis cursos de Teología, con fama de muy grande ingenio, y desde el segundo, siempre con la más alta calificación. Esto conocemos por los breves datos biográficos que personalmente obtuvo el Padre Estefanía.

Sabemos que en este curso, primer año teológico de Yturribarría, organizábase en el mismo Seminario un certamen literario-artístico, en honor de la insigne doctora Santa Teresa de Jesús. El motivo de estas fiestas de certamen era que en aquel año de 1881 se celebraba el tercer centenario de la gloriosa muerte de la Santa Doctora, en Alba de Tormes. La Hermandad Teresiana de Vitoria consideró oportuno, entre otras manifestaciones, abrir un certamen literario-artístico que, a la vez que contribuyese a la mayor solemnidad de las fiestas que se preparaban, señalaran un paso importante dado en el plan de estudiar y vulgarizar las obras de Santa Teresa.

No tenemos noticia de que en este certamen interviniese y actuase el estudiante Yturribarría. Tal vez, por ser el primer año de su llegada, tímido por la gravedad de aquel centro escolar, donde brillaban y se contrastaban tantos talentos, se abstendría de toda exhibición con la idea de observar y reservarse para ocasiones más propicias.

El «Boletín Oficial» que se editaba en ese tiempo en la Diócesis de Vitoria, compuesta por las tres provincias Vascongadas, nos describe la inauguración del curso académico de octubre 1881-1882, justamente el del comienzo de Yturribarría en el Seminario. Tuvo lugar con la solemnidad que prescribe el plan vigente de estudios eclesiásticos. Asistieron el Excmo. e Ilmo. Prelado, el Sr. Secretario del Gobierno Civil, Comisiones del Ayuntamiento, Instituto Provincial de la Escuela Normal y un gran número de distinguidas personas, tanto eclesiásticas como seculares.

Comenzó por la celebración de la Misa del Sr. Rector, trasladándose a continuación todo el acompañamiento al salón de actos públicos, donde se impuso la beca a los nuevos colegiales. Y terminó con la lectura de la oración o discurso inaugural.

En el Seminario, nuestro estudiante Francisco de Yturribarría continuaba la perfección y formación completa, iniciada con los Padres Jesuitas. ¿Qué duda puede haber de que no todo le resultase y se le hiciera horizonte luminoso? De vez en cuando densos nubarrones apiñaríanse sobre su ruta. Pero siguió con los ojos fijos en un destello lejano. Experimentaría la eclosión pasional de los dieciocho años; la terrible esfinge de la ju-

ventud. Lucha por la castidad. La Virgen, de quien tan devoto era, lo salvó. Igual que aplacaba el oleaje desencadenado del mar cuando venía con sus padres de Gijón. El rugido de los abismos lo avivó y le enseñó los caminos del triunfo. En esa gimnasia de la voluntad formó su carácter para las grandes empresas. Se sobrepuso a su timidez y luchó con honor.

El joven atraído por un verdadero ideal es como la corriente que busca el mar. Nada lo detiene. Puesto en el camino de la generosidad, llegará hasta el heroísmo. Como aquel joven, «por entre sombras y entre hielo», siempre avanzará hacia la más elevada cumbre. Es alpinista montañero de espíritu.

*«Arriba cumbres nevadas,
cual fantásticos espectros.
Y abre su labio un sollozo,
y sigue gritando: «Excelsior».*

En el severo recogimiento del estudio y de la plegaria, bajo la mirada de expertos educadores y profesores, su vocación se definía cada vez más clara y tomaba contornos más precisos e inconfundibles. Se le transparentaba en los ojos limpios y tranquilos, en la reserva de sus palabras, en el comportamiento digno y distinguido; pero, so-

bre todo, en aquella instintiva repugnancia que experimentaba cada vez que, por obligación durante las vacaciones en casa, tenía que frecuentar algunos actos sociales o le hablaban de una carrera más brillante y lucrativa que la de sacerdote.

En los seminarios y casas de formación religiosa, periódicamente, los alumnos mantienen coloquios espirituales con el Director o Prefecto de espíritu. Durante ellas, el diálogo íntimo, preguntas y respuestas personales, casos individuales de conciencia se sacan a relucir con sinceridad y se solucionan. Podemos, pues, creer ya que no hemos hallado al respecto datos explícitos, que el Director del Seminario le sometería a veces, igual que a los demás, a interrogaciones parecidas a las siguientes:

—Hay mucho ánimo, Yturribarría, para continuar la vocación de sacerdote.

—¿Por qué no?... Aunque, la verdad, piensa uno muchas cosas y no faltan dudas, indecisiones.

—Ya ha oído con frecuencia, y seguramente en sus lecturas espirituales, que la vocación sacerdotal se manifiesta menos por un sentimiento del corazón o por un atractivo sensible que por la intención recta del aspirante.

—Pero si no se experimenta cierto atractivo de vida...

—Ese atractivo no le ha de faltar, no tenga miedo. Pero hay que pedirlo a Nuestro Señor en la oración, en la comunión... Ahora que tenga presente que el sentimiento o la atracción sensible es algo secundario y accidental. Las cosas esenciales son la intención recta y las aptitudes. Felizmente usted posee —lo estamos viendo— ese conjunto idóneo para este estado. De lo que ha de preocuparse es de no olvidar nunca que deberá aspirar al sacerdocio únicamente por el noble motivo de consagrarse al servicio de Dios y a la salvación de las almas. Esta es la intención recta que le deberá orientar, su brújula, su norte...

—Gracias, Padre, por el consejo. Y le pido que me encomiende al señor en la Misa para que así pueda proceder.

—Y sus estudios, ¿cómo van? Notamos que tiene usted más afición a la Filosofía que a la Teología... Y no digamos de poesía, que ésta, según es notorio, es su mayor inclinación y encanto, se entiende, de tejas abajo, humanamente.

—Así es, Padre. Pero en eso no hay pecado, yo creo.

—¡Hum! No descuide la Teología, que después de todo, es la ciencia más peculiar del sacerdote.

Sobre tales pautas se encarrilarían los diálogos de Yturriarría con su Director espiritual.

La juventud, amiga de libertad y de juicio personal, le había sorprendido en actitud de homenaje a Dios en los representantes de la autoridad. Se consideraba ciego ante el resplandor de la sabiduría y providencia divinas, y pedía al Señor un lazarillo para sus andanzas. Considerarse ciego ante la vida, estando dotado de una inteligencia despejada y contando con un acervo de cultura, no es moneda corriente, ni mucho menos. Por eso es tan difícil obedecer. Sin embargo, Yturriarría, ayudado por la gracia de Dios, se dejó convencer de que, con toda la sabiduría y prudencia humanas en su poder, los caminos de la voluntad divina ni son teoremas lógicos ni casos de exquisita prudencia. A Dios guían motivos de mayor trascendencia, y quien quiera seguir su voluntad debe humillarse a sí mismo, considerándose ciego para dejarse guiar de los representantes que El mismo ha señalado.

Ya hemos manifestado más de una vez en las presentes notas biográficas que Yturriarría se distinguió en los estudios. ¿Era un talento extraordinario? En poesía, sí. Nadie le negará haber sido extraordinariamente favorecido de las Musas. En otras materias, probablemente no. Pero la dedica-

ción al estudio había de cuajar, al correr de los años, en frutos notorios y éxitos respetables. Sentía amor al estudio y se aplicaba a este deber por imperativos de conciencia. Trataba de llegar al sacerdocio y le era obvio que el ministro de Dios necesita conocimientos singulares en los más diversos aspectos de la sociedad humana, puesto que había de evangelizar al hombre completo, con todas sus adherencias, familiares y naturales, que se relacionan directa e indirectamente con la vida espiritual.

Yturribarría estudiaba todos los libros que completaban entonces el cuadro de las asignaturas de la carrera eclesiástica, aunque las de su preferencia fuesen la Poética y Filosofía. Aun cuando nunca hubiera comprobado la utilidad de una materia determinada, era para él un sagrado deber el estudiarla; la obediencia y disciplina lo impulsaban a la dedicación de temas que figurasen en los planes de estudios de seminarios.

Durante los cursos no era infrecuente la llegada al Seminario vitoriano de grupos diversos de la Península con el objeto de intercambiarse las impresiones y puntos de vista acerca del movimiento cultural. Al efecto realizábanse programas y certámenes. En una ocasión llegó la Juventud Católica de Madrid, a la que los estudiantes vascos

brindaron una velada de alto nivel, que dejó gratamente impresionados a todos los excursionistas. También pasó por el Seminario la Juventud Católica Valenciana y ante ella se ejecutó con maestría un certamen científico-literario en honor de Nuestra Señora de los Desamparados.

Es extraño que en estas dos veladas no figure entre los protagonistas el nombre de Yturribarría, ni siquiera como poeta, él, tan acostumbrado a estas manifestaciones desde el Colegio de Orduña con los Padres Jesuitas. Pero hojeando las páginas del «Boletín Eclesiástico», en ansias de investigar algunos datos referentes o relacionados a la vida del estudiante Yturribarría como seminarista, he hallado con verdadera satisfacción la crónica y el programa de una velada literaria-musical en la que interviene nuestro Francisco de Yturribarría, por cierto en su primer y penúltimo número.

El cronista refiere que fue sumamente grata y notable por todos conceptos la velada literaria-musical que los estudiantes del Seminario Conciliar de Vitoria celebraron el día 5 de los corrientes, mayo 1887, para solemnizar el XV aniversario de la conversión de San Agustín.

Juzgo oportuno reproducir todo el programa como una página viva y auténtica del ambiente

en que vivió Yturribarría. A la vez servirá para apreciar el desarrollo y la amplitud de los planes de estudio vigentes ya en esa fecha.

1.º Invocación poética al Aguila de los Doctores, con este lema: «Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos». (Deut XXXII, 1). La pronunció su autor, DON FRANCISCO YTURRIBARRIA, agradando muchísimo.

2.º Ejercicio escolástico. *Tesis* «Fides supernaturalis humanae rationis incrementa mirifice provehit». Lo defendió don Felipe Aldama. Arguyeron, don Antonio Ustoa y don Ciriaco Azcárate.

3.º Orfeón.

4.º Ejercicio algebraico por tres estudiantes de Filosofía.

5.º Zortzico «Vasconia», por el tenor de la catedral.

6.º Diálogo catequístico en vascuence.

7.º Elogio del Santo en griego, tan difícil como bien dicho por su autor, don Isidro Mújica, alumno de quinto año.

8.º Oda titulada «Luz de cielo», por don Fidel Jacinto de Galarza, alumno de primero de Filosofía.

9.º Discurso biográfico del Santo, en latín castizo y elegante, pronunciado con sin igual sol-

tura por su autor, don Hilario Oscoz, alumno de 4.º de Teología.

10. Aria de tenor, cantado por don Raimundo Mújica, 1.º de Teología.

11. Aleluya. Notable composición cantada por su autor, don Enrique Ledesma, de 5.º año, «Pieta Signore», Orfeón.

12. Himno latino al universal Debelador de Herejías, por José Joaquín Yzaguirre, alumno de 5.º año.

13. Censura poético-musical de la Velada, a cargo de don José Zurita y don Paciente Azcúnaga, alumnos de 1.º y 2.º de Filosofía. Letra del citado YTURRIBARRIA, con música de Zaparaín. Esta hermosa pieza, escogida entre muchas, arrancó entusiastas aplausos, mereciendo el honor de ser repetido (bisado).

14. Gracias y adiós, a la distinguida y complaciente concurrencia, por don Francisco Zubeldia. Terminóse la hermosa función con el popular y majestuoso himno a San Ignacio, cantado entusiastamente por todos.»

Luego, el mismo cronista se detiene a reseñar por menor algunas circunstancias con que quiere resaltar lo grandioso del Certamen.

«No vamos a describir —comenta— el magnífico golpe de vista que ofrecía el gran salón-ca-

pilla, adornado al efecto con exquisito gusto, inundado de claridad por la gran profusión de bujías y la luz eléctrica. Nada tampoco diremos de las finas atenciones de que se vio colmada la numerosa y distinguida concurrencia por parte de la Comisión organizadora. Solamente diremos que todo estuvo muy bien preparado con aquella activa diligencia que nada olvida de cuanto puede contribuir al orden y esplendor más admirables.

A poco de la hora preanunciada (las siete de la tarde) llegó el señor Obispo, siendo recibido con muestras de piadosa veneración y afecto por el M. Iltre. Sr. Rector, claustro de profesores y una numerosa sección de colegiales internos; mientras los armoniosos acordes de la charanga del Seminario, confundidos con el estruendo de la pólvora de artificio, daban al acto sorprendente novedad, demostrando a la vez el entusiasmo que rebosaba en los corazones. Momentos después comenzó la gran velada literaria-musical, gallarda muestra de la erudición que adquieren nuestros queridos seminaristas, gracias a la distinguida ilustración e incansable celo del claustro de los Sres. Profesores.)

Muchos hombres célebres fueron malos alumnos, y muchos alumnos ejemplares hubo que no despuntaron nunca. Pero no siempre van las cosas tan revueltas. Don Francisco de Yturribarria

perteneció en el Seminario a los sobresalientes. Según testifica el P. Estefanía —y dejamos consignado ya— «estudió seis años en el Seminario con fama de muy grande ingenio, y desde el segundo, siempre con la más alta calificación.»

Sin embargo, él suspiraba, naturalmente, por un momento sagrado y por una hora solemne: el momento y la hora de subir a las cimas del sacerdocio de Cristo.

Este momento y esta hora no estaban lejanos.

El 17 de diciembre de 1887 fue ordenado de presbítero.

Días después celebraría su primera misa en Bilbao con calladas lágrimas de emoción, en presencia de sus padres, familiares y personas conocidas.

Ahora podía darse enteramente a las almas. Sus labios que obligaban a Dios, podían pronunciar la palabra divina que conforta e infunde esperanzas; y sus manos, fragantes de la sagrada consagración, podían unirse con más ardor en la plegaria y abrirse en el piadoso gesto de la bendición.

El había colocado por medio de un estudio fundamental de la Filosofía y de su historia, especialmente por medio de una profunda penetración en la «Philosophia perennis» la Filosofía Es-

colástica, los fundamentos para una sólida y eficaz defensa de nuestra fe. Saturado había su inteligencia y corazón en los serios estudios de la Escritura y de los Santos Padres, con todas las riquezas y refulgente hermosura de la doctrina católica.

Sacó del estudio de la Historia Eclesiástica y del Derecho Canónico comprensión e inteligencia de la gigantesca misión de la Iglesia en el pasado y en el presente.

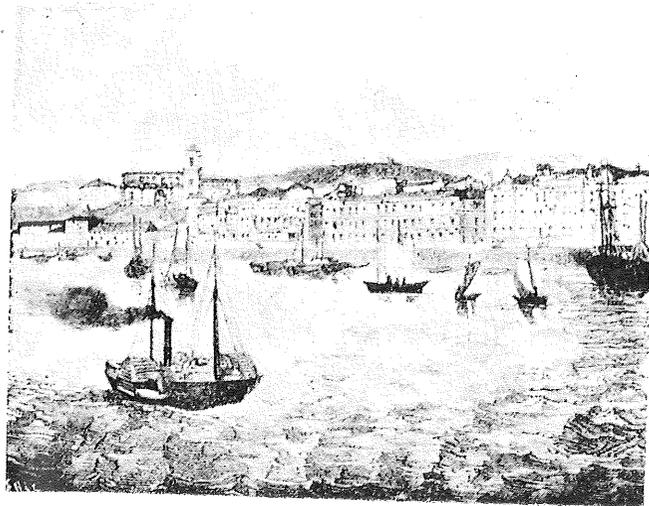
Con tales guías lograba algo que constituye el último y más profundo arcano de toda eficacia sacerdotal: una síntesis armónica, fundada en lo sobrenatural, en Dios, entre la ciencia y la fe.

Verificábase en él las palabras del Pontífice, de feliz recordación, Pío XII:

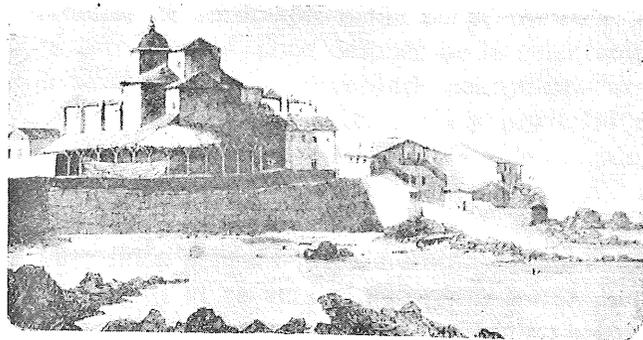
«Solamente allí do la esclarecida llama de la ciencia se halla unida al tranquilo fuego divino de la piedad sincera, de la fe humilde y de la firme fidelidad a la Iglesia y al Papa, foméntase aquel espíritu apostólico que da dignidad y cuerpo al sacerdocio y lo capacita para lograr nuevas victorias para el Evangelio de la Cruz.»

5

HONTANAR DE CIENCIA Y SANTIDAD



Este es el Portugaleta de la época de Yturribarria. Una población que se extiende en la margen izquierda de la desembocadura del Nervión. Hay quien hace remontar su antigüedad al tiempo en que los fenicios merodeaban las costas españolas.



Santurce.—Iglesia de San Jorge, donde Yturribarria ensayó los ejercicios de su ministerio sacerdotal. Esta Iglesia, de la advocación de San Jorge mártir, es antiquísima, porque ya en el año 1075 se llamaba monasterio, y lo permutó el obispo de Armentia, Munio, por el monasterio de Forcado en Castilla la Vieja, al abad de Oña.

Hontanar de ciencia y santidad

Iturribarría es ya sacerdote del Señor y aguarda las órdenes de su obispo. Estas no se hacen esperar. Efectivamente, poco después de la celebración de su primera misa es nombrado coadjutor, cargo que ejerce con mucha edificación y provecho de las almas, sucesivamente en Santurce, Portugalete y en la basílica del Señor Santiago, de Bilbao.

Profundo conocedor de las almas, sabía suscitar profundos pensamientos, iluminaba, persuadía, conmovía. En él se veía al sacerdote santo, lleno de amor de Dios y de sabiduría tan humana como celestial. Ondeaba en sus labios la sonrisa divinamente atrayente de los que reflejan la bondad de Dios. Quienes lo trataron pudieron admirar su caridad ardiente, su fe viva, su extraordinaria piedad.

Pescadores curtidos en las rudas fatigas de su oficio, que habían de afrontar más de una vez los riesgos mortales del mar airado, se le acercaban per-

suadidos de hallar en él un buen amigo y un guía experto. Negociantes y marinos, que no pocas veces se olvidaban del fin del hombre, enfrascados en sus absorbentes negocios y ocupaciones, recibían de él luminosas enseñanzas y se convencían de que el único negocio en este mundo, donde todo caduca, es la salvación del alma, conforme a la máxima del Evangelio: *¡Qué le aprovecha al hombre ganar todo lo que hay y puede haber en la tierra, si pierde su alma, si no conquista su felicidad y riqueza eternas...!* Profesores y aristócratas, hombres sencillos, aldeanos baserritarras recién afinados en Bilbao, gudarís de la inextinguible guerra carlista, eran todos sin excepción tratados por el joven sacerdote con la bondad de Cristo, a costa de sus propias abnegaciones y sacrificios sin cuento. Así pudo decir muy bien su biógrafo Padre Estefanía: «Pasmaba y cautivaba en el trato de don Francisco, el que a su talento juntara una ingenuidad y una alegría tan infantiles, tan llenas de frescura y transparencia, tan ideal y castamente inmaculadas». Se regocijaba y regocijaba a sus oyentes, salpicando su conversación, siempre serena y culta, con bromas y anécdotas interesantes, sobre todo de sus amigos, literatos y artistas, aunque pareciera inverosímil a quien sólo le haya conocido a través de sus artículos y poesías. Eugenio Moltó ha con-

signado que aún en su lecho de muerte «brujuleaba en sus labios la frase áticamente regocijada».

Era de estatura prócer, y Basterra lo pintaba como «enjuto, de luengos miembros, espigado sin ser demacrado, lo que hacía resaltar el negro de los hábitos... Solicitaba la atención su cabeza, una testa llena de vigor, de frente ancha y de nobilísima forma, que el cuello erguía con nativo señorío de inteligencia, y a la cual su tierna modestia aliviaba la arrogancia, inclinándola. Clave de su carácter era el rostro: pocas veces vi uno tan ingenuo de poeta. Y había en él esa frescura misteriosa de la inocencia».

Contemplando su foto, que aparece en la portada adentro de este libro, podríamos trazar una psicografía, diciendo que es un intelectual emotivo con la inteligencia y facultades morales estéticas y afectivas muy desarrolladas. La línea curva del arco de su cabeza, la comisura de labios, el ojo abierto, el párpado arqueado netamente expresan candor, delicadeza exquisita, reforzados por el idealismo propio de este tipo de estructuras psicológicas. La base frontal que sobresale encima de los ojos supone el sentido de las realidades que tiende a objetivar y realizar las bellezas del mundo suprasensible hacia el cual toda su constitución, de una exquisita nobleza afectiva, será poderosamente

atraída. Su entendimiento captará lo real, punto de partida y necesaria base de toda ideología objetiva; su corazón, en cambio, se sumergirá en el mundo invisible de las bellezas y verdades eternas.

Pero la vida —principalmente la de estos caracteres elevados— tiene espinas, cruces, agonías, calvario. ¿Quién puede ignorarlo? La de Iturribarria no sería excepción, sino cristal de aumento. Fue la época de sus ministerios sacerdotales, en la que a la nostalgia del cielo, originada de su misma elevación de espíritu, comenzaron a juntarse algunos desengaños que abrieron honda llaga en su corazón, ingenuo y puro, donde anido en adelante más intensa y tenaz la melancolía, y trocaron su pudorosa timidez en continuo y deliberado retraimiento, a pesar de que poco antes sonreía con inexperto candor a sus ilusiones de poeta. ¿Habremos de extrañarnos de esto? Es que no se ha afirmado con muchísima razón que —*nullun ingenium sine melancolia*— no hay talento sobresaliente sin melancolía. Toda alma de artista, que ha sabido descubrir en sí la radiante impresión del divino rostro, reflejo de su belleza, ama la soledad, el silencio y retraimiento. Siente a veces con aquél que aseguraba, no sin cierto fondo de verdad, *que cuantas veces se encontraba entre los hombres se creía menos hombre.*

La sensibilidad de don Francisco se revela más de lo que se divulga; se parece a la gota misteriosa encerrada en un pedazo de cristal y que antiguas leyendas dicen que es una lágrima de Cristo. El cristal que la retiene impide evaporarse. Mas, a veces, parece que se ve temblar la lágrima sagrada en esta alma de cristal de donde no se derrama. Como aquella vez, cuando insinúa en el seno de la confianza: «Nunca pude figurarme que llegara a tanto la indiferencia, casi hostilidad con que han recibido mi publicación los que más interesados debieran estar en que hubiera tenido éxito. Tal vez están esperando a que les pida perdón por esta salida de tono, porque entienden seguramente que la mediocridad es un deber del sacerdote juicioso. Aquella soledad de espíritu de que usted me hablaba reina también aquí, y pluguiera a Dios que se limitaran a dejarme solo».

Descúbrese en esta confesión la gota de la lágrima sagrada sí, pero amarga que hemos mencionado, gota que en adelante irá siempre en aumento y lacerándole el alma, extremadamente sensible.

Por fortuna, en este mundo, el dolor siempre tiene algún lenitivo y hasta interrupción.

Un día en que don Francisco estaba amargado y aplanado por la incomprensión, llegaba Antonio

F. Grilo a la iglesia de Santiago con muchos deseos de conocer y hablar personalmente al poeta bilbaíno.

—¿Dónde está don Francisco de Iturribarria?
—interroga impetuosamente el andaluz.

—Está diciendo misa y va a terminarla pronto
—le contestan, y le conducen a la sacristía.

Poco más tarde se presenta allí el sacerdote buscado, musitando devotamente el «Te Deum», calado el bonete y con el cáliz entre las manos. Y Grilo no tiene paciencia hasta que se desvista don Francisco de los ornamentos; se le abalanza al cuello y abrazándole efusivamente le grita:

—¡Paco, mi queridísimo Paco! He leído y releído tu preciosa composición *Las Ermitas*... Créeme, me han hecho llorar. ¡Qué inspiración! ¡Qué ideas! Pienso que te las inspira algún arcángel.

—Vamos, Grilo, no es para tanto. De todos modos, agradezco las muestras de tu sincera admiración.

Desde entonces, el cantor bilbaíno y el cordobés se hicieron muy buenos amigos. Y cuando Antonio F. Grilo pasó a mejor vida, Iturribarria pudo escribir de él estas frases que figuran en la composición del tercer volumen «Prosa»: «Sentía (Grilo) el cariño y la ternura mejor que la amistad, y el

entusiasmo fugitivo más que la serena admiración... Pero si el poeta es un hombre que ve la naturaleza con ojos de niño; si la poesía no es más que la frescura del alma; si el numen poético es la lente biconvexa que agranda hasta dar forma de pensamiento a las imágenes furtivas que pasan por la visual del ingenio, la caja sonora donde se almacenan y robustecen las más débiles vibraciones de nuestra sensibilidad, Grilo fue un poeta de cuerpo entero».

Las más grandes angustias, las amarguras morales más fuertes no impedían a don Francisco interesarse en la amistad leal. En una de sus muchas cartas a Carmelo de Echegaray dirá que «gracias a la Providencia tenía media docena de buenos amigos que le consolaban de todo y se esforzaban en levantarlo y sostener sus ánimos».

Dos de estas amistades más adictas eran don Estanislao F. Labayru y don José G. Galdácano. Para la *Historia de Bizcaya*, que estaba escribiendo Labayru, hizo varias pinturas de ilustración, pues era también pintor, y pintor personalísimo, según atestigua Juan de la Encina. De don José Galdácano podemos asegurar que era el mayor amigo de Iturrigarría; era, al decir de su primer biógrafo, el *alter ego* en la población de Bilbao, natural de ambos.

Y refiriéndonos a sus amistades, no es posible omitir la *intima y afectuosa de Iturribarria con don Domingo de Aguirre*.

¿Quién que se precia de vasco no conoce a Domingo de Aguirre? El es el escritor por excelencia del viejo idioma éuzkaro. Lo que para la literatura castellana es Cervantes, podemos asegurar, sin temor a duda, que Aguirre es a la lengua éuzkara. Viene a ser su escritor clásico, su incomparable maestro, su Cervantes.

Su novela «Kresala», por su belleza y colorido, está a la altura de cualquiera de las que escribiera su contemporáneo, el santanderino Pereda. Igual por las descripciones poéticas y patéticas de nuestro imponente Mar Cantábrico, le aventaja por la ternura, delicadeza y emoción en sus personajes y protagonistas.

«Auñemendiko Lorea», la flor de los Pirineos, seméjase a «Fabiola», compuesta por el mismo autor de «Quo Vadis». Es un poema histórico, envuelto en las galas de la limpia fantasía cristiana y perfumado con los heroísmos y delicadezas del más puro amor a Cristo. «Riktrudi», la personaje central del «Auñemendiko Lorea», es muy parecida a la de Santa Inés de «Fabiola».

He aquí lo que dice Gabriel Manterola acerca de Aguirre: «Durante mi vida he visto en dos oca-

siones a don Domingo, y en ambas laborando con entusiasmo en favor del vascuence. La primera lo vi el 2 de abril de 1916, en el teatro de «Los Campos Eliseos», de Bilbao, dando lectura a un discurso a propósito de una Junta en pro del Euzkera. Y la segunda, formando tribunal para examen de trabajos en el famoso Congreso Euzkarófilo de Oñate. En esta ocasión se encontraba muy decaído, agobiado por una pesada dolencia, pero animado de un increíble ardor por sacrificarse más y más por su amado euzkera. Cada una de sus palabras, gestos y movimientos evidenciaban a los ojos de todos que él era un hombre de conducta irreprochable, modesto, afable, virtuoso y sabio».

Este ilustre vizcaíno, del pueblecito costero de Ondárroa, era coétano de don Francisco de Yturribarria. Nacido un año más tarde, estaba unido con nuestro biografiado por los lazos de la más viva amistad. Sostuvo con él «una correspondencia epistolar copiosa hasta lo increíble», según atestigua el Padre Estefanía.

A la muerte de don Domingo de Aguirre, manos piadosas, pero lamentablemente ajenas a todo valor histórico y literario, destruyeron este sinnúmero de cartas, testigos insustituibles de las intimidades del alma de nuestro poeta. La misma suerte corrieron las de Carmelo Echegaray, también abun-

dantes, y las de otras personalidades insignes de esta tierra.

Esperaba yo con avidez que en la limitada colección de cartas que me entregara el sobrino del poeta hallaría alguna de Aguirre, dirigida a su amigo, para poder atisbar algún vislumbre de la hondura de afectos de estos dos nobles y elevados corazones. No encontré ninguna.

Por tal contrariedad, no me es lícito, como hubiera sido mi deseo, aportar ningún dato nuevo, ninguna luz más clara que nos descubriese y resaltara la amistad de que nos ocupamos. Sólo sabemos que entre ellos se carteaban frecuentemente y que las misivas de Iturribarria desbordaban una entrañable amistad, con aquel saludo inverosímil en hombre tan avaro de efusiones afectuosas: «Chominchu mío de mi alma».

A propósito de las aficiones de Yturribarria, me ha contado su sobrino superviviente, Antonio de Yturribarria, que el cuadro de su tío don Francisco, que representa al bergantín balanceándose sobre las agitadas olas, sirvió de inspiración para un hermoso soneto de Ramón Basterra.

En las postrimerías de la pasada centuria, Bilbao venía a ser el crisol, digamos, el *cubilote* donde estaban fundiéndose los elementos bases —cho-

rros ígneos impresionantes de agitada y cegadora luz— de lo que iba a formar la gran ciudad de empuje arrollador, única europea de España de tipo opulentamente económico industrial.

También en el orden político comenzaron a germinar las ideas de conciencia étnico-racial del País Vasco en territorio español y francés; ideas que culminaron y adquirieron forma concreta en el cerebro organizador de Sabino de Arana y Goiri, evolucionando el carlismo regionalista en nacionalismo. Una evolución peligrosa, no tanto en la esfera de las ideas, cuanto por los excesos y estridencias (es una palabra empleada por Cambó para censurar las intemperancias del separatismo catalán), inoportunidades, imprudencias y roces con los poderes constituidos a que se presta.

Y aquí, en largo paréntesis, conviene resaltemos la figura del prócer don Sabino de Arana Goiri.

Su perfil humano es uno de los más notables del siglo pasado en todas las latitudes. En Sabino se reunieron de modo sobresaliente y en forma impresionante todas las cualidades morales, intelectuales y físicas de que un hombre puede estar adornado.

El es, ante todo, un católico ferviente, un joven que tan pronto organiza el recibimiento de los restos de Berrio - Ochoa en Barcelona con

otros estudiantes, como regala libros religiosos católicos en las ferias de Bilbao al saber que un pastor protestante se dispone a ofrecer Biblias gratuitas. Es ejemplar en su fe y en su conducta. Invoca a Dios constantemente en sus innumerables escritos y cartas. Es jurisconsulto, organizador de trepidante dinamismo, publicista asombrosamente variado. Ha estudiado en las Universidades de Francia y Barcelona, y posee una erudición colosal.

Sin embargo, Sabino se percata de que no conoce ni habla el euzkera. Compra gramáticas y diccionarios, y se lanza afanosamente al estudio del idioma. A los cuatro o cinco años, Sabino domina el tema, intensifica su tarea investigadora, trata de renovar e innovar la vieja lengua y comienza toda una serie de trabajos e investigaciones que durarán hasta la muerte y que versan sobre el idioma vasco.

El joven erudito y sabio alterna el estudio con la caza en los montes de Guernica y Navárniz.

En una ocasión, Sabino de Arana se reúne en Begoña a merendar con una veintena de amigos y admiradores. Al final del ágape pronuncia un discurso apretado, sentimental y mesiánico que es su manifiesto inicial al país. Los comensales del caserío de Larrazábal —carlistas, integristas,

fueristas— se quedan tan estupefactos que ni siquiera se acuerdan de aplaudir.

A este hombre-hombre, excepcional y fuera de serie, tan prodigiosamente superdotado de cualidades humanas, le llega como a todo el mundo la muerte. La carta que le escribe a su hermano en las puertas del trance inevitable está transido de piedad religiosa y hace estremecer de honda ternura.

«Mi querido hermano :

Mañana, antes del mediodía, recibo el Viático y la Extremaunción, por aviso del médico, que teme síncope y colvulsiones mortales. Hoy he concluido, en tres días, confesión general de trece años, desde mis veinticinco... Entrego con toda mi alma mi vida al Señor, si El me la pide. ¡Día grande mañana, más grande aún que el de la Primera Comunión!

No sé cómo agradecer al Señor la anticipación con que me avisa de mi muerte, pues la carne está flaca, pero el espíritu está entero. Mi pobre mujer quedará resignada, bendiciendo a Dios y procurando ganar el Cielo, para vivir juntos los dos alabando al Señor.

Yo espero, pues, en que Jesucristo, mi Redentor, ha de aplicarme sus méritos para salvarme».

Con este gran hombre, que, según hemos consignado, era don Sabino de Arana Goiri, estaba Yturriarria unido en respetuosa amistad, admirando en él la reciedumbre de su fe cristiana católica.

La ideología política de Iturriarria se aferró casi exclusivamente a lo que constituye la tradición sustancial del País Vasco. Su carlismo (léase integrista, requetista) entrañaba ante todo la Religión y los Fueros. Cantó al Arbol de Guernica y lloró las ruinas de sus viejas libertades, y su actual desolación, con rasgos indelebles, únicos. En su oda *Logola*, el *irrintzi* es la

*Voz de una raza desdichada y fuerte
que sus leyendas de valor evoca,
y al duro golpe de la adversa suerte,
se arrastra en los dolores de la muerte,
como el herido león, de roca en roca.*

Y en la de Aralar, su pueblo vasco:

*Un pueblo, aún no vencido, que arrastra por el
[mundo la cruz de sus pesares!
Altivo y resignado, por el sendero avanza,
mientras el hondo arcano del porvenir ignora.
No sabe en qué horizonte la luz de la esperanza di-
[bujará la aurora.*

El mismo, el bardo vasco, reflejará en su vida íntima los dolores y desdichas de su país. Como su Maestro divino, tenía adversarios desdeñosos o envidiosos de su talento poético sin igual, que no le querían bien y aprovechaban la menor oportunidad para propinarle hieles de desilusión.

Celebrábanse en Bilbao juegos florales. Cediendo a las instancias de algunos amigos, concurre también él, y compuso, y presentó su poesía *La Musa Cristiana*. Una poesía de galanura, de estilo, en que como un joyel de oro finísimo, se engarzan preciosísimas perlas, nubes de ideas y mundos de pensamientos dignos de la entonación soberana en que el poeta se coloca y sabe mantenerse desde su primera a su última estrofa. Con evidencia meridiana superaba en cien codos a los demás trabajos. A pesar de todo, no fue premiada...

Figúrese el lector el golpe que recibiría la sensibilidad de don Francisco, él, tan amante de su Bilbao; él, tan fiel entusiasta a sus glorias, tradiciones y avatares. Y ahora... Bilbao, su pueblo amado, rechazándole, postponiéndole y prefiriéndole a cualquier advenedizo pelafustán!

No obstante, en honor a la verdad y para crédito de Bilbao, nos vemos obligados a declarar que no faltaban en esta población un grupo de personas honorables, llenas de ecuanimidad, cordura

y de bonísimas intenciones para alentar todo lo digno y que significase progreso de civilización cristiana. Ellos no escribían, no eran literatos. Dedicábanse más bien al desempeño noble de sus ocupaciones: a la medicina, al despacho, al negocio. Sentían un admirable fervor por la cultura y barajaban en diálogos de café o en cenas amigables las últimas más difíciles y curiosas ideas que circulaban por el mundo. Eran también alpinistas, o como se llamaban ellos mismos, *mendigoxales*; buenos excursionistas y escaladores de montañas, fueron precursores de los actuales montañeros, saturando el pulmón de oxígeno y la vida de optimismo y alegría, a la sombra del árbol y en el verdor de los campos e ilimitados horizontes. Ellos visitaban a don Francisco en su casa y le animaban. Lo tenían en gran aprecio y le proponían sus problemas filosóficos y literarios, y los libros que se los sugerían. El doctor Areilza, de hipnotismo y telepatía; Pedro Eguileor, los escritos de Kierkegaard...

Porque Iturribarria, además de consumado poeta lírico, era cultísimo como el que más. Sabía alemán, francés, danés, inglés. Tradujo a Chesterton. Mantenía correspondencia con el astrónomo y geólogo renombrado Flamarión. Pronunciaba conferencias entre gente distinguida y selecta. ¡Lástima

de su salud, que no le permitió dedicarse a la actividad y dinamismo en la medida de sus deseos, con el único exclusivo deseo de *ut videant opera vestra bona*, para que la gente, viendo sus trabajos y obras buenas, glorificara al Padre Celestial, al Dios de toda bondad!...

De un exterior indiferente, y aún como esquivamente retraído —nota peculiar de vasco auténtico— de Iturribarria puede asegurarse lo que se dijo de Newman, que era dulce, delicado, acogedor y cariñoso, aunque sin empalago, «el más transparente de los hombres». Todo él era lo que era su poesía y alguna cosa más. Esto recuerda la palabra de Emerson: «Existen sentimientos que nuestra alma transforma en poesía; hay otros que hacen de nuestra alma una poesía». Entre los últimos hay que colocar el amor a la verdad, la sed del absoluto».

Si don Francisco sabía comunicar a los intelectuales el sublime estremecimiento de Pascal y dar a las almas sedientas la frescura de un rocío celeste, también poseía el poder de dirigirse simplemente a los sencillos, pues amaba a los sencillos con el corazón ferviente, con las manos sufridas.

Hacia limosnas a los pobres. Había reunido con sus escritos y trabajos un modesto capital, que fue a parar íntegramente a manos de gente nece-

sitada, de tal manera que a su muerte se encontraba desposeído de todo, a semejanza de Cristo en la Cruz. Los pobres llegaban a abusar de su bondad y de su inaudita sensibilidad ante el relato de la indigencia. Lo asaltaban en el confesionario, y tanto se conmovía oyendo la negra miseria, que en la imposibilidad de poder atenderla como hubiera deseado, se vio en la alternativa de dejar el ministerio de las confesiones: tanta era la pena que experimentaba, y de rechazo, el perjuicio que ello causaba a su salud.

Nada le conmovía tanto como las angustias y el tormento de un corazón inocente. No hallaba contestación para este problema en las filosofías de los hombres que no estuviesen iluminadas por la verdad sobrenatural. Le satisfacía lo que había leído entre las conferencias de un orador francés acerca del sufrimiento. A saber, que el dolor puede ser consecuencia de un castigo, de una expiación o puede ser una prueba. Y en ambos casos, en vez de acusar a Dios, pone de relieve su sabiduría y su bondad. Dios hace padecer para que merezcamos. Al crucificarnos nos transfigura. ¿Quién se atreverá a decir que esto es un mal? Todos los más grandes pensadores han proclamado el elevado valor de la prueba. El hombre es un aprendiz; el dolor es maestro; y nadie se conoce si nunca ha

padecido. La verdad es que estas ideas, sin ser profundas, arrojaban sobre la mente de nuestro poeta cierta calma y claridad. El, a través del sufrimiento experimentado en sí mismo, debía penetrar un grado más en la verdad. Católico sumiso, aunque accesible, como un San Jerónimo, a las inquietudes de la vida y de la muerte, detestaba, tal vez por eso mismo, toda clase de rebeldías ante Dios. Veía en las angustias humanas la clave del secreto de la cruz, de la ley misteriosa que obliga a la humanidad a buscar su grandeza y regeneración en el sacrificio. En el admirable artículo *Abandonado*, que aparece en el tercer volumen de sus obras, se descubre como que se pinta a sí mismo, al declarar que la soledad de las grandes almas no es una soledad cualquiera, sino la soledad que sirve de punto de arranque para sentir y comprender, en cuanto es posible, aquella obra del Hombre-Dios.

La sotana y el medio en que vivía se la impusieron, y renunció, sin estar obligado a ello, a goces muy espirituales y muy legítimos.

Naturalezas variadas como la de Iturribarría tienen facultades extrañas al placer y al sufrimiento. Se crean torturas en las que los demás no sospechan. *Cuando lo quiero no me atrevo*. ¿Es esto un eco de la voz de Pascal? Las amistades humanas descansan muy a menudo en el interés, en el

capricho de un momento. Iturribarria hará descansar la suya en la Eternidad. Ello no obstante su acendrada y arraigada fe, no le impedía ser un hombre moderno y un intelectual. Bastan, como prueba, sus conocimientos de lenguas cultas, y sus variadísimas lecturas en cada una de ellas.

Para servicio del altar, gustaba de ornamentos preciosos, y los poseía tales propios, y se preocupaba de su conservación.

Todavía se conserva con el aprecio de lo que puede ser algo así como reliquia de un santo, un alba suya preciosa, que vino a parar en manos de don Juan Luis Torre, cura colector de la Parroquia de San Nicolás, de Bilbao.

Y con todo, era modesto en todas sus cosas, aún en las más difíciles. Casi moribundo, en una de las treguas en que remitía un poco su dolencia, rompió y quemó un buen número de manuscritos y papeles, y entre ellos unos trabajos que tenía redactados en griego sobre los Santos Padres, y el diploma de un premio que le otorgó una Academia de Berlín, por composición en alemán, aunque su confesor, por quien se supieron estas cosas, le rogó que no destruyera nada.

Refiriéndose a su modestia y humildad, el sobrino Antonio, que hemos mencionado ya, me ha hecho saber que, habiendo caído en manos de don

Francisco una carta dirigida a su primo, en la que se hablaba sobre la conveniencia de que aceptase aquél el cargo de párroco, pues muchas gentes prestigiosas, debido a la nombradía de su personalidad, deseaban proponerle para candidato a obispo, tal carta entregó rápidamente al fuego, reduciéndola a cenizas.

Su deseo constante era renunciar a toda dignidad y pasar desapercibido.

Pero la creación del buen Dios le atraía. Su predilección por los panoramas del mar y de las cumbres era bien conocida. Los horizontes ilimitados y las alturas culminantes los envolvía en luminosidad poética, en contemplativa visión. Subió cuantas veces pudo a las cumbres del Gorbea y el Aralar. La pujanza, la elevación y la grandeza, junto con su propensión sensibilizadora de poeta, necesitaban espectáculos grandiosos, augustos, solemnes, que entrasen a la par y como un todo indivisible por los ojos del cuerpo y por los ojos del alma, y en los cuales, como en puntos de apoyo, reposasen las inquietudes de su mundo interior.

A imitación de Newman y de Lamartine, Iturribarria, poeta excelso como ellos, alcanza la fresca naturalidad de la poesía primitiva en las evocaciones de la naturaleza.



En su breviario de sacerdote leerá y meditará:

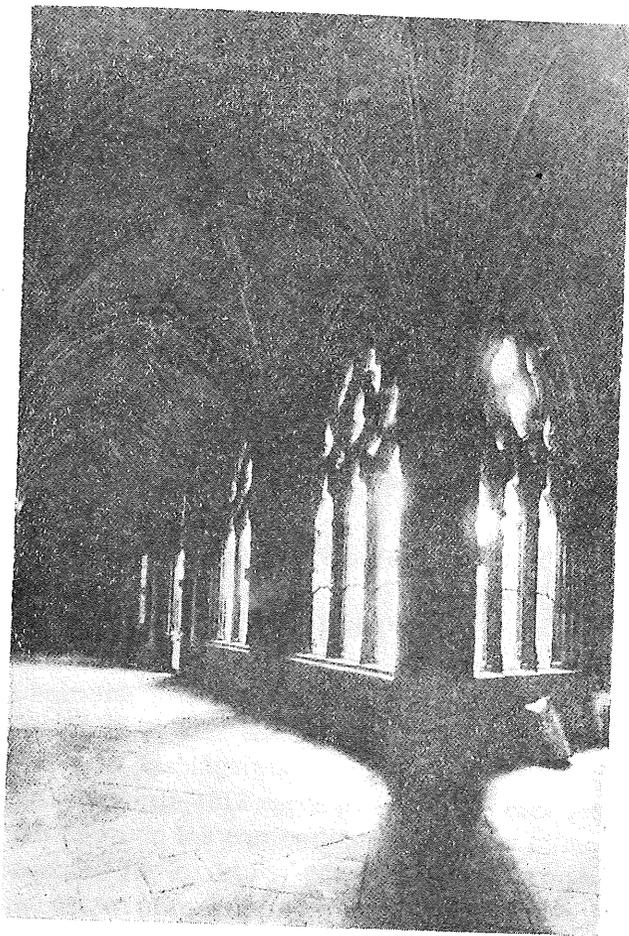
Yam sol recedit igneus

Esta estrofa que traduce Racine con fuerza admirable de grandeza y simplicidad:

Principio Eterno de luz, Trinidad soberana y muy simple Unida — el sol visible va a terminar su carrera — Haz que luzca en los corazones la invisible Claridad.

6

**OCASO, ESTELAS DE RESPLANDOR, GLORIAS
POSTUMAS**



Interior del claustro de la iglesia de Santiago de Bilbao, sobre cuyo pavimento podemos suponer andaria tantisimas veces el coadjutor, don Francisco de Yturribarria y Laucirica. Es una obra primorosa que se adosó a la Iglesia, probablemente en el siglo dieciséis. Pertenece al gótico florido decadente, lo mismo que la magnifica puerta del Angel, que se asoma del claustro a la calle del Correo.

***Ocaso, estelas de resplandor,
glorias póstumas***

La excesiva concentración mental en los ideales puede fácilmente como una carcoma atacar el organismo más sano.

Es lo que pasaba en don Francisco de Iturrigarria.

Su organismo corporal iba desmantelándose con lastimosa aceleración.

Se recogió a su paz humilde, pero sobre esa paz, trasunto de la resignación amorosa de los buenos, cerníase una abrumadora tristeza. Sus amigos apenas podían leer sus versos y cartas sin que se les saltasen las lágrimas.

Por mayo de 1913 escribía a uno de ellos: «Adjuntos le envío las composiciones que me pide. Las he cortado de los libros donde estaban porque me falta valor para copiarlas...». Ya no hago más que arrastrarme física y moralmente y he perdido hasta el gusto para leer. No se asombre si le digo

que apenas leo más que vidas de santos, que, por cierto, me resultan más consoladoras, y aún más amenas que los versos que hoy se estilan.

Y por abril de 1914: «Ha bastante tiempo que sonó para mí la hora de la decadencia, y si fuera costumbre de escribir testamentos literarios, el mío hubiera empezado ya... Ramón me visitó...».

De tarde en tarde le interrumpen la soledad y el retraimiento las visitas del antiguo amigo, a la vuelta de sus viajes, en los breves reposos de veraneo.

En una de las visitas que le hacía el buen amigo don Ramón de Basterra, éste, después de la conversación y coloquio no largos, pues el estado de ánimo del paciente lo impedía, se despidió igual que otras veces con grandes muestras de estimación.

Al poco tiempo regresaba impensadamente con la excusa de pedirle un libro, y hallábale en la estancia contigua, que era su alcoba, de hinojos ante un Crucifijo o ante una estampa de la Virgen, y le espetaba con suavidad:

—Pero don Francisco, cómo no descansa usted, hallándose como se halla tan fatigado.

—Ya ves, Ramón, debo orar, orar... entiendes; la oración es el respirar del alma. Yo, que sé por

experiencia la necesidad de respiración para el cuerpo, puedes tener idea del aprecio que haré de la oración, para que el alma pueda tener más vida, más ánimos y confianza en el Señor, ya que los instrumentos de la respiración corporal me fallan.

En realidad, mientras oraba, los pensamientos que le visitaban eran dulces y solemnes, y además, alados como mensajeros del más allá. Pero es una inferioridad la multiplicidad de pensamientos en la tierra; en el cielo no hay más que uno: el pensamiento de Dios.

Y consolaba a los demás, a los corazones buenos que conducía con aquellas frases tan dulces, tan acariciadoras y santas, fruto quizá de algunos de esos ratos de oración.

«El día de hoy —escribía a una de sus penitentas— sea para ti alegre, sin bullicio, serio sin tristeza, y tranquilo sin esterilidad. Que el Angel que te acompaña le ponga junto al tesoro de tus gracias, y el enemigo de tu alma lo cuente entre sus días perdidos. Así lo pide a Dios quien nunca te olvida».

Hay momentos, días y hasta temporadas en que la llama parece reanimarse. La esperanza se insinúa. Entonces piensa poder trabajar, hacer algo. Dirigiéndose a otro amigo de siempre, don Carmelo de Echegaray, le dice: «Deseo dedicarme a un

trabajo normal y poco fatigoso, y a pesar de no hallarme con bríos para una labor original, siento algún remordimiento de no hacer nada».

Era el año 1912 cuando una fugitiva reacción le puso otra vez la pluma en la mano para traducir *Orthodoxi*, del profundo humorista católico, el escritor inglés Chesterton.

Mas la fatiga torna a sacudir su minado organismo, incapaz de sostener el ardor de un espíritu como el suyo, siempre tenso y alerta. Conmovía verlo tan débil, y aunque mejoraba pasajera y momentáneamente, hundíase luego en una postración más y más desesperada.

Los médicos, sus amigos y familiares, en un rayo de esperanza, le persuadieron salir de Bilbao por algún tiempo en busca de un clima seco y alto, tan conveniente para la enfermedad de pulmones. «Pudieron hallar un poblacho de pocos vecinos, bastante sucio..., a once kilómetros de León», según él nos cuenta, pero donde «se vive en santa paz y olvido, que es lo que más deseo».

Un mes después añade: «Aquí me tratan muy bien, pero no compensa lo que gano en salud lo mucho que me aburro. Lo mejor de aquí es el silencio de estas noches magníficas y estrelladas en que paseo a lo largo de la vía, rezando el rosario o haciendo soliloquios (jaculatorias)».

Pero echa de menos su ambiente, por eso anhelaba regresar a Bilbao y renovar con las almas escogidas las conversaciones del cielo y «gozar de la paz del alma», que a pesar de todo no tiene allí.

El clima austero, sano, serrano le mejoró exteriormente, pero el mal traicionero continuaba avanzando sin posible remedio. La presencia de los amigos y parientes aliviaban su espíritu abatido, enterándose de aquellas novedades que le eran interesantes.

Por enero de 1916 yacía siempre acostado y se levantaba a lo más los mejores días cosa de una hora. Como con una cabalgata de Magos, con sus dones eternos, soñaba ya eternamente con la muerte. Para prepararse a aceptarla, el 18 de marzo recibía solemnemente el Santo Viático.

Un sacerdote que estimaba mucho a don Francisco y que asistió de cerca a las cosas que refiere, nos dejó en un breve escrito que los biógrafos del poeta no podemos olvidar, la memoria y la imagen de la vida de su espíritu, en esos meses de enfermedad inmediatamente a su apacible tránsito:

«Qué grato era oírlo hablar, desde la cátedra elocuente de su lecho, de la presencia de Dios, de las delicias de la vida interior, de la paz del alma,

de la vanidad de las cosas del mundo, de las dulzuras del sufrimiento cristiano. Sus palabras tenían enormes sonoridades mágicas y en su semblante fulgía la luz suave de una sonrisa de milagro. Es imposible olvidar aquellas lecciones de vida que daba a sus amigos fieles en la penumbra de un aposento, del cual salía el alma regocijada, reconfortada, valiente, como se sale del santuario de recibir un sacramento».

Mas no gustaba don Francisco de gestos grandilocuentes, ni exigía compasiones arrancadas por la tragedia de su estado, ni mostraba su palidez y difícil respiración como exponente de su permanente sufrimiento. Procuraba, sí, animar todas sus acciones, aun las más indiferentes, de profundo amor a Dios, enfocándolas al blanco del divino beneplácito, pero de tal modo que los demás no se diesen cuenta de su virtud interior. Porque pensaba que no hay que dejarse llevar del espejismo de que conviene dar a conocer las buenas acciones para incitar a los demás con el ejemplo.

De vez en cuando sus amigos llegan a la alcaoba del paciente. Llamán a la puerta. Responde una voz apagada, seguida de un fuerte golpe de tos. Se detienen tristes, tratan de pronunciar algunas palabras al buen amigo dolorido. Contemplando aquellos ojos hundidos, lagrimeantes; aquel

rostro demacrado, de mórbida palidez; aquel cuerpo ajado, oprimido, encorvado...

Dentro de aquel barro que por momentos iba desmoronándose, fulguraba una luz pura, un resplandor inmortal. Almas piadosas de mujer, hijas espirituales del angelical sacerdote, rodeaban su lecho, prestándole con la abnegación de miembros cariñosos de su familia, las atenciones que pedía su grave estado.

Entre la oración melodiosa, pausada, reverente; las medicinas aplicadas como un cilicio de penitencia, las conversaciones amables sobre los temas que provocaban los visitantes, y el silencio religioso exultante de quien penetra los misterios del poeta-sacerdote, transcurrían los últimos días de don Francisco de Iturribarría.

La noche caía sobre su habitación como un telón sobre su vida.

No tiene ya que esperar para manifestar que muere al mundo. Se abre el futuro de la eternidad. Palidez de muerte. La respiración se extingue. El corazón oprímese en angustia estertórea.

—Padre, ha llegado el momento. Mucha confianza, Jesús mío, en tu bondad pongo mi alma...

Los ojos sin luz y sin expresión del moribundo se clavan en el crucifijo. Suena una campanilla.

Junto al lecho, la silueta de un sacerdote, trazando el signo de redención y marca de los escogidos. El moribundo mueve sus labios sin voz. Su pecho se levanta en un supremo esfuerzo. Su rostro se contrae suavemente. ¡Ha muerto!

En sus labios queda inmóvil una insinuada sonrisa. Último gesto del poeta, frente a la visión de la Jerusalén Celestial, que ha de ser el país de los ensueños de un cristiano.

Don Francisco de Iturribarria entregó su alma al Señor el 12 de abril de 1916, «después de una agonía plácida, en que sus labios no cesaban de decir ternezas al Crucifijo santo que apretaba convulso entre sus manos».

Todos los periódicos de Bilbao dieron la noticia con un tono de grande veneración, de sincera y extraordinaria estima.

Esta población fabril, atestada de factorías, que parece no preocuparse de finuras espirituales; que está tan metida en sus trabajos y negocios, que apenas encuentra tiempo para la honesta expansión; que prescinde de conversaciones inútiles; que es corto de palabras, porque su «palabra es de hacer y no de decir», a la hora de la verdad sabe mostrarse espléndidamente generoso con los obreros del pensamiento y cultivadores del arte y de las ciencias abstractas.

Transcribo el artículo necrológico que publicaba «El Pueblo Vasco» de la capital vizcaína:

«*Don Francisco de Yturribarria*»:

«La dolencia que desde hace bastante tiempo venía minando lenta y progresivamente la salud de don Francisco de Yturribarria, y contra la cual nada pudieron los esfuerzos de la ciencia, la desenlazó ayer la muerte.

«Bilbao teje en estos momentos una corona de duelo que deposita al pie de los fríos despojos del vate inspirado y sacerdote benemérito, como prenda del sentimiento general que su muerte ha producido, no por esperada menos sentida. Sirva esto en la medida de lo que es posible en lo humano, de bálsamo lenitivo al hondo desconsuelo de la familia.

«Santurce y Portugaleta fueron los pueblos que recogieron las primicias de su celo sacerdotal. Más tarde, fue trasladado a la parroquia y basílica del Señor Santiago, de esta villa, como coadjutor, cargo que tuvo que renunciar hace algún tiempo por su delicado estado de salud, a consecuencia de un pertinaz desarreglo gástrico.

«Dos grandes amores absorbieron toda la vida del finado: el cumplimiento de sus deberes religiosos y el cultivo de la poesía. Y así como sacerdote fue un fiel observador de los deberes que impone tan augusto ministerio y acudió siempre solícito y

alegre donde esos deberes o su celo sacerdotal inagotable le llamaban, como amigo de las Musas, o más propiamente de la Musa Cristiana, que tan admirables páginas ha inspirado, pudo vanagloriarse, si su modestia no hubiese sido tanta, de haber alcanzado las cumbres reservadas a los escogidos.

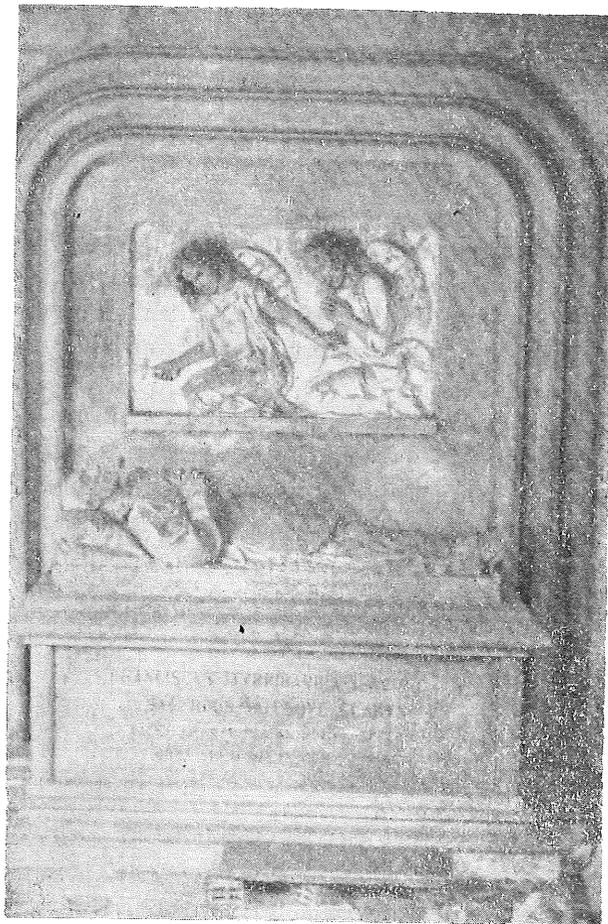
«Porque fue el señor Yturribarría un poeta de cuerpo entero, no un simple versificador encariñado de la métrica.

«El vigor de su estro, la inspiración siempre lozana, la flexibilidad y transparencia del pensamiento, la ternura que de ellas emanaba, todo, en una palabra, de lo que exige la poética, no la Academia, sino la del corazón principalmente, brotaba con lucidez y lozanía de su pluma envidiable.

«Descanse en paz el eximio poeta, y sea su lira diamantina la que cante ahora sus triunfos de vate y sus virtudes de sacerdote».

El entierro y los funerales de Yturribarría constituyeron un apoteósico homenaje a su talento de poeta y su consagración definitiva como tal. Homenaje que se perpetuó con el acuerdo de la Excelentísima Diputación de Vizcaya para la publicación a su cuenta de toda la producción literaria.

Cuatro años después, el 6 de noviembre de 1920, se le rindió nuevo homenaje, descubriendo una lápida conmemorativa de su memoria en el pórtico



de la Basílica entonces, ahora Catedral, en la que está grabada esta frase: «Fue ejemplar sacerdote e inspirado poeta y edificó a las gentes con sus palabras y obras».

Posteriormente, sus restos han sido trasladados de la tumba primitiva y depositados en el claustro eclesial.

El autor de la presente biografía se ha personado en este claustro y le ha complacido inmensamente hallar y contemplar una hermosa estatua yacente de nuestro poeta, puesto sobre su sepultura definitiva.

La estatua tombal representa a don Francisco de Yturribarria revestido con los ornamentos sacerdotales de celebración de la Misa, echada sobre un zócalo, en cuya pared se lee la siguiente inscripción latina:

*Francisco Yturribarria Laucirica,
Sacerdos vatesque clarus,
Natus VI Novembr.
An. Dom. MDCCCLXIII
Obiit XII Aprilis An. Dom.
M C M X V I.*

Encima, destacando en alto relieve sobre la pared mural, aparecen dos ángeles velando el sueño de la tumba. Uno de ellos sostiene la cruz.

Si bien la estatua es obra maestra de arte, no puede decirse lo mismo de las figuras angélicas. Están pintarrajeadas. Miran al yacente en actitud de sorpresa y llanto. Actitud absurda desde el punto de vista del dogma cristiano. Lo natural sería que lo miraran compasiva, dulce y esperanzadoramente.

Si no tuviesen alas expresarían dos jóvenes adolescentes, algo mundanillas, que se sorprenden, expresan pánico y rompen a llorar, entre temerosas y compasivas, a la vista de un sacerdote muerto.

Yturribarría, representado en la estatua pétrea, parece mirar a la Cruz que enarbola en sus manos el ángel, y musitar eternamente su inspirada en-decha:

*¡Vuelve al alma que gime su derecho
dale en tus brazos amoroso abrigo,
y abandonado en mi sepulcro estrecho,
ven, ¡oh cruz!, a dormir sobre mi pecho,
cual amigo en los brazos de su amigo!*

7

ESTUDIO SOBRE LA PRODUCCION LITERARIA DE D. FRANCISCO DE YTURRIBARRIA

**Estudio sobre la producción literaria
de D. Francisco de Yturribarría**

El primer trabajo impreso de don Francisco Yturribarría salió a luz en la revista «Euskalerría», de San Sebastián. Es una composición sobre «*El moral de la Antigua*». Siguen, aunque no en la mencionada revista, «*Un leal a Nuestra Señora de la Antigua*». «*A la jura de los Fueros de Bizcaya*», «*Blanca*», una conferencia satírica que al parecer se imprimió en la «*Avanzada*» y la letra del Himno a Arriaga.

Dejó muchísimas traducciones: del francés, portugués, alemán e inglés. Y me parece oportuno que advierta aquí que si la traducción al español de la lengua portuguesa y francesa es relativamente fácil, no puede decirse otro tanto respecto a la versión española del inglés y alemán; ésta supone pericia nada común y conocimiento extenso de idiomas, tanto del que se traduce como del en que se vierte.

Helas aquí: *La trastienda de Tolón*, por Esteban Jouve, cuya versión castellana apareció a principios de nuestro siglo; *Orthodoxi*, de Chesterton, traducción que se imprimió en «LA Gaceta del Norte», de Bilbao. Igualmente, en este rotativo de «La Gaceta del Norte» publicó don Francisco de Yturriarría sus traducciones de Goethe (*Erkonig*), y del portugués Guerra Junqueiro (*Preludio: 1 A Caminho; 2 de Volta, VIII Os pobresinhos, y Epilogo: Regresso aolar del vol. Os simples*). La de *A la grima*, del mismo poeta Junqueiro, apareció en *El pan de los pobres*, y dos de V. Hugo (*Losque lénfant parait*, y el magnífico trozo *Aux premiers jours du monde...*); los 25 versos *Jocelyn*, de Lamartine, que Yturriarría titula *Episodio*; alguno de Unland (*Mönneh und Shäfer*; y varias de Verdaguer.

«Todas ellas —afirma J. M. de Estefanía, S. J.— con pecar a veces por descuidadas y cambiar algunas los métodos primitivos, conservan mejor que otras que se alaban más, la vibración y el aliento poético de las originales».

Sus obras propiamente suyas, originales, constan de tres tomos, dos de poesía y uno de prosa. El asunto tratado es múltiple. El poeta enfoca las materias desde el punto de vista cristiano. Más que agotarlas y descubrir en ellas nuevas facetas de

verdad, las inunda de luz, de contornos edificantes, estéticos y edificantes para el corazón del creyente. Impregnándolas de su misma convicción y sinceridad, las convierte en apostolado sacerdotal. Su libro en prosa contiene tanta poesía como los dos restantes de versos. Lo que pierde en musicalidad gana en claridad, esmero y sencillez.

Pero recogeré aquí, espigando, la opinión de las principales intelectualidades de su época. Desde luego, todas coinciden en otorgar a Yturriarría el numen poético.

El Padre José M. de Estefanía es el que más ha escrito de don Francisco. Su libro-folleto fue premiado por la Junta de Cultura Vasca de la Excelentísima Diputación de Vizcaya en el Certamen Histórico Literario celebrado por la Revista de Cultura Vasca *Euskalerrriaren Alde*, en 1930. Realmente, es un trabajo destacado por la precisión y minuciosidad de sus datos. De él he extraído la mayor parte del material de que me sirvo para mi presente obra.



Enjuiciando la labor poética de Yturriarría, comienza a decirnos que a su primera lectura se

persuade uno de dos cosas: de la genuinidad de su poesía y de su limitación. En comprobación de la primera alega testimonios de Etxegaray y de Basterra. Mas el sabio jesuita, en esta misma virtud o cualidad, descubre el origen de la limitación. ¿Qué entiende por limitación? Limitación para Estefanía en cuanto se relaciona a los escritos poéticos de su admirado amigo, quiere decir que no es de multitudes, que no es universal. Compara a Trueba con don Francisco, y asegura que aquél será entendido sin perderle palabra por cualquier hombre de pueblo, mientras que Yturriarría sería oído con estupefacción, sí, pero también con indiferencia. Afirma que ni siquiera los intruidos son capaces de entenderle por la razón de que la instrucción no es garantía de sentimiento del arte, cuando el arte es muy espiritual y exquisito. Deduce que los escritos de Yturriarría desconciertan a la mayor parte de los lectores. Asegura que sólo los verdaderos literatos y temperamentos de artistas pueden prorrumpir sin vacilaciones: «He aquí un poeta». Aun cuando ellos no llegan a tanto, siempre advierten algo sublime en sus versos, un así como resplandor divino flotante sobre su vaguedad. Y concluye que para sentirle y gustarle no basta talento.

Insiste en que su limitación procede de que es un verdadero poeta, y poeta lírico, es decir, un poeta que expresa sus hondos sentimientos, vivencias e ideas acariciadas en lo íntimo del propio ser, siendo además poeta culto y versado. Nueva razón para que reduzca el número de admiradores. Distingue entre poesía culta y erudita: poesía erudita es también limitada, pero de una limitación de género distinto, de menos categoría; poesía culta supone impresionabilidad selecta y depurada, la de un artista cuya estructura intelectual y afectiva está refinadamente formada y educada. No obstante, descubre a veces en nuestro poeta imprecisión y acumulamiento de metáforas que le hacen menos accesible.

Nota en el lirismo de Yturriarría profunda religiosidad y melancólica tristeza —sombra inseparable de su Musa de alas de luz, reverso de la alfombra de oro de su rastro— y señala que tal melancolía y la escasez de estados de alma que traduce le convierten en poco variado y hasta algo monótono, aunque no fatigoso, merced a su viveza y sinceridad. Reconoce que este achaque es de todos los poetas reconcentradamente líricos: Heine en sus *Lieder*, de Lamartine, de Guerra Junqueiro, de Rosalía de Castro, de Bequer, de Ricardo Gil,

de Amós Escalante. Lo confirma con la observación de Goethe, quien aseguraba de que toda poesía que no es objetiva se agota pronto. Observa que basta una docena de composiciones de cualquier autor como los citados para caracterizarle. Le hace pertenecer a Yturribarría a ese grupo, reforzando más su carácter con la nota de «mansa y dulce ternura, hermana de la de Ricardo Gil».

Este insigne crítico, P. Estefanía, advierte que las influencias de otros poetas en Yturribarría no pudieron ser más profundas. *El moral de la Antigua* recuerda algo a Zorrilla, pero la personalidad de nuestro poeta se define pronto: Yturribarría es esencialmente lírico; Zorrilla, no. Propone la observación atinada del notable escritor colombiano P. E. Espina, quien dijo del poeta castellano que «de lírico sólo tiene la imaginación, que le falta el sentimiento. Su efecto es tan exterior, tan enfático y declamatorio como si sintiera con la imaginación». Alude a un hecho por el que don Francisco encontraba las características de su talento poético y se apartaba radicalmente de la referida influencia.

Estaba en una ocasión, cuando era estudiante de segundo de Teología, encargado con otro compañero de atender la biblioteca del Seminario. De

uno de los estantes sacó un libro polvoriento. Al sacudir su polvo y abrirle, halló la siguiente poesía:

*Los pinos son las arpas del desierto
que, entregando a los euros su ramaje,
dan a la soledad concierto
con un eco monótono y salvaje...*

Fue ésta tan del agrado de Yturribarría, que dijo al ayudante: «Este libro me lo llevo a mi cuarto». Arolas era el autor y Arolas, al decir de nuestro crítico, era uno de los que más influyeron en su estilo, como él mismo lo confesó con franqueza, refiriéndose a este suceso de su vida, según la declaración del crítico, su primer biógrafo.

El insigne jesuita recoge la insinuación de Basterra de que Yturribarría es oriental, no para rechazarla de plano, sino para distinguirla, afirmando que, si bien en el primer volumen sobre todo se aprecia alguna luz y resplandor, fragancias y vivos matices de aquellas tierras, sobresale siempre en sus producciones la savia y melancolía norteña, sin que ello quiera decir que la ternura y amabilidad suavemente humanas y atrayentes no flote sobre ellas como un perfume propiamente suyo, marcadamente personal. Características éstas que le separan de toda escuela.

Para el jesuita influyó en don Francisco tanto

como Arolas, Lamartine, el gran renovador de la poesía lírica. ¿Cómo? «En la ondulación flotante de sus ideas y de sus imágenes, por la atmósfera luminosa y dulce en que se envuelven, por su aristocrática elevación y acaso hasta por la negligencia y parquedad de sus formas». Y dice muy bien que el experimentar influencias es ley de la naturaleza y que no hay artista que no deba nada a nadie, advirtiendo que el verdadero, sea cual fuere el origen de sus cosas, las hace suyas y las convierte en su sustancia. Tampoco es para él Yturribarría un gran versificador, aunque bien reconoce que entre sus estrofas hay bastantes de factura magistral.

Lo que admira en Yturribarría, en este sacerdote bilbaíno, es «su rara sinceridad». Trata de prevenir el equívoco que de la afirmación pudiera seguirse. Así, declara que cuando se dice de él que no finge, que es fiel al impulso interior, no hay que entender que se nos entrega el alma desnuda y expresa infaltilmente todas las causas de sus emociones; no, el poeta se nos recata, al decir de Unamuno. Nos muestra las heridas de su corazón, oímos los ayes íntimos de su alma, pero se reserva el origen misterioso. Aunque casi siempre el lector cristiano adivina instintivamente la clave a través de los acentos de su intensa espiritualidad: la clave

del creyente para quien las tristezas y contratiempos del destierro de la vida se iluminan con los destellos de la bienaventurada inmortalidad, prometida por Dios.

El Padre Estefanía añade que nuestro poeta nunca pierde su sinceridad, pero porque posee un alma pura y angelical, no hace como Musset su confesión en público. Y no porque tuviera que avergonzarse de nada, sino por la razón de que los espíritus superiores se guardan de confidencias propias íntimas, que a nada conducen. La inspiración de Yturribarría —continúa el crítico— no es la inspiración falsa de estados de ánimo provocados artificialmente, sino espontánea y muy objetiva, efecto de casos y de cosas completamente reales, como el jesuita nos lo podía haber revelado, por haber asistido a su gestación, con frecuencia, sosteniéndola «con el rayo de ternura que necesitaba para cobrar alas y fuerza». La visita de su madre —copio al sabio crítico jesuita—, ya viuda, enlutada, devota y recogida siempre, cristalizó en Dolorosa; la de la pequeña estatua, en actitud de éxtasis, de San Francisco de Asís, que se alzaba como a dos tercios del suelo, en el ángulo de su despacho, en flores eternas; la flor que le trajo del sepulcro de Verdaguer Manolo Ramírez Escudero, y la «A Bizcaya», comenzada por complacer a don Sabino de

Arana y Goiri, quien, visitado por él en la cárcel, se la pidió, y perdida sin terminarse —que fueron temas que acariciaban, al resolverse de nuevo a escribir— en los dos versos finales de la estrofa en que interroga a su Musa:

*Viajera de los reinos del olvido
traes al alma que vivió sin verte
ecos de una canción que se ha perdido
o alguna flor del campo de la muerte.*

Señala Estefanía que la poesía de don Francisco resulta misteriosa, nos habla con la imprecisión y vaguedad de la imagen y del símbolo, que pueden ser expresión verdadera de mil objetos distintos. Asegura que se le ha comparado con Margall, el más sincero de los poetas de los tiempos modernos, pues coinciden ambos, en opinión del crítico, en que poseen una perfecta concordancia entre el temperamento artístico y la ideología literaria, entre la ideología, el temperamento y la obra.

Para confirmación de su aserto expone el pensamiento del mismo Yturribarría. Cuando en la vida —escribe el poeta— impera el artificio y se ahoga el movimiento y desarrollo natural, cuando todo es mecanismo y cálculo, el alma y el corazón del hombre se deforman y el arte muere por asfixia, y si asoma por acaso, todo se conjura para extir-

parle como a un parásito. Porque el arte es, ante todo, espontaneidad. Y en Verdaguer, concretándose ya a la poesía, después de alabarle, porque es poeta ingenuo, el verdadero poeta, que mira la naturaleza con ojos de niño, y porque su sentimiento de la misma es tan intenso que sus versos parecen transpirar el aroma acre de los bosques vírgenes, y todo es en ellos húmedo, jugoso, fresco y melancólico como la naturaleza que retratan. Termina por definirla con esta fórmula, que en vano se buscará en las preceptivas de los retóricos: la poesía es la traducción de ese lenguaje secreto de las cosas; la impresión llena de vaguedad y de perfume, que tratan de interpretar la imaginación y el sentimiento. Fuera de esto no hay poesía; no hay más que discursos en verso, rimas estrepitosas y fuegos artificiales.

Nuestro sabio crítico encuentra la poesía de Yturribarría cada vez más depurada en el transcurso de los años, depurada en el concepto que él se había formado de la misma: la ve impregnada en progresión creciente de aroma, de armonía, de luminosidad, resplandor y fragancia ideal. Recuerda cómo el poeta apostrofaba a su Musa, llamándola:

*Ser de mi ser, fantasma de mí mismo;
luz de mis sueños, de mi vida aroma.*

Declara que tal cualidad, que viene a ser el desideratum de todo lirismo verdadero, es lo que deleita y llama la atención en sus versos, no obstante que son a veces inferiores a los de otros poetas, más ricos de formas y de palabras, y de ideología más precisa y completa.

Observa con mucha atinación que el lirismo de Yturribarría es absorbentemente subjetivista. Mientras en otros líricos las impresiones del mundo exterior producen estados de ánimo que le reflejan con el matiz del propio ambiente, de forma que el alma del poeta está alegre o triste, melancólico o entusiasta, según sea el medio que le rodea, en Yturribarría es al revés: sus emociones son siempre la proyección y el reflejo de su yo, de su personalidad íntima. De él sí que puede decirse este supremo encomio del poeta auténtico, encerrado en la expresión de Byron: «Retrata el paisaje como un estado de conciencia».

Nuestro poeta canta para sí mismo; parece que arrulla en el vaivén de sus ritmos. Dijérase que olvida la posibilidad de tener lectores, y para descanso del propio espíritu fatigado,

*deshoja de la vida en la corriente
las flores de sus dulces pensamientos.*

A pesar de ello —advierte su primer biógrafo— pocas poesías habrá tan sugestivas como las de

Yturribarría. Su lectura evoca un mundo de recuerdos, horas de melancolía cristiana y de dolor inmenso, con repercusiones de eternidad.

Y nota el crítico que contribuye no poco a esta sugestión la musicalidad del poeta, el ritmo melodioso de sus ideas y palabras.

No es infrecuente que el sentimiento que anima al poeta se exprese mejor con la música y el eco rumoroso de la melodía de sus versos que con la idea e imagen.

De Estefanía ha hallado otra cualidad, quizá superior a la anterior, en los escritos de don Francisco. Es su aroma esquisito e inconfundible. Es el «manejo de pasionarias y de nardos» a que se refiere Basterra, y la «violeta que ayer nos perfumaba el pensamiento» de Arzadun, en su elegía *In memoriam*.

Observa el jesuita que la poesía lírica tiene gran semejanza con el aroma. Como el perfume o aroma es invisible, pero está dotado de concentración y de fuerza expansiva y penetrante, así, similarmente, es la poesía lírica, esta emanación de la flor del alma. Se difunde enajenador y embriagante trascendiendo del cuerpo material y de los sentidos al espíritu, al que lo extasía en delicioso bienestar y arrobamiento.

Compara el verso de Yturribarría a la exquisitez y al perfume del nardo, al encanto cautivador de modestia de la violeta y al frescor virginal del rocío que se deposita sobre sus pétalos sencillos.

Advierte que el aroma de las poesías propende a la divagación errátil, al placer morboso de la melancolía romántica, al libar y paladeo malsano sobre flores vedadas, y por consecuencia, a la anulación de actos viriles y enérgicos. Y dice que Yturribarría se libró de este escollo, porque Yturribarría sólo cantaba cosas de su corazón, y su corazón sacerdotal fue siempre un altar consagrado y puro, por lo que no mezcla en sus poesías temas eróticos, como tampoco amarguras ni hieles de misantropía y negro pesimismo, que causan odios inextinguibles e irremediable desesperación o suicidio. El poeta cristiano, y más el sacerdote poeta, atenúa las tristezas y amargores de la vida con las añoranzas del cielo, de la patria mejor, exenta de dolor y llanto; con el deseo de unirse a Dios, a Cristo; con un tierno suspirar y mirar, los ojos empañados en lágrimas, las playas infinitas de la inmortalidad feliz.

Se extraña el autor crítico de que a poeta tan hondamente subjetivo, como era Yturribarría, quienes le aconsejaron seguramente no conocían la naturaleza de sus composiciones, epopeyas o poe-

mas del estilo de la «Mesíada», de Klopstock, o del «Paraíso perdido», de Milton. Es que algunos escritos suyos como *La Pirámide*, *Ruinas*, *Los Peregrinos*, llegan, si no a justificar, sí a dar cierta apariencia de razón a ese parecer.

Pero la ilusión —advierte nuestro crítico— se desvanece. Porque según él —y con él todos convenimos— para la epopeya requiérese cualidad de la composición, sublime o espectacular distribución de las partes con el conjunto. E Yturribarría fue, ante todo, intimamente lírico. Casi por instinto, en la composición del «*Viaje de Colón*», con visos de épica, imprimió su propia impronta de lirismo acentuado. La Musa de Yturribarría es siempre «la pobre desterrada, hermanita de las flores mustias y de los pensamientos errantes, dulce suspiro de la ausencia, vaso de olor de la esperanza, flor de la inmortalidad», como nos la describen sus propias palabras.

Así, concluye su crítico, el Padre Estefanía, que la poesía de don Francisco es en cierto modo fragmentaria. Un defecto que, según él, favorece a que no se desvanezca la fuerza de su lirismo, la intensidad de sus pensamientos íntimos, «halago inefable del alma, como el rumor de los bosques y de las olas y el aroma de los vergeles, de los sentidos». Es un tipo de poesía —observa el sabio jesuita— que añade misterio a misterio, por ser proyección

sensible de los matices más impalpables y complejos del sentimiento, y hasta le hace oscuro. A fin de comprobar que ello no es impedimento para percibir el encanto peculiar de la composición poética, recuerda él que a los lectores de Yturribarria les sucederá lo que la Golondrina de Enrique Menéndez Pelayo, quien la hace decir hablando de las poesías de Amós Escalante: «De algunas se me escapan a veces el concepto, quizá por estar vertido en una forma demasiado culta para mi poca lectura; pero de éstas me seduce la música arrolladora y triste y sin penetrar bien con el entendimiento lo que dicen, les saco la esencia y la gusto».

Y en los dos últimos párrafos de su larga, atinada y documentadísima crítica, el Padre José María de Estefanía, S. J., llega a la raíz primera de todas las bellezas de la producción literaria de don Francisco, y resume lo que ya ha expuesto, pero con matices de punto de vista más delicados aún.

El secreto de esas bellezas le reduce a un cuadro descrito por el poeta, que viene a resultar como la revelación de su selecto espíritu. El arpa del bardo éuzkaro —dice— interpreta «las virtudes taciturnas y las grandezas solitarias del pueblo vasco, y por eso tiene

Más idilios que sollozos
menos duelos que añoranzas.

El crítico reproduce a grandes rasgos el cuadro, diciendo que su fondo es un paisaje de apacibilidad encantadora. Rodeado de tiernos y blanquísimos corderos, avanza de frente por un camino central, el Niño Jesús portando en su mano diestra un ramillete de purpúreas rosas en cruz y unas espigas en su izquierda. Tiene llagas en sus manos y en sus pies. Y en lontananza, con la aureola desde ella de su imagen grandiosa de Dios adolescente, brota fúlgida la pura luz del amanecer.

«Pureza de alma y dolor expiatorio, gravedad de tristes meditaciones y sonrisas y candor infantil, timidez y reservas castas, pudorosas y abandono ingenuo y confianza de corazón incauto: un idilio en el Calvario; eso era el alma de Yturribarria. Era una caja de resonancia, pero una caja de resonancia de lo noble, lo puro, lo místico, lo santo: cualquier otra cosa menos ideal la rechazaba su alma, siempre demasiado sensible al menor roce de las impurezas de la vida.

Por eso es tan amable don Francisco de Yturribarria, y por eso, y por haber alcanzado en varios instantes de su obra, sobre todo en la de su segunda época, breve pero feliz, su fama de poeta, como nos lo profetizó Echegaray, irá creciendo más en el transcurso de los años».

8

**EL MODERNISMO POETICO DE YTURRIBARRIA,
SEGUN TOMAS ECHEVARRIA, C. M. F.**

***El modernismo poético de Yturribarria,
según Tomás Echevarría, C. M. F.***

El preclaro hijo de la Congregación Claretiana fue invitado a emitir su opinión, nada común, sobre el trabajo literario de su paisano, don Francisco de Yturribarria, en «Hermes», prestigiosa revista del País Vasco, que entonces circulaba con tanta aceptación y entusiasmo de muchos ilustrados y cultísimos lectores.

Comienza por afirmar de sí mismo que nunca fue partidario y menos cultivador de las extravagancias de fondo y forma del llamado *modernismo* de literatura. Y, sin embargo, confiesa que le ha sucedido con muchos secuaces de esa escuela lo que de sí mismo confesaba honradamente Menéndez y Pelayo: que acabó por enamorarse del arte de Heine, después de haberle asqueado y denostádole en familiares conversaciones.

Añade que se siente inducido a la reparación por algunas diatribas que contra ese modernismo

había lanzado años atrás en pública conferencia habida en Barcelona, con motivo de la colaboración que se le pide para la renombrada revista; una reparación que consistirá en proclamar que la escuela modernista podrá desempeñar en el campo de la literatura el mismo destino providencial que los aluviones en tierras de cultivo, los cuales, si por algún tiempo las dejan esterilizadas y assoladas, les infunden en cambio savia nueva y las libran de herencias regresivas que pudieran iniciarse en el subsuelo.

Advierte que el insigne poeta bilbaíno no fue discípulo ni admirador de la literatura modernista, teniendo, por el contrario, para sus seguidores frases significativas de sátira en sus críticas, conversaciones y frases de amistad.

Previene contra la sospecha que su desaprobación fuera debida al fácil recurso de seguir la opinión reinante sin tomarse la molestia de estudiarlos directamente y conocerlos por sí mismo. Dice que son hechos comprobados, que la independencia de juicio, distintivo notable de nuestro vate; su temperamento, siempre ansioso por curiosear a través de todos los campos de la ciencia y del arte; el deseo constante de su espíritu superior en anhelos de ininterrumpida superación al contacto del bien y de la verdad; su corazón de artista sim-

bolizado en la «susurrante abejuela revoloteando eclécticamente de flor en flor», todas estas sus maneras de ser le llevaron a posarse sobre esos cálices de colorido vario y desconcertante aroma, y hasta a libar en ellos aunque no fuese más que para formar sus propios panales, de indiscutible buen gusto y de eterno y definitivo valor.

Después de estas observaciones, Tomás Echevarría se pregunta si don Francisco, «poeta soberanamente clásico de por vida», no recibió una aportación real del modernismo literario en aquellos matices adaptables a su cristiana mentalidad.

Y responde que así lo cree.

Porque reconoce que existe un modernismo en poesía de buena ley, y fustiga a los que, como Juan Mir, Pablo Parellada, Jerónimo Forteza, Fernández Villegas condenan a carga cerrada toda aproximación a él y toda manifestación y parentesco en ese sentido, reflexionando con mucho acierto que la potencialidad poética no está agotada, ni mucho menos, de modo que al aficionado, a las musas, no le sea dado abrir nuevos caminos antes no trillados ni asomarse a horizontes de dimensión, luz y tonalidad peregrinas, y asombrosas por desconocidas.

Asegura que después que hayan caído de la moderna poesía los brotes de viciosa vegetación,

perdurarán frutos sazonados, tales como la elevación al orden estético de todos los seres de la naturaleza por ser beneficios de la providencia de Dios y muestras de su hermosura; como la realización de la belleza en la palabra a la par que en la idea, a la manera que corresponden y hacen juego la letra y música de una misma pieza; como el afinamiento de la idea y de la emoción; como el logro difícil de que con expresiones cordiales y evocadoras se le haga sentir al lector u oyente el lenguaje de la propia alma; como, finalmente, el haber libertado al oído de la esclavitud de metros, ritmos y estrofas a que los clásicos le sometían.

Y tras la parrafada de las suyas que yo he resumido y simplificado, termina estableciendo que si mucho es el *Haber* del modernismo literario, no obstante el *Debe* sería «intensamente más crecido».

Refiriéndose a las poesías de don Francisco de Yturribarría, publicadas en dos volúmenes de distinta fecha, hace constar que entre ellas a ninguna se le puede calificar propia y exclusivamente de modernista. Sí que se agazapan y sorprenden en su lectura algunos primores de la escuela revolucionaria, pero opina este crítico que mucho se equivocaría quien después de apreciar sus cualidades positivas, lo mismo que la divina vaguedad de expresión y sentimiento que todavía no se ha

hecho resaltar debidamente, «pensara divertirse con canciones inverosímiles al candor de los lirios y la gloria de las rosas, al pájaro de gorjeos y modulaciones sin par y a las islas del archipiélago azul».

Observa este crítico que, a pesar de todo, no podría decirse de Yturribarría que cantara en su vida con tonos modernistas de juicioso modernismo, si no conociéramos una composición suya titulada *Mater Amabilis*, un poema del que su autor, don Francisco, se mostraba candorosamente satisfecho, y sobre el que nuestro crítico Echeverría, que nos ocupa, hace notar que bajo su título hechicero deja brotar límpidas estrofas «aladas, sutiles, evocadoras, que levantarán en el ánimo del culto y cristiano lector toda una cristialización esplendorosa de recuerdos, sentires y nostalgias del paraíso».

Nuevamente se pregunta Echeverría, cual si dudara del hallazgo, si en realidad el *Mater Amabilis* posee factura y espíritu modernistas.

Responde rotundamente que sí por las numerosas razones siguientes que su exquisita sutileza y visión del bello arte poético le hace ver en el poema mencionado.

Primera.—Por la inspiración altísima que como una ola de sangre baña la hermosa composición, desde la primera estrofa hasta la última.

Segunda.—Por la concisión expresiva y vuelo de ideas.

Tercera.—Por el dialogismo y lírico desorden del estro.

Cuarta.—Por la originalidad pasmosa de imágenes, sentencias y aspectos que se entrelazan y chocan «cual perlas de un collar asiático».

Quinta.—Por las mismas palabras de factura modernista que sirven para enmarcar las frases nítidas.

Sexta.—Por los contrastes y combinaciones de epítetos, sustantivos, preposiciones, verbos, participios y ablativos.

Séptima.—Por la feliz lección del metro enca-silabo, tan a propósito para librar a la inspiración de mayor entorpecimiento y estorbo para sus vuelos.

¡Cuántos motivos halló Echevarría para otorgar las más puras esencias del modernismo poético a don Francisco, que era todo discreción y pulcritud, en esa obra maestra de poesía, *Mater Amabilis*, «que es miel en los labios, música al oído y regalo dulcísimo para todo corazón creyente»!

Miguel de Unamuno

«Se tronchó la flor cerrando su caliz y guardando su simiente, su secreto, pero se cierce sobre las hayas y los robles de San Roque su perfume, que es su canto».

Así termina Miguel de Unamuno un artículo dedicado al poeta Yturribarría bajo el epígrafe *Recuerdos de entrañabilidad y de silencio*.

Este nuestro famosísimo humanista bilbaíno era contemporáneo de don Francisco de Yturribarría, tan contemporáneo y coetáneo que nació un año más tarde y a una distancia de un kilómetro escaso.

Veamos a través del artículo lo que él pensaba de Yturribarría. Recuerda, para comenzar, un episodio de la vida en el que después de más de veinticinco años pudo entrevistarse con el amigo de su niñez. ¿Cuál era el episodio? Era que se celebraban los primeros juegos florales de Bilbao, durante los cuales Unamuno leyó un discurso que, según él, alborotó a la beocia».

Déjase adivinar que el discurso sería de tonos modernistas que no fueron del agrado de algunos oyentes. Pero se supone no contendría ningún disparate heterodoxo ni se separaría de las enseñan-

zas fundamentales de la Iglesia, toda vez que les leyó en privado, en busca de aprobación, a dos sacerdotes que señala en su escrito.

Días antes, o días después —refiere Unamuno—, de los juegos florales en que leyó su discurso, se lo leyó a Pepe García Galdácano, muy entusiasta de toda cultura. Cuando estaba leyéndole en la casa, cerca de la parroquia de que Galdácano era coadjutor, fue anunciada una visita.

—Es Paco Yturriarría —dijo el sacerdote a Unamuno.

—¿Le conoces?

—De niños anduvimos a la misma escuela de don Higinio primero y de don Sandalio después —le contestó—. Luego entré yo en el Instituto, él en el Seminario y no nos hemos vuelto a hablar y ni aún a saludar, creo. Van más de veinticinco años, ya ves, pero no nos hemos olvidado uno de otro. Me gustaría reanudar una amistad de infancia.

Escribe que en seguida entró Yturriarría y dirigiéndose a él, le dijo como si se hubieran dado cita la víspera:

—Ola, Miguel, ¿cómo te va?

Añade que a estas palabras de tan grato sonido familiar se encontraron como en el seno de una intimidad.

Cuando Yturriarría se enteró de lo que estaba leyendo a su compañero de profesión, le pidió que comenzase nuevamente la lectura, y Unamuno accedió, y entre los tres comenzaron el discurso.

La frase de salutación «Ola, Miguel, ¿cómo te va?», se conoce que agradó a Unamuno, pues dice que mediante ella colmó Yturriarría un silencio de veinticinco años, y desde entonces los espíritus de ambos amigos se comunicaban.

Recuerda que la comunicación se hacía entre largos silencios. Porque se comunicaban hablando en la intimidad de amigos, cuando don Miguel venía a Bilbao, mientras que parecía existir entre ellos un pacto tácito de no escribirse, cosa que para Unamuno representaba algo así como un homenaje «al más sagrado de los pudores espirituales».

El autor del artículo que vengo analizando completa y aclara su pensamiento referente al pacto tácito de no escribirse, advirtiendo que la correspondencia epistolar no podía versar sobre cosas banales y pasajeras ni de las luchas que agitaban al pueblo vasco, y menos sobre anhelos e inquietudes del alma, ya que Yturriarría, igual que todos los amigos de Unamuno, conocía la tendencia de éste a salirse de la doctrina tradicional a curiosidades indiscretas y a audacias de expresión estridentes, algo desusadas en el suelo hispano.

Afirma que don Francisco de Yturribarría vivía como Kierkegaard y que como él (Unamuno) se puso a aprender danés para poder leerlo mejor, siendo como el gran dinamarqués «un selotaenker», un autopensador. «Vivió —dice— pensándose a sí mismo, rumiándose, y como el ángel feliz a que adoraba, y que cantó soñando, con los párpados caídos los misterios de la cruz».

Y nuestro Unamuno, lo mismo que siempre, añade una estridencia por cuenta propia al asegurar que Yturribarría no meditaba los misterios de la cruz.

¿De dónde saca don Miguel que su amigo el sacerdote no meditara los misterios de la cruz? De suponer es que tal confesión no oiría de su boca, pues acaba de asegurar que la discreción de Yturribarría era extrema. Ni de su vida, absolutamente ejemplar, ejemplar viviente de Cristo Crucificado. Ni de sus escritos, que siempre reflejan la mentalidad de creyente e intelectualidad cristiana sacerdotal.

Somete a rápido análisis las poesías líricas de su amigo y afirma que en ellas se esconde un alma que se recata. «Que lo descriptivo allí es un velo. Que el poeta cuida de no transparentar la herida. Que canta para acallar su queja. Que no canta su queja; esquivada la confesión cuanto puede. Que

su poesía es un recato, una revelación y no desnudamiento».

A vuelta de tanto juego de palabras y refinamiento de idea, nos deleita Unamuno con un hermoso pensamiento cristiano al expresar que el «poeta seguramente estaba persuadido que las quejas sólo han de ser verdaderas al oído de Dios».

Vuelve don Miguel a sus recuerdos y nos refiere que cuando él venía a Bilbao, le visitaba a Yturribarría en su despacho o cuarto de estudio y se leían poesías y hablaban de todo. ¡Y hasta de Teología! No hay que extrañarse que Unamuno suscitara conversación sobre cuestiones teológicas, pues se dice que le gustaba entablar pláticas con los Dominicos de Salamanca acerca de la Santísima Trinidad. En fin, refiere que Yturribarría le daba cuenta de sus últimas lecturas en francés, en inglés, en alemán.

Parece que en las postreras visitas a su entrañable amigo, mostraba éste síntomas fuertes de traidora enfermedad. Por eso cuenta que como le viese que de un momento a otro se iba sin remedio de este mundo, le quiso persuadir saliera de Bilbao hacia la meseta castellana, a respirar aires secos y sutiles de cumbre. Pero Yturribarría quedaría tranquilo en su Bilbao; aspiraría en sus últimos respiros el mismo aire que oreó su cuna.

Ya en la época de su formación intelectual habitó las tierras más altas del País Vasco, cuales son las de Orduña y Vitoria; mas después permanecía habitualmente en Bilbao, en su Bilbao, al que le quería con amor poético y religioso, pese a que su atmósfera densa, salitrosa y algo húmeda no conviniese a los pulmones del poeta-sacerdote.

Hervía la ciudad en disensiones políticas, que forzosamente amargaban a poeta tan sensible, pero él se consideraba como hijo, como parte integrante de la misma y no se privaría de la amarga dulzura de acompañarle hasta la propia muerte.

Todo esto y más nos dice don Miguel de Unamuno en el artículo que acabamos de comentar y analizar, escrito a la memoria de su amigo, don Francisco de Yturribarria.

Lástima que en su afán de llamar la atención con frases originales y a su parecer poéticas, que de ninguna manera reflejan la realidad objetiva, haya estampado palabras e insinuado alguna que otra idea poco afortunada, que no sirven para honrar a su amigo sacerdote, porque no responden a la verdad, porque hieren al sentimiento religioso-tradicional del pueblo vasco.

Ramón de Basterra

Otro paisano de don Francisco de Yturribarria, Ramón de Basterra, escribe unos hermosos sonetos en honor y homenaje del poeta bilbaíno. Los compuso cuando el Padre José de Estefanía le había anunciado que don Francisco, amigo de ambos y literato como ellos, iba a romper su prolongado silencio con la publicación de «La canción de las almas».

Ausente como se hallaba de los lares en tierras extranjeras, impera a su saludo que llegue a Yturribarria. De confirmarse la noticia que le comunica el Padre José, sucederá que al modo de un rey fabuloso, de un rey milenario, querrá el poeta reunir un séquito para cruzar el desierto. Después, en el carro triunfal de sus rimas de oro, pasa por las sombras de las graves palmeras, mientras el rugir de las fieras forma un concierto salvaje, primitivo y sonoro. Aconséjale que sobre los arenales rubiamente uniformes, que bajo el sol se tienden silenciosos y esperan la caricia de los vientos nocturnos, se una a las sombrías caravanas, que parten lentamente hacia tierras lejanas con los tardos camellos taciturnos.

Una vez más, haciendo vibrar a su lira armonías de ritmos y cadencias, manda a su saludo que se acerque al poeta, de quien sobre la curvatura de su bélico escudo lleva grabado el nombre en oro. Le dice que le escribe en la calma de la tarde silente, en la hora solemne del ocaso, bajo un cielo muy triste, como si sintiera la nostalgia del ritmo lento de su paso. Recuérdale que sujete al «Pegaso» por las ásperas crines y que se lance al azul en un vuelo asombroso.

Y termina diciendo:

*«Que la fama está impaciente por alzar sus
[clarines*

*Y entregar a los vientos de los cuatro confines
El triunfo de la augusta gloria de vuestro nombre».*

Por lo que sugiere en su precioso soneto, se ve que para Bastera era don Francisco de Yturribarría un poeta auténtico e inspiradísimo, un poeta-poeta.

Juan Azardun

También el bermeano Juan Arzadun, coterráneo de Yturribarría, coronel-director de la Academia de Artillería de Segovia, reconoce los méritos literarios relevantes del poeta y llora su pérdida irreparable. A raíz de la muerte de don Francisco de Yturribarría publicó una inspirada composición poética, que se titula *In memoriam*.

Gime diciendo que ¡nuestro poeta ha muerto! ¡Que ha muerto Yturribarría!... Se pregunta: «¿Por qué la infausta nueva nubla la vista y nos oprime el pecho?».

Compara el poeta Yturribarría a la violeta que perfumaba el pensamiento, y como era así, advierte que tristemente no se notará su falta «hoy que, en ira indomable embravecido, ronco el cañón empequeñece al trueno». (Eran los días luctuosos de la primera guerra europea de este siglo.)

Y hasta parece que se consuela al decir que junto al león que ruga en la selva y cabe el rayo que, zigzageante, vibra en los cielos, no merece la pena que cante el ruiseñor, pues sus amores no en-

contrarán eco. Es cierto que nuestro poeta ha muerto, pero, en fin de cuentas, este mundo brutal no era digno de él!

Apostrofa al vate y recomiéndole que no debe cantar porque en su papel de humilde enamorado del silencio, ministro de la paz, nunca codició el arrullo lisonjero del aplauso; porque a la manera que el manantial desborda en ondas cristalinas fertilizando el suelo, él exhala en íntimos cantares la fe que rebosa de su pecho. Y no debe cantar, sino callar el cisne de Mantua, puesto que hoy se conciertan épicas trompas, gritos de horror y cantos de guerra con marcial estruendo. ¡Habla Tirteo! Y ese lenguaje, esa orgía de sangre repugna al bardo cristiano.

De nuevo exclama con dolor: ¡Nuestro poeta ha muerto! Invita a los que anhelan enamorados cuanto es noble y cuanto es bueno; la verdad, que es belleza; el bien, luz encantadora de lo eterno; la justicia inflexible, que hizo a la razón de la fuerza sumisa esclava del derecho. Invita, igualmente, a los que adoran al Ángel que unió a los hombres con ley de amor, a Aquél que elevó a lo excelso la humildad, que es grandeza, haciendo de los últimos los primeros. A todos exhorta a que lloren porque ha muerto el que trocó en versos, en estrofas diamantinas sus íntimas plegarias, el que

es grande por humilde, y tanto más inspirado cuanto más sincero...

*«Llorad, honrados hijos de Vizcaya,
Esa estrella apagada en nuestro cielo...
Murió Yturribarría...
¡Nuestro poeta ha muerto!*

Por estos conceptos tan bellos y significativos puede calcularse la estima y aprecio que le merecía a Azardun don Francisco de Yturribarría como poeta. Le hace rival del cisne de Mantua, del gran poeta latino Virgilio. Le considera genuino cantor de la verdad, del bien y de la justicia.

En la misma revista «Hermes», dedicado al recuerdo de don Francisco de Yturribarría, aparecen en vascuence unos breves sonetos con el título *Gogo eresitsua, Alma melodiosa* y firmado por Aizkibel, tarr Bingen.

Veamos lo que expresan. Tienen un subtítulo que dice: En memoria del bersolari Yturribarría, —tarr— Pantzeska.

Empieza diciendo que poseía don Francisco un alma melodiosa y tierna semejante al ruiseñor, más blanca que la nieve, inocente cual la paloma. A guisa de ave encerrada en jaula estrecha, ansiosa de surcar espacios, encontrábase siempre en la fastidiosa cárcel de su cuerpo, resignado a la vo-

luntad del Señor. Gorjeaba dulcemente, impulsado de íntimas emociones. ¡Nunca en la tierra pudo oírse canto más delicioso! Cantaba con ansias de desprenderse de las ligaduras del cuerpo mortal y con anhelos de volar al palacio y mansión de los ángeles.

Añade otras dos estrofas decasilabas alternas con las de ocho y nueve, y se expresa:

Mas el peregrino canto de Yturribarría incomprendido era de muchos mortales: es que no conocían otro que el de la adulación, erotismo y sensualidad. Y en soledad de melancólicas saudades, vivía encerrado entre los barrotes del cuerpo, olvidado del hombre.

Por fin, el Señor rompía tales barrotes, y el alma del vate, gozosa y feliz, emprendió vuelo hacia infinitas alturas. Y allí vive, gorjeando siempre su bienaventuranza y las bondades de Dios, justo y eterno.

La alegoría de ave cantor, que después de modular su voz, encarcelado en la jaula, logra libertarse para seguir gorjeando más y mejor, no está mal. Expresa admirablemente la condición de un poeta lírico, que era don Francisco de Yturribarría.

Tal homenaje-recuerdo se le rendía a raíz de su muerte con el recio acento euzkérico de nuestros antepasados.

Carmelo de Echegaray

Hojeando la aludida revista «Hermes» encuentro otra composición, breve, pero enjundiosa, en homenaje de Yturribarría. La firma Carmelo de Echegaray. Veamos lo que nos dice.

Ya en otras ocasiones había manifestado que don Francisco de Yturribarría fue un espíritu independiente a quien no le preocupaba el aplauso de los hombres. Con esta misma afirmación comienza su artículo. Pasa a declararnos el entusiasmo del poeta por las cosas bellas, lo que en los oídos de su alma, extraordinariamente finísimos para la percepción de los rumores musicales de la naturaleza, se traducían en versos, siempre saturados de poética inspiración. Recuerda que, si bien no llegó a ser orfebre del verso, y no concedió mucha importancia a las exigencias de la técnica, sabía expresar exquisitamente sus íntimos sentimientos, poseía de modo insuperable el arte de entregarnos las inspiraciones más profundas de su espíritu, que nunca suspiró sino por lo grande y bello. Y observa muy atinadamente que el artista de este género, que sabe mostrarse tal cual es, con sus alegrías y tristezas, amores y esperanzas, tiene tanto mérito

como los esfuerzos de los que quieren dar al lenguaje poético la expresión plástica de la pintura y de la escultura, y pretenden poner en las palabras el color que fascine a los ojos, el relieve que palpen las manos.

Sin embargo, Echegaray cree que Yturribarría concebía el arte poético más como musical que como plástico, aunque siempre aspiraba que bajo la música halagadora de sus versos corriese, viva y refrigerante, el agua sagrada de la poesía. Repugnábale por insubstancial un verso o un poema vacío, de contenido prosaico banal, de conceptos intrascendentes por muy elegantes y sonoras que fueran. Era su deseo que tras la corteza y exterioridad de los versos se sintiera la generosa palpitación de la vida, una vida animada de nobles ideales y de la cristiana caridad.

Continúa el crítico diciendo que don Francisco era completamente sincero, tan sincero que al oírle se le leía el alma, y que sus rimadas frases se exhalan como sonidos armoniosos y como aromas, impregnados del aliento vital de su espíritu. Flota en ellas una melancolía dulce, la nostalgia de las almas grandes a quienes no puede satisfacer y menos llenar el bien finito y material, pues sienten intensamente dentro de sí mismas el anhelo, insaciable en la tierra, de lo eterno e infinito.

Coincide con el Padre Estefanía en que nuestro poeta, por las condiciones de su arte, será difícil que se haga popular y sea gustado por todos.

«Pero justo es —termina— que aun a los que no saben paladear estas delicadezas, se les muestre lo que valía el vate y el hombre, y se despierte en ellos un sentimiento de admiración a la memoria de quien es tanto más digno de ser enaltecido por la fama, cuanto menos la buscó».

M. Ramírez Escudero

Otro de los literatos próceres que se asocian para homenajear a nuestro insigne poeta bilbaíno es M. Ramírez Escudero. Aparece en la consabida revista «Hermes», que para mi labor es igual que un campo dorado de mies, por donde ando investigando y espigando las cosechas de virtudes y frutos literarios de don Francisco de Yturribarría.

En sonoro alejandrino, dividido en dos hemistiquios, arranca a su lira preciosas alabanzas de homenaje a su llorado amigo y maestro. A mí me gusta este tipo de verso, digan lo que quieran los modernistas, con Unamuno a la cabeza, acerca de su tamborileo, un tanto ingenuo, quizá cursi y pueril para algunos. No resisto al deseo vehemente de copiarlo íntegro. El lector verá en él el prestigio que se granjeara Yturribarría entre personas destacadas de la sociedad, no sólo como poeta, sino como hombre sencillo y amable y sacerdote ejemplar de virtudes profesionales.

*¡Ya no vive aquel justo de facciones severas,
modeladas al frío del dolor de la vida!
¡Ya no vive aquel santo de costumbres austeras,
floraciones de un alma de virtudes nutrida!*

*Fue su espíritu hermano de la luz y el misterio
y aún resuenan los ecos de su voz peregrina,
como místicas notas de invisible salterio,
que pulsara un arcángel con su mano divina.*

*Apuró sin protesta del vivir los rigores
flameando en su frente la señal del ungido.
Un rosal fue su alma de sublimes amores,
avecillas del cielo enredaron su nido.*

*Deambuló solitario por la tierra ingrata;
la jornada fue dura, espinoso el camino;
y a los suaves acordes de su lira de plata,
recitando sus duelos acampó el peregrino.*

*¡Ya no vive aquel justo de facciones severas,
modeladas al frío del dolor de la vida!
¡Ya no vive aquel santo de costumbres austeras,
floraciones de un alma de virtudes nutrida!*

*En el dulce regazo de la musa cristiana
que inspiró sus estrofas luminosas y bellas,
en la Cruz redentora, de los tristes hermana,
se durmió, cara a un cielo constelado de estrellas.*

*Este humilde tributo yo debía al asceta
que inquietara mi espíritu con sus sabias lecciones;
este pobre homenaje yo debía al poeta
que arrullara mi espíritu con sus dulces canciones.*

En mi campo de mies, cansado de faena, se han fijado mis ojos, cargados de áurea luz fulgurante, en un artículo de prosa enjundiosa y cervantina, en honor de Yturribarría, con el encabezamiento

**Yturribarría. Su sinceridad.
El poeta y el hombre**

Lo firma Eugenio Moltó. Para establecer desde el principio la sinceridad de Yturribarría en sus poesías, este autor cita a don Carmelo de Echegaray con estas cláusulas transcritas: «Ninguna de ellas está escrita por capricho, sino bajo la impresión de algún suceso o recuerdo que saca lumbré del ánimo y hace hablar al autor el lenguaje divino de las musas».

Advierte que desde que se publicaron sus versos hasta la muerte del poeta, pasaron veinte años, años de prueba, de sacrificio, de duras y amargas experiencias. A pesar de todo, la espontaneidad de don Francisco perdura; la frescura e ingenuidad de sus sentimientos son iguales que en los días de su lozana juventud. Las flores del otoño de su vida, trabajada por el dolor e incomprensión, conservan el perfume de sus años juveniles. Su sensi-

bilidad exquisita, su noble sinceridad triunfan en todas sus producciones literarias. A través de ellas vemos su alma estremecida y temblante, que hace estremecer la nuestra. Cuando le hemos leído nos parece leer los sentimientos y emociones de nuestro corazón. Y es que Yturribarría sabe expresar los anhelos y sentires de la humanidad.

Así juzga Eugenio Moltó al poeta bilbaíno. Tal cualidad maravillosa de intérprete general del corazón humano la hace derivar de la entrañable sinceridad que aguza su inspiración y la fecunda. Una inspiración y sinceridad puestas al servicio de nuestra causa, porque la poesía de don Francisco es para nosotros esperanza, piedad y fe. Viene a resultar nuestro amigo, un amigo verdadero, el mejor de nuestros amigos, con mano acariciadora para el dolor, con aceite balsámico para nuestras heridas espirituales.

Moltó ha leído en la Sagrada Escritura estas sentencias sobre la amistad: «Dichoso el que ha hallado un verdadero amigo. El amigo es una defensa poderosa; quien lo halle ha hallado un tesoro. Nada hay comparable con el amigo fiel: ni hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en la balanza con la sinceridad de su fe».

Estas cualidades las halla él en nuestro poeta Yturribarría. Ve que la sinceridad de amigo fiel

ha quedado esculpida en sus palabras escritas, y con la suavísima armonía de sus versos nos conduce por senderos de luz, allana las dificultades de camino y nos reanima en los desfallecimientos.

Pero el crítico-panegirista descubre más que esto en don Francisco de Yturribarría. ¿Qué cosa? Una admirable correspondencia entre su vida y sus versos.

Le recuerda a Maragall, el cual era también un hombre excelente, que hermosamente se retrataba en lo que escribía, que vivía conforme a lo que bellamente sentía. Reproduce el pensamiento de Ruiz Aguilera y hasta las frases al afirmar la conveniencia de que el poeta, si ha de tener autoridad su bello sacerdocio, sea modelo de buen ejemplo, así en su conducta privada como en su proceder público. Y las aplica a Yturribarría. Parece que la austeridad y sobriedad de su físico era el reflejo del ascetismo de su espíritu sacerdotal; que la silueta fina y alargada de su organismo corpóreo armonizaba con el nimbo luminoso de su alma; que hasta en los días amargos de su enfermedad mortal ondeaba en sus labios palabras serenas de paz y de amor, mostraba el gesto elegante, cristiano, no estoico, ante la adversidad. Dice que «así murió sonriendo a la tierra, que se desvanecía, y sonriendo al cielo, que le abría sus puertas».

«Nos deja en herencia las flores aromáticas de sus versos, y como aquel santo rector de Villanueva, creación de su entrañable Mosen Jacinto Verdager, que de cada sepulcro llevaba para su altar una flor, Yturribarría, de la tumba de sus dolores y de sus ansias, ha recogido las flores de sus poesías para el altar de su fama imperecedera, para honor del suelo que le vio nacer y para sano deleite y noble estímulo de sus compatriotas».

El Conde de Da. Marina

Otra personalidad distinguida del mundo literario —el Conde de Da. Marina— contribuye a acreditar y cimentar más y más la fama de don Francisco de Yturribarría, como poeta inspirado.

Vino a domiciliarse a Vizcaya, donde permaneció por los años 1888-1897. Dice que tuvo el agrado de conocer y admirar al insigne poeta dirigiendo el «Basco», de Bilbao, y que con Yturribarría colaboraban en el mismo diario otros dos sacerdotes, igualmente beneméritos: el doctor Labayru y don José María García Galdácano. Estos tres ministros del altar, desde que fueron conocidos por el Conde de Da. Marina, no se separaron de su amistad, de su correspondencia y oraciones.

Para exaltar la figura de don Francisco, recuerda a otro poeta, Pepe Navarrete. Este comparaba Yturribarría a Nicasio Gallego. Aún más, pensaba, consecuente con su creencia de la transmigración de las almas, que era una encarnación del poeta zamorano. Y cuenta el autor de la breve composición de que nos ocupamos, que Navarrete, extasiado ante el modestísimo sacerdote vizcaíno, cuya prócer estatura estaba en proporción inversa de su

modestia, decía a los que le rodeaban: «Es don Juan Nicasio».

Juzga que ambos persbíteros poetas se asemejan en el estilo de sus poemas, y que, sobre todo, *La Esperanza* y *A Isabel la Católica*, de Yturribarría, recuerdan la oda *Al dos de Mayo* y al soneto *A Judas*, de Nicasio Gallego.

Reproduce el final de *A Isabel la Católica*, que le parece obra maestra en su totalidad.

*Cuando se salva o se redime un mundo
Da el genio su dolor, la fe su aliento
Y una mujer su corazón fecundo.*

Y termina haciendo resaltar la grandeza y sublimidad de imágenes a que subió el autor de este terceto:

*«La codicia, en los brazos de la suerte,
Se arroja al mar, la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte».*

El autor no es otro que don Francisco de Yturribarría.

Conclusión

De todo lo que han expresado tantos y tan excelentes y distinguidos escritores, seguramente los más destacados de las dos pasadas generaciones en España, se deduce que Yturribarría es un poeta auténtico; que la llama de la inspiración brilla en sus versos.

Algunos le han negado universalidad o capacidad de llegar a las masas poco cultas y de ser comprendido por ellas, aunque sí admiten que será admirado de todos por la belleza de imágenes, por la sonoridad del verso y por ese asombro que causa siempre el numen poético del que verdaderamente es poeta.

Otros han encontrado en sus poesías vaguedad, imprecisión y aún cierto desorden de ideas. Respecto a las cadencias de sus versos descubren también alguna negligencia, falta de esmero, descuido de apropiada técnica de versificación.

Hasta se ha discutido sobre su clasicismo, viniendo al fin en que un literato tan culto, tan versado de las corrientes modas literarias igual que de las antiguas y dotado de buen gusto indiscutible, por fuerza había de ser ecléctico, un seleccionador de lo mejor que encontrase en los autores, indistintamente modernistas y clásicos.

Naturalmente, los críticos han de señalar lo mismo deficiencias que méritos y perfecciones, así lunares como bondades de superior calidad: ese es su oficio. Y como quiera que no existe producción humana, por excelente que sea, sin alguna mancha ni lunar, de ahí que tras indicar los defectos en la obra literaria del poeta vizcaíno, pasan a apreciar sus cualidades sobresalientes.

Desde luego, de consuno convienen en afirmar que el preciosismo de ella es tal que sus faltas pueden pasar desapercibidas, como la aparición de un sol esplendoroso tiene la virtud de ocultar los defectos y adefesios de un lugar. Todos admiran en Yturribarría sinceridad cordial, estro de inspiración, ternura de concepto, deliciosa musicalidad y belleza de imágenes. Es un lírico como pocos. Su lirismo raya a gran altura, de manera que se le puede comparar muy bien al renovador de la poesía lírica francesa, Lamartine.

Sabemos que la lírica es aquel tipo de poesía en la que el poeta canta sus propios afectos e ideas. Tal intimidad viene siendo excluída un tanto sistemáticamente de la literatura actual. Y no debe ser así. «Estamos ya un poco hartos —lamenta el colaborador asiduo de «La Gaceta del Norte», de Bilbao, Martín Abril— de la moda de los conceptos abstractos y de los relatos objetivos; es decir, fríos. A mí me importa la intimidad del hombre, su verdad, su alegría y su congoja, su sonrisa o su llanto, su mesilla de noche, sus amores, sus dolencias, sus penas, sus paseos, sus oraciones».

La comunicación de intimidades nobles y trascendentes es un anhelo latente de la humanidad. El poeta lírico mejor que cualquiera sabe llenarle. Es lo que hizo nuestro gran poeta lírico don Francisco de Yturriarría, y continúa haciéndolo mediante sus *poesías*.

¿Y qué decir de su ortodoxia, no tan fácil de conservarla en las manifestaciones íntimas del que se halla en contacto con la literatura universal, de su mentalidad e ideología netamente católica, eclesial?

Todos consideran a Yturriarría un auténtico representante de la Musa Cristiana, un fiel servidor de su inspiración, un guardián celoso de sus pudores vígíneos.

La amó como a

*«perfume de los lirios de Judea,
flor de Getsemaní, perla de llanto,
que en la mejilla de Jesús gotea».*

La invocó con anhelos íntimos de fe robusta:

*«Feliz, oh Musa, si en alegre coro
mis cantos fuesen tus alas de oro
a perderse en la incógnita armonía.»*

La Musa Cristiana, hija de Dios verdadero, que contiene en sí todas las perfecciones, toda verdad, todo bien, toda belleza, sabe asimilar admirablemente los primores y el genuino valor de la literatura general de todos los pueblos, edades y razas. Por eso, de los extravíos y no pocos dislates del modernismo literario, la Musa Cristiana, encarnada en Yturriarría, ha sabido —nos dice el Cordimariano Echevarría en el artículo antes citado y resumido— elaborar «cual susurrante abejuela que revolotea eclécticamente de flor en flor» un canto de tonos modernistas, un poema tan bello y delicado que satisfará y congraciara seguramente a los más avanzados y modernos literatos.

No tenemos reparo que hacer para compartir de lleno la opinión autorizadísima de Echevarría, que ha venido a ser uno de los mejores literatos

de nuestro tiempo. Así, no vendrá mal el que re-
produzcamos en estas páginas el poema ya aludido
Mater Amabilis de nuestro poeta:

*Cruza la Reina peregrina
por el sendero del jardín
la hora en que el alba se ilumina:
lleva la estrella matutina
sobre su frente de jazmín.*

*Y en los vergeles de azucena,
sobre la rama siempre en flor,
se oye una voz que blanda suena:
Ave Maria, gratia plena,
como un celeste ruiseñor.*

*Llevan las brisas de la aurora
su eco jeltz, nuncio del bien,
y en las campanas canta o llora
como una ráfaga sonora
de los jardines del Edén.*

*Himnos de amor dulce y profundo
suben al cielo de zafir
con eco alegre o moribundo,
voces que el día roba al mundo,
una al nacer y otra al morir.*

*Surge de blanca luz vestida,
visión que el alma sueña o ve,
y a su llegada y su partida
en cada hogar deja encendida
la antorcha santa de la fe.*

*Santo ideal de la existencia
donde la vida toda es flor.
¡Rosa del árbol de la ciencia,
cuando pedía la inocencia
sueños divinos al amor!*

*Antes fecunda que nacida
en la divina soledad
para los triunfos de la vida.
¡Por el amor que en Ella anida
poblaba Dios la inmensidad!*

*Llevóla un aura de amor santo
germen de fruto redentor.
¡Ay, no tuvieran poder tanto
todas las gotas de ese llanto
que absorbe un mundo pecador!*

*Lirio inmortal de la pureza,
hijo del sueño de la Cruz,
para copiarlo en su belleza,
dieron las noches su tristeza,
los días todos dieron luz.*

*Porque en su cáliz, que es sagrario
de la inocencia y del dolor,
dejan su aroma rico y vario,
junto a las flores del Calvario
los blancos lirios del Tabor.*

*En las tormentas de la vida
y en los naufragios de la fe,
son, para el alma redimida,
menos las culpas que Ella olvida
que los dolores que ella ve.*

*Sobre la tumba en que durmiera
sueño de muerte una virtud,
sobre el pesar que nada espera,
como una santa primavera,
pasa su eterna juventud.*

*Y cuando en noche de agonía
pide el mortal horas de bien,
sobre su seno aguarda el día
durmiendo en él, como dormía
Jesús la noche de Belén.*

*Ella es la oscura lontananza
que vela el juicio o el perdón,
prestante el día de bonanza,
y en su regazo, la esperanza
duerme con su última canción,*

*¡Sueño inmortal! Oh, quién pudiera
cuando mis duelos tengan fin,
ser en la vida que me espera
lirio que nace en tu pradera,
ave que canta en tu jardín.*

*¡Mas, aún la sombra se resiste
velando el claro luminar!
Mi alma infeliz el luto viste
de una orfandad oscura y triste
como la noche sobre el mar.*

La Musa o la Poesía Cristiana de Yturribarría engendra una poesía profundamente lírica y elegiaca, sin ser para nada soñadora, naturalista y erótica.

Todo poeta —decía Coledrige, a quien cita también Unamuno— es músico y es filósofo. La poesía es cristal musical. La cristalización de ideas, sensaciones y sentimientos bellos es la filosofía poética. Yturribarría es poeta y filósofo, pero filósofo totalmente cristiano. De ahí que cuando en su *Dolorosa* habla del dolor con imágenes cristalizadas, le da interpretación y solución de subido valor cristiano.

Milenios han pasado en los cuales el dolor semejante al buitre de Prometeo nos devora el pecho, nos tortura el corazón. ¿Y qué dicen de él las filosofías extrañas al Calvario? Algunas lo niegan, lo cual es una locura. Otras tratan de suprimirle, lo cual es una quimera. El mundo está lleno de multitud de personas a quienes sobra talento para intentar la supresión del dolor físico y moral mediante drogas, cirugía, psicoterapia, psicoanálisis, pero no lo consiguen ni lo han de conseguir. He aquí por qué las estrofas que Yturribarría escribiera en los sonetos de *Dolorosa* son tan bellamente sugestivas, henchidas y transidas de verdad y belleza netamente cristianas.

Admiremos el cristal musical de estos versos, la transparencia de imágenes, y más que todo, la idea cristiana que sugiere:

DOLOROSA

Al abrirse los lirios virginales
húmedos de la niebla que el sol dora,
como rosa invernal tras los cristales,
en penumbra de criptas ojivales
nace una flor del cielo, ¡flor que llora!

Y al resbalar sus lágrimas divinas
por las mejillas pálidas cual cera,
rocío de una flor entre las ruinas
genio de las tristezas, tú adivinas
el dolor que enlutó su primavera.

Nació a la luz de un astro moribundo...
¡la mirada de Cristo, exangüe y yerto!
y al calor del suspiro más profundo
del Hombre Dios, que abandonado el mundo,
cayó en sus brazos, como el fruto muerto.

Lleva en la frente su enlutada aurora;
en su manto la noche de sus duelos,
y de la árida cumbre, donde mora,
tiende sobre la raza pecadora
la escala del dolor hasta los cielos.

Ella mide al pesar sus horas lentas,
sus noches a la fe, triste y callada
y corrige en las olas turbulentas,
el rumbo que torcieron las tormentas,
con un rayo de luz de su mirada.

Ella dice a los tristes que la adoran
quién aguza la espada que los hiere
cuando un misterio del dolor exploran;
ella dice a las madres por qué lloran,
y a la dulce inocencia por qué muere.

Ella, cuando un error anubla un día
en que el genio equivoca sus señales,
llama a la humanidad que se extravía
con la apagada voz de la agonía
de un corazón herido de puñales.

El eco de su voz hiere el oído;
despierta el alma del sopor eterno,
y abre sus ojos que cerró el olvido,
como al sentir el hálito materno
abre los suyos el recién nacido.

Y antes que muera el hombre a quien ama,
para animar el germen moribundo,
el Espíritu Santo se derrama,
y allá en la eternidad que ella embalsama
vuelve a nacer, de su dolor, un mundo.

A alguno que lea estos versos, prietos de metáforas, le parecerán carentes de originalidad, cápsula de pensamientos corrientes. Pero a esto cabe preguntar: ¿Qué es pensamiento original? Si

existe, no lo esperemos de Yturribarría ni de ningún poeta.

En cualquier pensamiento humano, aun en el que parezca más nuevo, el peso de lo tradicional se lleva mayor parte, y más si el pensamiento anida en la mentalidad sacerdotal.

La novedad del poeta es la forma colaboradora del pensamiento en cuanto que lo fija, lo adensa, resalta partes en sombra, le da perfiles nuevos. Muchas veces es sólo la troquelación de la forma exterior, la condensación y vivificación del pensamiento en lenguaje rítmico, lo que es estrictamente creación del poeta. Aumenta el mérito de personalidad si el lenguaje está tejido de imágenes y procede de un alma que da impresión de que lo siente.

El poeta que sea lo que se dice lírico aporta siempre novedad. El lirismo aparece como una luz misteriosa que irradia sobre las frases, independientemente de su sentido y hasta de su sugestión rítmica. Es un encanto oscuro que se desprende a veces de un poema, un tipo de expresión que no puede captarse por el conocimiento racional y que, no obstante, constituye un efluviio trascendente que llega hasta nosotros como si se tratara del descubrimiento de un nuevo mundo fulgurante y eterno donde se dan unas determinadas realidades que no apreciamos en la vida corriente.

La lírica nació en Grecia acompañada de la lira. Era poesía cantada que no ha olvidado jamás que nació apoyándose en la música. Esta condición de armonía y ritmo la vemos acrecentarse en la producción de Yturribarría. Aquí la melodía del lenguaje en una perfecta conjunción con las ideas, hace brotar la chispa fulgurante de la emoción lírica, pues la clara sonoridad coincide con el máximo contenido de significación.

Para la transcripción de las realidades de la fe posee él un lenguaje poético personal, un lenguaje simbólico donde las palabras cobran valores inusitados, puesto que han de responder a un mundo de esencias luminosas totalmente nuevo, al que llega el poeta sólo en su momento de creación y al que quiere conducirnos con su poema.

Lo lírico, como armonía, tiene una forma suprema y una expresión: el verso. Pero lo lírico, en el sentido de transmisión de realidades infinitas y eternas, aun en la apariencia más concreta y mínima, se puede hallar en cualquier manifestación literaria: en el teatro, en la prosa, etc. Es lo esencial poético, es decir, es lo estético puro. Es el Arte de expresar Belleza.

A esta irradiación poética se llega por diversos caminos.

Al comienzo de las literaturas, y viviendo en el corazón de todos los pueblos, existe una simplicísima poesía popular de extraña sugestión. Sin artificiosos recursos, casi sin metáforas, con sólo la gracia de un ritmo espontáneo y unas palabras naturales y concisas, alcanza las más altas cimas de belleza y nos deja asombrados por la penetrante intuición poética de que son capaces las gentes sencillas.

En cambio, en el laboratorio del poeta culto, como nuestro Yturribarría, la poesía se concibe como artificio y elaboración. El lenguaje se tamiza, se alambica; los ritmos son conducidos a refinamientos exquisitos; se calcula la música de las palabras; surgen metáforas rutilantes, desbocadas tras la inaprehensible expresión, y un mundo convencional aparece para mejor evocar la sensación de irrealidad de lo poético. Y nacen sus poemas como una joya.

Pero también la soledad de nuestro vate, a que le recluyen las circunstancias amargas de la vida, viene a ser propicia para su innata propensión de elaborar joyas. En su retraimiento, digno y respetable, engendra afortunadamente poemas densos de contenido, en el que ideas simples y eternas toman la forma poética para su revelación. El contacto con el infinito se transmite sobriamente a

través del poema, sin que nada externo pueda entorpecer dicho contacto. El arte brota luminoso, directo y exalta el espíritu en toda su integridad.

Y, no obstante, este mismo arte nos estremece cuando el pensamiento se enturbia y lo eterno se bucea en nuestro subconsciente; cuando las palabras no traducen ideas, sino que, perdido el significado, queda solamente flotando este misterio lírico.

De donde resulta que la vaguedad y oscuridad de expresión de que a veces adolece Yturribarría, constituye uno de los encantos de su profundo lirismo.

Pero analicemos algunos versos en las estrofas de su *Dolorosa*.

Desde los primeros versos de la segunda estrofa notamos un tono elegíaco, muy apropiado al asunto. ¿Por qué la voz se nos llena de melancolía? ¿Por qué sentimos en el fondo el manso rumor de las lágrimas?

*Y al resbalar sus lágrimas divinas
por las mejillas pálidas cual cera,
rocío de una flor entre las ruinas
genio de las tristezas, tú adivinas
el dolor que enlutó su primavera.*

La estrofa deja una larga estela dolorosa en nuestra imaginación. Es una emoción contenida

que se va arrastrando con el deleite lánguido de la melancolía —de la melancolía que se goza en su pena— comunicándose y prolongándose en la plasticidad doliente de las imágenes.

Es un verso renacentista, de absoluto contrabalanceo, de total simetría bilateral.

Inicia el verso de la siguiente estrofa:
Nació a la luz de un astro moribundo...

Estamos en presencia de un dolor cósmico, infinito. Es que el Creador de los astros moría a la vista de su Madre. La estela de una indecible tristeza se prolonga con la descripción de la muerte.

*del Hombre-Dios, que abandonando el mundo,
cayó en sus brazos, como el fruto muerto.*

La injusta muerte inexorable, destructora de la armonía del mundo, se ha atrevido a quitar la vida al Inmortal por derecho y por naturaleza, quien con su muerte derriba la fortaleza de la muerte.

Ningún verso puede haber más profundamente triste y más productora de lágrimas en la voz y, a la par, de conceptos más trascendentes.

Así, la voz de Yturribarría, siempre tan cálida, tan lánguida, tan apasionada, causa tal hervor de lágrimas, que muchos años más tarde nos deja

pensativos con ansias de asomarnos a alguna infinidad, al cielo estrellado, al mar inmenso, a la eternidad de Dios. Estamos exactamente en la orilla del misterio. El misterio se llama amor virginal, sacerdotal, y se llama y se hace poesía.

Tratar de explicar la poesía de Yturribarría es bucear en el misterio.

Sólo cuando la vista se habitúa a la oscuridad del pozo, es cuando empieza a darse cuenta de su infinita hondura.

Hemos visto cómo la sensibilidad exquisita de Yturribarría utiliza todas las posibilidades expresivas del ritmo como un agitador, como un despertador de los más hondos y sublimes sentimientos. Su palabra selecta, efectivamente impulsada en el trance creativo, se precipita en súbitos movimientos y extrañas afinidades, que no la suelen afectar más que en mínimas proporciones, en la lengua corriente. ¡Con qué acierto van a caer los acentos rítmicos precisamente sobre las voces de mayor expresividad conceptual o afectiva! Los vocablos realzan su representación estética al recibir la luz poderosa del acento.

Es que el verso es una criatura muy compleja: es, en primer lugar, una combinación de materia y movimiento actual, pero contenido y acento están en la mayor interdependencia. Los acentos del

endecasílabo, cuanto más se aproximan al tipo totalmente yámbico, tanto más tienden a resaltar un contenido grave, sereno, reposado; por contra, un verso con un único acento en cuarta sílaba puede expresar un súbito movimiento, una frenética desesperación. Versos continuados y estrofas sucesivas prolongan con variación una misma sensación de melancolía; mientras leemos, la huella de la precedente permanece en nuestro espíritu.

Todos los componentes del poema véense agitados por una conmoción profunda que se traduce en ritmo y en necesidad de expresar. Todos empujando filamentos que establecen como relaciones eléctricas, súbitas polarizaciones, inducciones a distancia. Sistema nervioso, hiperestasiado, con células y centros de los tipos más distintos, todos relacionados, y con tal propiedad que nada ocurre en un punto de la red que no afecte a todo el sistema.

Esto y más es lo que nos descubren los poemas de Yturribarria.

Prosa poética

Don Francisco de Yturribarria es también autor de un libro de prosa, engastada de bellezas literarias como corresponde a la prosa de un poeta. Es el tercer volumen de la edición verificada por la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya, en 1920. Está dividida en cuatro secciones, que son narraciones, temas filosóficos-sociales, temas sacros y crítica literaria.

Los críticos de la producción literaria de Yturribarria, enfrascados en sus poesías líricas y fascinados por su brillo y esplendor, apenas se han detenido en examinar su prosa. Sin embargo, es ésta digna de llamar la atención de lector medianamente instruido y de cualquier crítico imparcial.

Las narraciones son sobremanera amenas, todas edificantes y algunas encierran corolarios y moralejas de alto valor educativo. Los temas filosóficos-sociales revelan vasta erudición, profundidad de pensador norteño y la inquietud apologética del sacerdote, quien es, por su profesión, proselitista de Cristo, debelador de errores y cazador de almas. Los temas sacros están desarrollados, no en

forma de sermón, con sus citas de Escritura y Santos Padres, sino en forma de conferencias o de artículos, más que periodísticos que suelen ser cortos, de semanario y de revistas mensuales. Finalmente, en crítica literaria, después de lamentar que los tiempos modernos de máquinas y de confort no son nada aptos para la prosperidad del arte literario, pasa revista a dos o tres literatos coetáneos formulando con objetividad sus apreciaciones.

Conviene que espiguemos lo que hay de notable en cada sección, a fin de recomendar principalmente a los coterráneos la lectura de la prosa de Yturriabarría, a la vez que sus versos maravillosos, después de este glorioso año del centenario de su nacimiento.

De las once narraciones, todas a cual más interesantes, una, titulada *Cristianas*, la he visto publicada o reproducida en algunas revistas de carácter popular. Los que la escogieron se daban perfecta cuenta y sabían apreciar la profunda piedad y la poesía sencilla de que está impregnada. Su lectura produce regusto y simpatía grata por las virtudes campesinas, virtudes sin mezcla de fariseísmo, de refinamientos de amor propio y propia complacencia, frecuente producto de la avanzada civilización.

Es un cuadro de fresca literatura, como salido de la pluma de Antonio, el popular escritor viz-

caíno, pero con ciertos atisbos de nostalgias íntimas y algunas nubes flotantes de difusa melancolía.

Otra de las narraciones que admiran y causan emoción es *Consolatrix*. ¡Cuánto convendría la leyeran los que maldicen, blasfeman y desesperan en las mil circunstancias adversas que la vida les trae a mal andar.

Es un pobre curado en Lourdes, llamado Aubert, a quien su madre le dijo por última vez cuando se despedía de ella para salir fuera de casa en busca de trabajo: «Suceda lo que quiera en el camino de tu vida, no olvides, hijo mío, que Dios está siempre allí».

Por ser un poco extensa, no reproduzco la narración tal como salió de la pluma de nuestro autor. La resumiré copiando sus párrafos salientes.

Cierto día que manejaba un bocoy de ácido nítrico, se le escapó de las manos y se rompió, con tan mala fortuna que gotas de ácido perjudicial salpicaron sus ojos. No pudiendo ya trabajar, por haberse quedado medio ciego, emprendió a pie, acompañado de su hijo y de su mujer, el camino hacia Burdeos. En Burdeos, a pesar de recibir asistencia del médico, tuvo el desconsuelo supremo de cerciorarse de su completa ceguera.

«Para ganar el pan y el de su mujer y de sus hijos, el pobre ciego se hizo cantor ambulante.

Tenía un poco de voz, sabía algunas canciones de los obreros, y llevado del brazo de su esposa emprendió con su familia errante su peregrinación por el mundo. Muchos de sus días fueron tristes; al fin se le hizo difícil cantar durante todo el día por las calles. Durante los primeros años tuvo necesidad de pasar muchas noches debajo de los árboles, expuesto a las lluvias y acostado sobre la nieve.

«Aubert, aceptando desde luego con perfecta sumisión la voluntad de Dios, más de una vez se había preguntado por qué el Cielo le trataba tan duramente y se había dejado llevar de un sentimiento de tristeza y desesperación, pero hacía ya nueve años que llegó a hacer lo que él llamaba su *resignación*.

«Me hallaba —refiere el ciego— en el departamento del Ródano con mi borriquito, mi perro, mi pobre mujer y mis hijos: había nevado y hacía un frío intenso. Mis manos heladas se desprendían del carricoche que empujaba para ayudar a la pobre bestia que tiraba de él. Durante la mañana sólo había recogido dos o tres monedas de cobre y un poco de pan; era un domingo e iba a empujar la misa. Yo estaba helado junto a mi mujer y mis hijos, que temblaban, con el rosario en la mano, a tiempo de que dos gendarmes vinieron a

hacerme la intimación de que me alejara de allí. El señor cura del pueblo, que había visto todo, mi rosario y los gendarmes que me urgían, vino en mi defensa:

—Este hombre no pide, está rezando; nada tenéis que ver con él.

Al mismo tiempo, las gentes me rodearon; un *sou* tras otro pusieron en manos de mi mujer diecisiete francos.»

Pero los sufrimientos no terminaron. Las penas se sucedían con frecuencia. Un día de nieve y de hielo, tras penoso caminar, llegaron al pie de un monte denominado *salvaje*. Allí se sintió más que nunca abatido. A su lado lloraba su mujer amargamente. Para salir de tan terrible angustia, rezaba y se acordaba de lo que le había dicho su madre: «*Dios está allí.*» Consolaba a su mujer no menos abatida que él: «Un poco de valor, que Dios nos sacará de esta situación.»

En aquella montaña hallaron una casita, cuyos dueños, aunque pobres, les atendieron, avivando la llama del hogar y dándoles de comer. Desde aquel día, Aubert creyó en la Providencia de Dios, que no abandona a los que oran.

Y esta Providencia le socorrió en diversas ocasiones, valiéndose de un sacerdote, antes de su

completa curación en Lourdes, conforme a la clarividente predicción de su madre: «*Dios está allí.*»

Los protectores de Aubert abrigaban una secreta esperanza: un milagro de la Virgencita de Lourdes. Hicieron que el ciego tomara parte en una peregrinación. Llegó al lugar de prodigios, acompañado de un semiparalítico.

El mismo día de su llegada le sumergieron en la piscina milagrosa, y sintió —decía él— como un círculo doloroso que le rodeaba la cabeza y una fuerte conmoción.

Al día siguiente oyó misa y comulgó. Durante la acción de gracias se entregó Aubert a la reflexión de que sólo se llega al fin por el dolor, por eso permaneció arrodillado, perseverando largo tiempo en oración, a pesar de sus sufrimientos.

«Cuando le fue forzoso levantarse porque no podía más, le pareció percibir como una nube blancuecina, en la cual se destacaba una forma indecisa. Creyó que la Santa Virgen se le aparecía vestida de blanco y que le tocaba en los ojos. Pero la visión se hizo más distinta y poco a poco fue perfilándose ante su espíritu asombrado la imagen de María en el fondo de la roca. Instintivamente se levantó para caminar hacia Ella, mientras una señora que le conocía, le detuvo diciéndole: «Tened cuidado, vais a tropezar entre esos bancos.»

Vuelve su cabeza a derecha e izquierda, marcha hacia adelante y se asombra de ver primero lo que está cerca, después lo que está lejos...

Ya no sabía dónde estaba, cuenta él: «Yo veía a las personas, los árboles, las praderas, las montañas... un río... una ribera, ¡ah, ya no comprendía nada...!»

En fin, él salió como de un sueño; corrió a la ribera del río que allí se deslizaba murmurando y vertió en el caudal de sus aguas el torrente de sus lágrimas. Sólo sabía una cosa, que él no estaba ciego, que él veía, y dilatándose la mirada de su espíritu más allá del radio de sus ojos comprendía que *Dios estaba allí.*



Entre los temas filosóficos sociales se ha de resaltar particularmente uno, apropiado a nuestros tiempos, y que nos debiera hacer meditar a todos los que pertenecemos a la presente generación. En sus no muchas líneas se encuentra más doctrina, más sociología y más psicología que en libro atestado de tópicos o lugares comunes y de fárrago, de noticias desconectadas de principios científicos.

Para la persona que no medita, el alimento de su cerebro no puede ser otro que las cosas fugaces,

las cosas que despiertan sensación huera. Al vacío de Dios, origen y fin de todos los seres, único capaz de llenar los senos abismales de un espíritu inmortal, sucede la *idolatría* hacia gente que por sus cualidades físicas o artísticas están figurando en el primer plano de la sociedad. Futbolistas y ciclistas, pianistas, sopranos y tenores de ópera, hombres de mando que sobresalen cual meteoros fugaces en noche de tinieblas, conviértense en ídolo de las masas incluyendo entre éstas a muchísimas más que se creen de nivel superior.

Oigamos los razonamientos sólidos del maestro Yturribarría en su breve tema «*Idolatría*», en el que fustiga con celo apoloético y sacerdotal la ceguera y aberración.

Idolatría

Esta aberración de las facultades del espíritu, entregadas al culto de los dioses falsos, no es como pudiera creerse signo de la inferioridad de las razas o de la rudeza de los tiempos primitivos como las escuelas evolucionistas han dado en sostener; es única y simplemente señal de degeneración: las chocheos de la edad senil tienen mucho parecido con los candores de la infancia; pero estudiadas a fondo, hay en estas manifestaciones de la in-

capacidad humana la inmensa diferencia que forzosamente ha de existir entre lo que nace y lo que muere. Lo primero puede inspirar conmiseración o simpatía, lo segundo solamente puede inspirarnos desprecio. Las degeneraciones del entendimiento y de la voluntad que reconocen por origen una existencia estragada, no tienen remedio humano; y solamente la acción de la Providencia que infunde elementos de vida en los organismos gastados, puede preservarle de la ruina. Un hecho reciente y de inusitada resonancia ha venido a confirmar estas reflexiones que no son nuevas ni originales, pero sí profundamente verdaderas. La muerte de un hombre público, de un orador, de un literato, en el que la fama ha superado indudablemente al mérito, ha puesto en conmoción a todo un pueblo que no ha dado pruebas de sensibilidad ante los mayores desastres. Lágrimas que le hubieran honrado en otros días, se han desbordado ahora para llorar a un hombre que, como político, apenas tuvo significación determinada, como filósofo no se conoce a punto fijo lo que fue, fluctuando siempre entre el racionalismo y la creencia, y como literato, ha tenido en su país muchos que le han aventajado. Si en él pudo encarnar verdaderamente alguna cosa, fue, sin duda alguna, el espíritu de su siglo, ese idealismo vago, flotante y

vaporoso de algunos espíritus nebulosos, mal avenidos con las creencias positivas y poco afectos a su vez a las negaciones desesperantes del positivismo de última hora.

Pero dejando aparte el valor del hombre que ha desaparecido, importa señalar el hecho de ese espléndido homenaje, de esa gigantesca apoteosis que a sus cenizas se ha tributado. Han sido los honores divinos robados al Dios verdadero y no ha faltado algún ilustre imbécil que le ha comparado a Jesucristo. Y si bien es verdad que estas apoteosis del género bufo no tienen otro alcance que el de las apoteosis paganas, en que Calígula o Nerón recogían de manos de la muchedumbre sus coronas de atletas, de trovadores o de aurigas, es lo cierto que el sentido moral y el sentido religioso sufren con ello horribilmente y que estas alharacas venales arruinan la conciencia pública.

La divina persona del Salvador ha sido equiparada con el dioscecillo de la plebe: Jesucristo ha tropezado con él en las calles de Madrid y Jesucristo ha vuelto al templo para no disputar los honores a las cenizas del tribuno (entiéndase ciclista, futbolista, artista). Hemos hecho bien al calificar de idolatría todo esto y hemos acertado al señalar como señales evidentes de una profunda degeneración moral, cuyas consecuencias espan-

tan a los hombres reflexivos. Todos los que crean en algo superior al ser humano deben alarmarse ante esa espantosa usurpación de los derechos de la Divinidad, por la cual se equipara la criatura deleznable con el Infinito Creador de los cielos y de la tierra. ¿Qué será de nosotros el día en que la fortuna o el talento sean títulos suficientes para despegar al hombre de su nativa pequeñez y eximirle de su responsabilidad moral, única medida con que podemos apreciar el valor positivo y la verdadera suficiencia de los grandes y de los pequeños, todos limitados y falibles, cualquiera que sea la resonancia que han alcanzado sus nombres en los diferentes ramos de la actividad humana?

La grandeza moral de los pueblos está en razón inversa del número de sus estatuas; pues la prodigalidad en esta clase de homenajes nos indica que lo vulgar ha pasado a ser extraordinario porque el nivel ha descendido, tal como en el reflejo de las aguas salen a la superficie los pedruscos que se ocultaban en el fondo. Dioses sin verdaderos creyentes, ídolos sin altares, que descienden en poco tiempo a la simple categoría de obra artística o de simple curiosidad histórica, dioscecillos de quienes dijo el profeta: *«Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, lengua y no hablan... Semejantes a ellos sean cuantos en ellos confían...»*

Tanto se confía en ellos por desventura nuestra que, después de señalarnos como los únicos responsables de los más grandes infortunios de la Patria, aún se conservan en pie para demostrar a muchos de los presentes y a todos los venideros que las desventuras de una raza pueden llegar a tal punto que haya llegado a perder, no solamente su sangre, su territorio y su dinero, sino también el último patrimonio que queda a los desgraciados: la fe ante Dios y la vergüenza ante los hombres.

Junio, 15, 1899

* *

Los asuntos religiosos no dejan de ser interesantes, igual que todo trabajo salido de su pluma de escritor galano, profundo y brillante.

Genio y Santidad, por ejemplo, sobresale por lo que tiene de profundo y original y de hondura filosófico-teológica.

El Viernes de Dolores no se parece al poema *Dolorosa*, que en las páginas anteriores hemos transcrito, porque en ésta composición poética juegan papel preponderante la ternura y el colorido de imágenes, mientras en el *Viernes de Dolores* el hilo de razonamiento lógico y cierta erudición algo recargada sofocan los sentimientos íntimos de emoción.

El Secreto de la Cruz es un tema propiamente apologético. El proselitismo, latente en todo sacerdote, asoma casi en todas sus líneas y párrafos, siempre amenos, siempre elocuentes.

La última parte, la más breve de todas, está dedicada a la crítica literaria. La primera composición tiene por encabezamiento *Literatura*.

Voy a transcribirla íntegra para cerrar con broche de oro este mi librito, dedicado con sincero cariño y entusiasmo a nuestro gran poeta paisano, don Francisco de Yturribarría.

En ella el escritor y poeta extraordinario se queja veladamente más que de nadie de los bilbaínos, de los de su mismo pueblo, por su poca afición a la lectura de libros sobre cuestiones literarias y poéticas. Los bilbaínos, en su mayoría, son «hijos del trabajo», y como diría Unamuno, Bilbao ha engendrado «hijos locos para el negocio».

Ojalá que estas consideraciones de Yturribarría, su preclaro hijo y maestro por su saber e inspirada afición a los valores eternos de la belleza, despierte en todos los bilbaínos y vizcaínos entusiasmo y amor por los buenos libros, que los harán, de adinerados y opulentos que son, espirituales, compasivos, protectores y aficionados de artes y ciencias y de todo lo que redunde en bien de la verdadera cultura humana.

Con lo que se cumplirán el anhelo y el vaticinio del que decía: «De ti, mi Bilbao, de ti, el de los hijos locos para el negocio, de ti tiene que brotar una fuente de fuerza espiritual».

Literatura

Ha dicho Alfonso de Lamartine que la inspiración poética es el licor que reposa del cáliz de la vida, algo así como la floración de un árbol lleno de savia, señal y promesa de frutos abundantes. Si esto fuera absolutamente cierto, por fuerza había de resultar que los pueblos que más se distinguieran por su desarrollo industrial o por la actividad mercantil, que constituyen lo que hoy se llama vida de un pueblo, hubieran de ser emporio de las artes liberales, lo cual no siempre se confirma. A esta contradicción aparente pudiera contribuir una idea falsa que tuviéramos del arte verdadero; la idea que confunde la fiebre de la inspiración con la fiebre de los negocios y el arte con el artículo de lujo. Hay, por el contrario, cierto antagonismo entre estas manifestaciones de la vida. Las grandes inspiraciones del arte corresponden a épocas de sentimiento religioso, de luchas o de tristezas, épocas en que el ceremonial no ha sustituido a la fe, ni la balumba de retóricas de los precep-

tistas a la expresión ingenua de los sentimientos naturales. Cuando la prosperidad material nos lleva a un estado de ociosidad o de *confort* en que el arte entra, en el número de los pasatiempos, como un juguete del sibaritismo, entonces degenera en una simple manifestación de los extravíos mentales y en las extravagancias del modernismo; raquílica flor de todas épocas de decadencia. Entonces se mira la naturaleza, no a través de un temperamento, según la frase de Byron, sino a través de unos anteojos, de colores que se quitan y ponen a voluntad para expresar un momento psíquico o un efecto de luz, más propios para ser estudiados en un hospital de neuróticos o en gabinetes de óptica que para ser reproducidos por un artista de verdad, fiel intérprete de la Naturaleza.

Si yo hubiera encabezado este artículo con el epígrafe de *Bilbao literario*, como parece natural en una revista consagrada a enaltecer las glorias y las venturas del pueblo en que nació, alguien me hubiera dicho estupefacto: ¿Qué nos cuenta usted? El pueblo de las líneas férreas, de las fábricas y de las minas, el pueblo del agiotaje y de la bolsa, este pueblo magnánimo y excelso, ¿ha podido degenerar en pueblo literario? ¡Eso no es cierto!

Y, efectivamente, no lo es. Hay que confesar que lo serio de la vida tiene algo de lúgubre é imponen-

te. Es la regularidad de la máquina sustituyendo a la libertad del ser vivo. Un cerebro es una pila y sus nervios de relación son simples hilos conductores que enlazan con los del telégrafo. Su lenguaje tiene la forma primitiva, casi monosilábica, de los idiomas rudimentarios: doy, tomo, dejo, cambio..., sirviendo de música instrumental a esta letra el ruido de la plegadora, mientras desfilan por delante sombras inexpresivas y lacónicas, como los nobles de otros tiempos desfilaron ante la guillotina en los días del terror. El hombre serio es esencialmente mecánico: la misma emisión de voz articulada, que es su lenguaje cifrado, tiene el ritmo del escape de vapor empujado por émbolo. Se piensa formalmente que esto es la realización de un ideal, la futura divinidad matemática de los *hijos del trabajo*. Este dios de manos sucias ha expulsado de su templo a los soñadores, parásitos de las sociedades cultas, vagabundos sospechosos, a quienes debe pedirse la cédula de vecindad antes de dar una limosna. Allí, donde el hombre es pura fórmula, el artista es puro ripio, elemento disgregado, sin trabazón alguna en el andamio social; y en esta apreciación están contestes todos los hombres serios de la tierra, incluyendo en este número hasta a los que discuten formalmente junto a los puestos del mercado las vicisitudes y procesos de

una buena digestión. Después de todo, Epicuro fue un filósofo y Homero un simple poeta.

Se ha dado al concepto de ciencia una amplitud y un alcance que no ha tenido en los tiempos de Aristóteles. Apenas nos hemos democratizado en el terreno intelectual: desdeñamos el título de artistas como el de oficio secundario y aspiramos a ingresar en la augusta jerarquía de los hombres de saber, simples almacenistas intelectuales, muchos de ellos incapaces, no ya de crear una idea, sino de darle forma original. En el siglo de los especialistas, en que las aplicaciones experimentales admiten divisiones y subdivisiones casi infinitas, todavía la palabra *ciencia* nos hace sonreír de orgullo con beatífica satisfacción; y como fuera de la ciencia y del trabajo material todo lo demás es holgazanería y *bohemia*, síguese la consecuencia de que el artista, y sobre todo el poeta, no tengan categoría social ni derechos a la existencia, viviendo, como la religión, del entusiasmo y de la fe de los creyentes. Estos prejuicios no son exclusivos de una época ni de una localidad; pero, por especiales circunstancias, pueden acentuarse de una manera verdaderamente odiosa.

En un lugar de Vizcaya, de cuyo nombre no quiero acordarme, si no es para bendecirle, un señor, cuyas señas particulares no hacen al caso,



inauguró en su domicilio una serie de conferencias para los iniciados, dando a aquellas reuniones el carácter clandestino que convenía a una sociedad artística, que, dado el espíritu del público, había de ser forzosamente una sociedad secreta. Para entretener y facilitar la palabra del disertante, preparóse un *lunch* apetecible. Los *fieles* oyeron la palabra con interés y hasta con recogimiento en la primera sesión. En la segunda se notó la deserción de un gran número de apóstatas; pero la secta aún vivía. En la tercera noche, cuando el disertante se disponía a hablar, no pudo saludar al público con la usual palabra *señores*, sino que, descorazonado y conmovido, tendió la mano al único creyente y le dijo en tono familiar: «Señor don Fulano, bebamos una copa a la salud de los ausentes».

Una tras otra, como plantío en tierra estéril, han languidecido para morir cuantas revistas puramente literarias ha fundado el entusiasmo individual, y cada fracaso de este género ha inspirado reflexiones amargas y desgraciadamente justas acerca de un público que, ni por curiosidad, se toma el trabajo de leer el papel impreso que se le presenta a sus ojos.

En un libro recientemente publicado, se hace una pintura y casi grotesca de ese público, mitad

pagano y mitad místico, que bajo la pluma del autor resulta lastimosamente ridículo. Beatas, ñoñas, agiotistas y sardanápalos desfilan en procesión carnavalesca ante los ojos del lector, que se haría la ilusión de visitar una horda, si no tropezara allí con dos personas decentes, nacidas, por casualidad, en la *otra banda*. Haciéndole notar al autor el atrevimiento que supone una pintura de este género, hecha a la faz de los mismos protagonistas, tan enérgicamente fustigados, contestó con la mayor sangre fría: «No lo crean ustedes, esta gente *no se entera*».

A veces, como el rumor de una tempestad lejana, llega hasta las sociedades y círculos de recreo el eco de algún sermón donde el honor del sexo masculino aparece hecho un pingajo. El predicador ha hecho sonar la caja de truenos del Apocalipsis; ha recordado a Sodoma y a Gomorra y ha visto en el horizonte el ángel de la copa envenenada que viene a purificar el mundo con el fuego de las iras celestiales. El anuncio de estos acontecimientos despierta la curiosidad del sexo feo, los más apáticos se desperezan, y en un dos por tres, el templo queda invadido. La filípica dura hora y media, y es escuchada por todos con recogimiento y estupor. Al oír el *a todos os deseo*, que es el *ite missa est* de esta clase de solemnidades, todo el mundo

se echa a la calle para cambiar impresiones: «Admirable, elocuentísimo. ¡Qué facilidad de palabra! hora y media sin descansar un momento». Y así por el estilo. Después, cada mochuelo a su olivo, a cenar tranquilamente y a dormir a pierna suelta, esperando a que truene otra vez para asistir al espectáculo.

Hasta ese día, cuando el hombre serio suelta su tiralíneas o su pluma, cerrando la carpeta de trabajo, háblenle ustedes de la última cogida de Algabeño o de las boleas de Pasieguito (igualito que ahora, sólo que ahora el fútbol es la primera cuestión); pero, ¡qué demonios!, no le vayan ustedes con literaturas.

Agosto 1900

Sirva de colofón y adorno este
collar de perlas del poeta inmortal

Himno a la Virgen de Begoña

¡Oh, Virgen excelsa! si el mundo te llama
la flor de los cielos, la estrella del mar,
con férvidas voces Bizkaya te aclama
Patrona bendita del vasco solar.

Ya el bronce del templo lo anuncia en las cimas,
por vegas y valles lo anuncia el cañón;
flotando a los vientos de todos los climas
lo anuncia en mil naves tu real pabellón.

Del árbol bendito que arraiga en tu suelo
lo anuncia en 'as frondas el aura fugaz,
allí donde anidan, cual ave del cielo,
las santas memorias de Fe y Libertad.

Las férreas montañas que humilla y abate
son gradas del templo que erige en tu honor;
los ecos profundos del recio combate
del mar y del viento, sus himnos de amor.

Doquier se difunde su aliento fecundo,
do quiera que un vasco rebasa un confín,
se van alejando las sombras del mundo
y nace una patria por Dios y por Ti.

Las vírgenes puras te dan sus amores;
consagra tu imagen la paz de su hogar,
la cuna cubierta de besos y flores
y el mármol que oculta su sueño final.

¡Oh, Virgen excelsa! si el mundo te llama
la flor de los cielos, la estrella del mar,
con férvidas voces Bizkaya te aclama
Patrona bendita del vasco solar

INDICE

	<u>Páginas</u>
Un poquito de prólogo.	3
Introducción.	5
Cuna de un poeta	8
1. Cambio de Escenario.	17
2. En contacto con los maestros	31
3. El poeta bajo las manos expertas de los Hijos de Yñigo de Loyola	45
4. A la cumbre de la carrera	63
5. Hontanar de ciencia y santidad.	79
6. Ocaso, estelas de resplandor, glorias póstumas	103
7. Estudio sobre la producción literaria de D. Francisco de Yturribarria	117
8. El modernismo poético de Yturribarria, según Tomás Echevarria, C. M. F.	137
Conclusión	168

entre sus paisanos. Que la presente biografía contribuya a subsanar el olvido.

Esta biografía, obligadamente breve, está seguida de un estudio sucinto acerca de la producción literaria del biografiado. Desde la última guerra mundial, la crítica literaria ha solido ser o exclusivamente literaria o teórica en exceso. Unos intentan explicar la obra literaria por una encuesta, minuciosa, casi policiaca, sobre una multitud de datos históricos. Este suele ser el camino seguido por los profesores universitarios. Otros, por el contrario someten la obra a una seria reflexión estética e intelectual para descubrir en ella su estructura.

Es innegable que la aplicación de la fenomenología y aún de la metafísica a la obra de un escritor ha abierto nuevos horizontes a la crítica literaria; pero entre la pesada erudición y la aventurada teoría, no habrá un modo más modesto quizás pero más humano de abordar la obra de un escritor? El arte, como cualquier acción humana, es siempre transparente. Cualquier escritor puede afirmar con Goethe: "todas mis obras son fragmentos de una gran confesión". Siguiendo con fidelidad las huellas dejadas en la obra por los actos libres y conscientes de la creación artística, se puede llegar a reconstruir las intenciones y deseos del autor.

Las primeras poesías de Yturribarria "La brisa del Norte", "Resignación" y otras le hicieron pronto conocido entre los literatos. Críticos y escritores tan ilustres como Campión, Arzadun y otros ensalzaron sus primeros versos enviándole cartas laudatorias. Y ya en época más reciente, al publicarse su poema "La canción de las almas", el joven poeta Ramón de Basterra escribió en una de nuestras revistas, un artículo de fondo titulado "NUESTRO GRAN POETA".